ALBERT BOADELLA

JOVEN, NO ME CABREE

Contra el infantilismo progresista de la sociedad actual

Prólogo de

CAYETANA ÁLVAREZ DE TOLEDO

B

Joven, no me cabree

Contra el infantilismo progresista de la sociedad actual

Prólogo de
Cayetana Álvarez de Toledo

Albert Boadella

PRÓLOGO

Contra papi y mami

Este libro es el testamento de Albert Boadella. No se inquieten. Nuestro maestro sigue fuerte y erguido como un ciprés de Fiesole. Y si la juventud fuera sinónimo de vigor subversivo, de una actitud ante la vida, que lo es, habría que adjudicarle bastantes menos años que a cualquiera de los párvulos que pululan por los escenarios públicos. El Jagger español. Este es el testamento intelectual, artístico y moral de Boadella. Una obra de amor. Porque solo desde un afecto desbordante por el género humano, solo desde una confianza blindada en el poder de la pedagogía y la razón, se puede escribir un libro como este, que es muchas cosas. Un tratado de ética y de estética. Un manual de las buenas maneras. Un curso intensivo de teatro (y el guion para una obra de teatro). Unas memorias encubiertas: «No se equivoque. Tampoco son mis teorías, sino mi vida». Una indagación sobre el adanismo. Un vademécum de la buena política, la que se encara con la estupidez y la derrota. Y, por encima de todo, un alegato contra la mediocridad: un homenaje a la belleza, la excelencia y la verdad.

La frase la dejó caer una tarde Juan Luis Cebrián con resignación socialdemócrata: «Vamos a tener que ir acostumbrándonos a vivir en un mundo sin maestros». El antiguo editor de lo que una vez fue el *hegemon* mediático español se refería al fenómeno más notable de la última década: la destrucción de la figura del experto; derribado de su pedestal, como las estatuas de Colón, Washington o Hume. El periodista degradado a tuitero, el tiktoker convertido en preceptor, el parlamentario reducido a palmero, el influencer encumbrado como oráculo, el científico homologado al curandero y cualquiera elegido presidente del Gobierno. Flotamos en la era del coaching, las matemáticas socioemocionales y la política Pantene. El conocimiento, la experiencia y el mérito; los hechos, la ley y el esfuerzo: los pilares

del progreso han sido arrumbados como si conformaran un canon caduco, el fascista mundo de ayer. Lo que importa ahora son MIS opiniones y, sobre todo, MIS sentimientos; el incandescente, fluido, autodeterminado y determinante YO. Una erupción, por no decir un eructo.

El penúltimo capítulo de este proceso de aniquilación de toda jerarquía ética, estética e intelectual es la mutación del viejo Estado del Bienestar en un posmoderno Estado de los Cuidados. Ya no basta con ofrecer a los ciudadanos unos parámetros objetivamente insostenibles de protección social. Lo que merece y exige el votante-Rey, mi bebé, es una atención permanente y obsesiva. Mimos. El resultado es una sociedad de párvulos a perpetuidad, seres sintientes, apenas humanos en cuanto carecen de espíritu crítico o capacidad para razonar. Es la regresión del individuo no ya al fondo oscuro de tal o cual tribu identitaria —una refutación de la Ilustración—, sino al útero materno —una refutación de la biología—. Como si fuera posible. Sobre todo, como si fuera deseable. Solo hay una cosa más paralizante para el pleno desarrollo de una persona que el Papá Estado: el Estado Mami. De ahí el enorme valor, en su doble acepción, de este libro vertical y masculino. Un Renacimiento.

Boadella es un hombre y escribe como dicen las *monteros* que es un hombre: sin paños calientes ni contemplaciones. Es decir, tratando a su interlocutor, en la ficción y en la realidad, con respeto. Las páginas que siguen son una exhibición de sabiduría, sensatez y sentido del humor. En ellas queda perfectamente retratado el sistema cultural vigente: un líquido amniótico en el que proliferan el narcisismo, la chatarra retórica y la cancelación. Pero el maestro se impone y, con más paciencia que Sócrates, Virgilio, Jesús, Abelardo, Husserl y Steiner juntos, va abriéndole los ojos a su joven discípulo. Una tarea hercúlea. Es el discípulo más refractario a la razón jamás alumbrado por la literatura o la filosofía occidental. Un perfecto exponente de su época. Nunca se había politizado la ignorancia como ahora. Nunca la ideología dominante había hecho del «¡muera la inteligencia!» una consigna moral. Esta es la insólita pirueta que retrata y combate este libro: la de una izquierda que ha dejado de reclamarse dueña y hasta

sinónimo de La Cultura —así, a la francesa, con mayúsculas— para reivindicar la estupidez como un derecho y el fracaso como un mérito. En la antaño página noble del diario *El País*, una liliputiense cita a Sandel, al que llama Sande, y sentencia: «El de la meritocracia no es más que otro mito moderno, utilizado para justificar la injusticia». Como alternativa propone estigmatizar el éxito y aumentar las subvenciones. No es una guerra cultural, sino una guerra contra la cultura. «¡Que cuanto más piensan menos nos votan!». Buscan un apocalipsis cognitivo. Y, además, que lo paguemos.

Pero la inteligencia y la razón sobreviven como las florecitas de color malva que en los años de grandes lluvias encienden el desierto de Atacama. Un paisaje para los delicados pinceles de Dolors Caminal.

En 2018, Boadella decidió añadir a su *Adiós, Cataluña* un breve epílogo esperanzado. El detonante fue la insólita actitud de un niño de nueve años, hijo de una pareja de nacionalistas malencarados, vecinos suyos en Jafre, territorio comanche. En pleno proceso separatista, cuando el odio apretaba fieramente las filas, el muchacho empezó a distinguirle —y a distinguirse— con gestos de simpatía cada vez más cálidos y espontáneos. Y el maestro, conmovido, dejó volar su imaginación. Quizá con el tiempo ese «chaval de carácter refractario a la doma y naturaleza insurrecta con el entorno» llegara a cuestionarse «la matraca dogmática que le rodea» e incluso recordara con afecto al viejo comediante de pelo blanco «que hacía payasadas y se reía de toda aquella demencia». Quizá. El optimismo es una obligación moral. Y también un mandato: habrá que hacerle llegar a aquel niño, hoy un adolescente, estas páginas. Y habrá que exhortarle a que las lea cuidadosamente, aunque sea a escondidas, como hacía Vargas Llosa de joven comunista con los formidables artículos de Aron contra el entonces dios Sartre.

Pla definió la juventud como una «edad siniestra». Y eso que aquellos eran tiempos de posguerra y pobreza. Es decir, de madurez a la fuerza. Qué diría de la generación millenial. O de la z. Sobreprotegidos, hipersusceptibles, raudos en la invención de agravios y reacios a la asunción de riesgos, son candidatos fijos a un desengaño histórico. Este libro está escrito, sobre todo, para ellos. Para ahorrarles

farfolla y frustraciones. Para enseñarles no qué pensar, sino simplemente a pensar. Para que huyan del victimismo, que es la moderna modalidad de la servidumbre. Para que comprendan que la conservación y la transgresión muchas veces coinciden, y que las formas sujetan el fondo. Para estimular su espíritu crítico y rearmarles frente a la realidad, ella sí una maestra implacable. La jerarquía existe, la verdad importa y la valentía es imprescindible.

Los admiradores de Boadella suelen vincular su figura a la palabra «libertad». Es justo pero insuficiente. La libertad nunca ha supuesto para él un objetivo en sí misma. Las subversivas *La Torna*, *Teledeum* y *Ubú President*; las sublimes *Pla*, *Daaalí* y *Amadeu*; la prácticamente proscrita *¿Y si nos enamoramos de Scarpia*?... Sus obras maestras son mucho más que el reflejo de un carácter impermeable a cualquier dogma, llámese franquismo, clericalismo, nacionalismo, neofeminismo, posmodernismo o pseudoprogresismo. Son actos de responsabilidad. Lo mismo puede decirse de este libro. Ahora que la condición de adulto se confunde con la ausencia de ideas, ahora que la tecnocracia se presenta como alternativa a la devastación cultural provocada por la izquierda, Boadella vuelve a dar a los tácticos y timoratos una lección de compromiso cívico. Y ante el público más difícil. «Jóvenes, háganse dueños de su propio destino y contribuyan, también, a un mejor destino colectivo». Este es el encargo que usted, lector y discípulo, recibirá del mejor de los maestros. Procure cumplirlo. Como todo testamento digno de tal nombre, es un llamamiento a vivir la única vida que merece ser vivida.

CAYETANA ÁLVAREZ DE TOLEDO

1

Primer día

—Soy el que llamé el jueves por lo de mi tesis.

—Joven, le llevo esperando cuarenta minutos.

—Lo siento.

—Sígame. ¿La demora es porque le ha resultado difícil encontrar el lugar?

—No, no. Echo mano del Google Maps. Ha sido el tráfico, lo de siempre... Tampoco me imaginaba que estaba tan lejos de Barcelona.

—Yo preferiría vivir aún más lejos.

—No debe resultar muy práctico.

—Hay que pagar un tributo a la placidez y a la distancia de la peste.

—¿La peste...? ¿Se refiere al covid?

—Me refiero a otra pandemia mucho más grave que usted debería conocer y que afecta a la mente de una mayoría.

—¡Ah!

—Un virus para el que no hay más vacuna que la ruina total del territorio y su posterior regeneración.

—¡Uy! ¡Uy! Uy, qué fuerte, ¿no?

—Es la realidad de nuestro entorno.

—No sé... no sé...

—¡Yo sí que lo sé!... Y lo padezco.

—¡Ah! Vale, vale.

—Pase usted, por favor.

—Esta casa es muy vieja, ¿verdad?

—Más bien muy antigua.

—¿Cómo de antigua?

—La primera vivienda es del siglo XVI. Obviamente, ocupaba un espacio mucho más reducido. Con el tiempo, las distintas generaciones fueron ampliando la estructura en función de sus necesidades

agrícolas y ganaderas. Más o menos como todas las masías del entorno.

—¿Y se vive bien en un casoplón así?

—Demasiado. A menudo mi esposa y yo debemos hacer un esfuerzo para salir al exterior. Vivir en una casa por la que han transitado tantas familias y tantas historias a lo largo de los siglos esconde un gran atractivo. El pasado está presente en cada piedra.

—Todo son gustos.

—Este es el nuestro.

—Sí, sí, claro, claro...

—Como puede ver, hemos tratado de respetar las estructuras antiguas. La única novedad es el jardín, que antes era un campo de cultivo. Todo lo que hay lo plantamos nosotros y ya puede ver el resultado de los años.

—Una buena arboleda.

—¿Le gustan estas casas?

—No sé...

—¿No le interesa lo antiguo?

—Francamente, para vivir prefiero lo nuevo.

—Lógico... lo entiendo. Cuando acumule más años, quizá por oposición a lo estándar, encuentre el encanto de una casa que no tiene un solo ángulo recto.

—Sí, ya lo veo...

—Siéntese, por favor. ¿Le apetece un vermut?

—No, gracias.

—Observo que le sorprenden las dimensiones de la sala.

—Sí, no está mal.

Aquí hemos ensayado algunas de mis obras.

—¿Esto es medieval?

—No. Esta es la parte más reciente de la casa. Apenas tiene dos siglos.

—Muy arqueológico todo.

—¿Arqueológico?

—No sé... anacrónico, viejo... Bueno... ¿Vamos al tema?

—¡Muy bien. Me dijo por teléfono que estaba acabando un

doctorado en... ¿Arte dramático...?

—Sí, estoy haciendo la tesis doctoral y por eso he venido a verte, porque hiciste cosas... así como muy provocadoras en el pasado, y he pensado que tú podrías informarme...

—¡Un momento!

—Sí...

—¡De usted, por favor!

—¿Cómo?

—Creo que no le he dado motivo alguno para tutearme.

—¡Oh! Bueno... Me parecía... En fin... Como nos tuteamos con mi director de tesis, que también es bastante viejo... pensaba que...

—Allá él. Que cada palo aguante su vela, ¿no cree?

—¡Ah!... Bien... Pues, como le estaba diciendo, me interesa investigar especialmente este lado transgresor que convierte el teatro en una tribuna de reflexión sobre nuestra identidad humana, en contra de lo establecido.

—¿De lo establecido?

—Sí. Hoy eso significa crear enfrentándose al montaje neoliberal de la cultura burguesa para incitar una nueva era donde el feminismo, la diversidad de sexos, el control climático, la empatía con los animales o la desaparición de las clases sea el modelo irrefutable.

—¡Oh!

—Por eso estoy interesado en lo provocativo como eje de interacción con la sociedad, desmontando sus complejos reaccionarios y, al mismo tiempo, implantando nuevos códigos que derriben los hábitos rutinarios y conservadores.

—Por favor, poco a poco porque no alcanzo.

—Ah, bien... En definitiva, lo que esencialmente busco es cómo trasladar la realidad social a un escenario, con todo lo que conlleva de injusticia, abuso y opresión. Crear un *electroshock* colectivo ¿comprende?

—¡Un *electroshock*!

—Sí, crear algo... como si estuviera sucediendo en aquel preciso instante y que el espectador se sienta tocado y reaccione ante ello. De tal forma que salga a la calle incitado a cambiar las cosas por las

buenas o por las malas.

—¿Por las malas?

—Sí, claro... siempre en última instancia...

—¡Ah! Bien.

—¿Entiendes por dónde voy?

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Perdón... ¿Lo entiende?

—Sí, sí. No se corte, siga.

—Resumiendo, mi objetivo de investigación y experimentación es la libre creatividad que perturbe la tranquila vida del ciudadano medio y le lleve a enfrentarse a su propio absurdo vital.

—¿Vital?

—Sí, me refiero a estimular la parte más energética del subconsciente y...

—¿Ha dicho «energética»?

—Claro, la que instiga aspectos básicos de nuestras acciones reprimidas.

—¡Ah! Ya.

—Busco plasmar una expresión semiótica de la relación verdad-mentira o más concretamente de la revelación-ocultamiento para así sacudir la pereza mental de esta sociedad anclada en valores agotados...

—¿Me permite?

—Sí, sí, diga.

—Y para organizar todo ese entramado, ¿usted acude a mí?

—Solo es una especie de parte informativa que necesito definir porque eres... fue usted una figura emblemática en su momento, de la que me interesa, concretamente, esa larga etapa insumisa antes de inclinarse por una deriva más conservadora.

—¿Conservadora de conservar cosas?

—Más bien de inclinaciones... digamos derechistas.

—¡Caray!

—No es nada especial. Es una deriva frecuente en muchos artistas cuando envejecen.

—¿No me diga?

—Sin duda. Es un principio biológico irrebatible. Precisamente en mi tesis doctoral quiero demostrar que el teatro en nuestro mundo no tiene interés si no golpea las estructuras reaccionarias de la sociedad; de lo contrario es solo un pasatiempo caduco.

—Caduco…

—Sí, superado… decadente…

—Joven, veo que sus planes segregan una furia muy inflamada contra el mundo en general pero, antes que nada, vayamos a lo concreto. Dígame con más precisión qué espera usted de mí.

—Una especie de intercambio en relación con mis teorías para plasmarlo en la tesis.

—¿Solo una especie?

—Bueno, se trata de contrastar mi proyecto con algunas cosas que hizo usted en el pasado y que tienen que ver con ciertas formas de insumisión que me interesa explorar. Establecer un debate abierto en el que yo exponga mis ideas y usted las suyas.

—De tú a tú, vaya.

—Eso mismo.

—Ya veo que no está por complejos.

—Hombre, un intercambio directo es interesante para las dos partes.

—Supongo que tendrá un director de tesis doctorado en esas cosas con las que quiere trastocar el orden de la sociedad occidental, ¿no es así?

—Así es.

—Es que yo no soy doctor en nada, o sea que nada puedo hacer por usted y sus exóticos estudios.

—¿Exóticos?… Mira… Mire, le he traído el plan de estudios del doctorado. Dígame si a un trabajador de la cultura con tantos años en el teatro no le parece interesante.

—¡Me ha llamado «trabajador de la cultura» en mi propia casa!

—¿Qué sucede?

—No se le ocurra repetirlo. Mi vida ha sido un esfuerzo constante para que se respetara la libertad de mi gremio, de tal manera que nadie osara clasificarme como trabajador de la cultura. Yo no he

trabajado nunca.

—¡Ah!

—¡Solo he jugado!

—¡Ah, bueno...! De acuerdo, yo pensaba... Bien, como le decía, aquí tiene el plan de estudios del doctorado. Tome.

—Lea usted mismo la sentencia.

—¿Sentencia? ¡Ah, bien...! Entonces ¿se lo leo?

—Como quiera...

—«El programa de doctorado en estudios teatrales pretende garantizar la adquisición y el desarrollo de las competencias que permitan al estudiante desarrollar una carrera profesional en el área del teatro y las artes escénicas, o llevar a cabo investigaciones de carácter científico. Explorar y divulgar áreas específicas de todas las artes escénicas al margen de las barreras de las filologías tradicionales...».

—¿De verdad no sería mejor que lo dejáramos aquí y nos tomáramos una copa?

—No, gracias... Sigo... «La integración de la diversidad, a través de la investigación sobre la dimensión social de las artes escénicas y especialmente las minorías y lo marginal. Contribuir a que quienes obtengan el doctorado puedan acceder en condiciones óptimas al mercado laboral. Analizar la actividad en todos los terrenos de la escena moderna y en especial de las vanguardias...». ¿Continúo?

—No. Para mí es suficiente. ¿No le parece que ahora me toca decir algo?

—Sí... bueno, claro...

—Para empezar, tomándolo con ánimo positivo y con total ecuanimidad, mi criterio ante lo que plantea se resume en una sola cuestión.

—¡Ah, bien...!

—La cuestión es esta: ¿por qué estas consentidas generaciones que hemos custodiado con los mayores esfuerzos, derroche de medios y enormes posibilidades nos lo están dejando todo hecho una mierda?

—¿Eh?

—Ante ello me pregunto: ¿es este el resultado de los niños y jóvenes

educados en la sociedad del bienestar? ¡Vaya fracaso!

—No le capto...

—¿No lo entiende? Se acerca a mí pontificando sobre un artificio inventado para la supervivencia de unos improductivos parásitos que viven a costa del oficio de comediantes, músicos y bailarines. Y encima requiere mi asistencia para seguir elaborando el *modus vivendi* de la confusión bajo el amparo universitario. ¿Me toma por masoquista?

—¡Hostias! Es muy fuerte lo que me dice. No entiendo su postura.

—¡Es que no es ninguna postura! Postura es lo suyo. Yo hablo de la realidad. La realidad que usted representa. La realidad que me llevaría a perder el tiempo tratando de explicarle que forma parte de un error generalizado y patrocinado por sus universidades con el dinero de todos.

—Oiga, eso me parece algo ofensivo...

—Después de escuchar sus disertaciones, compruebo de nuevo que en ustedes todo está prejuzgado. No están en el mundo para aprender ni respetar nada que no sea lo suyo. ¿Es capaz de comprenderlo?

—Bueno...

—En tales condiciones, ya me dirá qué podría hacer yo por usted.

—Creo que podría...

—Mejor que sigan deambulando en sus momios y entelequias, pero también mejor que no molesten. ¿No cree?

—Es que si generalizamos no veo posibilidad de entendernos.

—¿Entendernos? Yo no tengo que entender nada. Si acaso es usted quien debería entender algo de mí, que por eso ha venido. Una probabilidad ilusoria, vista su petulante presentación. Lo que sí puede llegar a discernir es que, sin un mínimo de modestia y curiosidad, es mejor que no insista.

—Ya le he dicho que me interesa su etapa transgresora...

—¡Ah, claro! Quiere extraer la yema sin romper la cáscara. Su envanecida mente universitaria pretende diseccionar no solo mi obra, sino también mi persona. Desechar lo que considera inservible o reaccionario y extraer lo que se ajusta a sus dogmas.

—Solo trato de buscar lo que sería útil para mi tesis. Le aseguro que

incluiría su nombre como asesor del trabajo...

—¡Nooo! ¡Eso ni se le ocurra!

—Mire, primero hablamos y después...

—¡Déjelo! El problema es que no le servirá de nada que hablemos sobre ello. Los filtros que ha creado le impiden ver la realidad. En esta circunstancia, preferiría dirigirme a niños de párvulos que aún dibujan y representan sin influjos de la rutina. Su mente está limpia. Sin premeditación. En ellos pervive todavía la traducción natural de su mirada con solo un lápiz y un papel, pero usted ya es opaco.

—¿Opaco?

—Más concretamente alquitranado.

—No me da tregua. Oiga, estoy dispuesto a consensuarlo todo. He traído aquí un cuestionario que podemos discutir con toda libertad si no le parece...

—Joven, no deseo que se sienta agraviado, pero responsablemente debo decirle que lo de ustedes es inalterable. Ya están programados. No insista.

—Yo tengo la máxima disposición, se lo acabo de decir...

—No se lo niego, lo que sucede es que la deriva está hecha. Los prejuicios están impresos. Si saliera usted de sí mismo, percibiría que lleva incrustada una óptica fija. Ya se ha procurado en los medios y las redes sus propios mitos de adoctrinamiento. Está blindado. Por lo tanto, es refractario a cualquier posibilidad de adiestramiento en otra dirección.

—Yo me considero una persona abierta...

—Abierta a una sola parcela, que es la suya. Convénzase de que todo lo que pueda explicarle lo interpretará como le convenga al margen de lo real. Francamente, así no tengo nada que decirle. Vuelva a la universidad, que es lo suyo.

—Mire, yo le aseguro...

—Con usted perderemos el tiempo los dos.

—Me juzga antes de conocerme...

—Ya le conozco de antemano. Están ustedes clonados. La universidad de hoy es un escarnio a sus esencias. Es el caldo de cultivo de una erudición enfática y degradada. Un club de vividores a costa

del erario público que corretean atentos a las tendencias del régimen.

—¡Estoy flipando!

—¡Flipe! ¡Flipe! Y aún le digo más, una fábrica de mediocridad que desvirtúa el conocimiento y distorsiona la realidad de los hechos. Todo ha sido moldeado en función de los cargos y su permanencia en ellos.

—Bueno, eso ya me parece...

—Pues sí, todo eso, además de promover una catástrofe social para la cultura, las artes y la vida sensata.

—¡Es muy fuerte lo suyo!

—No es lo mío. Es lo suyo.

—Piense que al menos puede haber excepciones.

—¿Usted? ¿Una excepción? De momento lo único que asoma es la inopia y la vanidad. ¿Hay algo más? Le aseguro que no he sido capaz de percibirlo.

—También está mi interés en una parte de tu obra... su obra. Le acabo de decir que tengo la máxima disposición para analizar todo lo que hizo en el terreno crítico contra el poder.

—Eso que cita de mí, seguramente, fue un disparate. Ustedes son la demostración tangible de que no sirvió de nada.

—Insisto que estoy en la mejor disposición para escucharle...

—¿Ah, sí? ¿Tiene la máxima disposición? ¿Está seguro?

—Totalmente.

—Si usted lo dice, tengo que creérmelo, ¿no es así?

—Hombre, claro.

—Bien, pues vamos a verlo...

—Formidable.

—¿Me hace un favor?

—Sí...

—Vaya usted a la cocina, que está allí, donde encontrará unas copas de vermut sobre una repisa. Coja un par de ellas y póngales dos cubitos a cada una. Hay una lima en la frutera, corte dos rodajas finísimas y llene las copas hasta un centímetro del borde con la botella de Martini Rosso que encontrará en la nevera. Así de fácil.

—En... la cocina... ¿Tengo que ir a la cocina?

—Sí, allí.

—¿Ahora?

—Claro.

—Martini... Rosso.

—Eso es. ¡Adelante!

—Ah... Bueno... la cocina y el Martini...

—¿A qué espera?

—O sea... ¿Dos Martini?

—Dos.

—Es que yo no voy a tomar.

—Pues uno solo.

—¡Ah! Pero es que estábamos hablando de...

—¡Le he pedido un favor! ¿O no?

—¡Ah! Vale, vale...

Cinco minutos después

—Aquí lo tiene...

—Gracias.

—Bien. ¿Me dice ahora si puedo contar o no con su colaboración?

—Ya ha comenzado usted, por cierto, de manera muy rutinaria.

—No veo...

—Le dije una copa de vermut y me trae el Martini en una copa de vino.

—Es que no sabía bien...

—¡Pues lo pregunta! Le indiqué a un centímetro del borde. No a tres.

—Al traerlo se me ha derramado un poco.

—¡Fatal! Además, le detallé una rodaja finísima y no media lima... y también dos cubitos y no cuatro.

—Pensé que eran pequeños y añadí dos más.

—¡Claro! Ya veo. Usted es «creativo». Crear, crear, crear...

—Es solo un detalle, ¿no cree?

—¿Es capaz de imaginarse la trascendencia de un detalle en el arte?

—¿Eh? No creo que eso tenga nada que ver con el vermut...

—Totalmente. Permítame que le diga que estaba seguro del resultado. Ha entrado ofuscado en la cocina pensando solo en la manera de conseguir incluir mi nombre en su tesis. Su «yo» obsesivo le ha impedido sospechar que se trataba de un sondeo.

—¿Un sondeo?

—Claro. No lo ha detectado porque su egolatría le ha imposibilitado ser malicioso. Algo esencial en este gremio nuestro de pícaros. De lo contrario, hubiera previsto la minuciosidad de la operación y se habría esmerado en los detalles para obtener su objetivo.

—Puedo arreglarlo...

—No se moleste. Pero si no ha comprendido ni realizado correctamente mi precisa y sencilla petición, ya me dirá cómo piensa penetrar en la complejidad de un oficio como el teatro, donde el ingenio y la malicia configuran su núcleo esencial.

—No veo la...

—Imagine la complejidad de un arte que llevo practicando durante sesenta años y del que solo he captado pequeños ardides artesanos.

—No veo la relación entre una cosa y la otra.

—¿Ah, no? La aplicación minuciosa en el detalle es la médula del arte. Entre lo bueno y lo malo, a menudo, solo es cuestión de matices muy sutiles, pero tanto, que significan años y años de conocimiento. No hará nada en este gremio sin esta receta. Le he brindado la regla más natural para empezar de manera práctica como un sencillo aprendiz del oficio.

—¿El oficio de barman?

—¿Un gracioso, eh? La ignorancia siempre está dispuesta a su propia admiración. Es usted de manual. Anda, déjelo estar y vuelva a su universidad.

—Lo siento, es que...

—Eche mano de la Wikipedia, que, por cierto, no acierta ni mi fecha de nacimiento. También tiene algunos libros que detallan lo que usted busca. Así podrá manipularlo todo a su antojo sin necesidad de mi firma. No vale la pena que me haga perder más el tiempo. Buenas tardes.

—¡Ah! ¿Ya estamos entonces?

—No estamos de nada. Otra vez será.

—Bien, pues... buenas tardes. Pensaba que...

—¡Buenas tardes!

—¿Al menos será posible hablar en algún otro momento?

—No creo que valga la pena ni le sirva de nada. Lo siento, joven. Le deseo un buen viaje de vuelta.

2

Tres días después

—¿Qué le pasa a usted? ¿Por qué reincide?

—Perdona que haya insistido tanto en verte...

—¡De usted!

—Ah, hostias, es verdad... Pues perdone que haya insistido, pero es que el otro día no comprendí que me estaba poniendo a prueba.

—¿Poniendo a prueba? Pero ¿usted quién se cree que es? ¿Me ha tomado por un asistente social? Ni se le ocurra pensar que mis opiniones sobre la universidad, su generación y usted en particular eran una estrategia de provocación.

—Con franqueza, he llegado a esta conclusión porque me pareció que se pasaba... que lo exageraba para así...

—Mire, joven, mi culpa fue no despedirle al minuto de su petulante retórica.

—Hombre, era mi libre opinión...

—Permítame que le diga que su opinión en libertad es un peligro público.

—Vaya. Chúpate esa...

—Pero ¿es que usted no es consciente de la cantidad de estupideces con que se presentó?

—Hombre, «estupideces» no creo que sea el término más adecuado, le expliqué unos conceptos que forman parte...

—¿Me va a discutir mi capacidad para juzgar las intenciones desaforadas e indocumentadas que exhibió ante mí?

—Bueno, no sé...

—Claro que no sabe. No sabe nada de este oficio. ¿Ha llegado a pensar en algún momento que el teatro es ante todo un oficio?

—Quizá entre muchas otras cosas...

—¡No! ¡No me relativice! Solo es un oficio. Es obvio que esa

realidad diáfana no le conviene al programa universitario, pero se trata de un oficio esencialmente físico.

—¿Físico?

—El oficio del actor. Una delicada artesanía sobre el propio cuerpo que algunas veces se eleva hasta el arte y otras ocasiona un aburrimiento cósmico como el que va camino de provocar con sus amenazantes intenciones.

—¿Podría aclararme un poco todo eso...? Estoy interesado en todo lo que pueda orientarme.

—¡Bueno! ¡Por fin una frase prudente! Claro que solo en apariencia, porque intuyo que la finalidad es amansar al viejo cascarrabias. Pero, en fin, entre tanta pedantería, prefiero esa pizca de estrategia.

—¡Menos mal!

—Aunque su pregunta no puede contestarse de inmediato, ya que afecta al eje de la cuestión y antes, para llegar a percibir algo, debería asumir sin condiciones, aunque solo sea media hora, su condición de aprendiz.

—¿Aprendiz?

—Eso mismo. Significa en primer lugar reprimir esta vanidad que supura en cada frase. La vanidad de creer que sus cavilaciones y sus simplezas ya están en el camino de la verdad indiscutible. Significa aceptar que hasta ahora no ha hecho nada útil en la dirección adecuada para aprender algo sobre este oficio.

—Bueno... Bien... digamos que ahora soy un aprendiz.

—No es ninguna suposición. Es una exigencia. Es lo único a lo que puede aspirar de momento. O bien es eso o no tengo interés alguno en seguir hablando con usted.

—Vale, lo acepto. Entonces, como aprendiz, según usted, ¿qué debería hacer? Estoy dispuesto a...

—Me sorprende que acepte sin tener la mínima idea de lo que es un aprendiz de artesano.

—¿Artesano?

—Sí, artesano. Alguien competente que conoce la forma de construir una pieza de manera depurada y funcional. Ya sea una pieza material o de simple simulación.

—Es que este contexto de manualidades no...

—¿Manualidades? ¡Mejor que se calle! La primera condición del aprendiz es el acatamiento más absoluto del maestro. Lo que implica una actitud de humildad ante sus conocimientos y, a ser posible, de admiración hacia él. Esto último ayuda a la imitación y la copia.

—¿Copiar?

—Copiar es algo imprescindible, sin lo que no es posible avanzar.

—Entienda que yo prefiero crear a copiar.

—Ustedes, a cada instante, aluden a la creación. No quieren aceptar que todo lo que poseemos está en el pasado. No se puede empezar desde cero. En el arte no existe tal posibilidad. Entérese de una vez que no partimos de la nada. Supongo que alguien lo parió, ¿no?

—Vale.

—¿Ha llegado a pensar que este es un oficio con dos mil quinientos años de historia conocida? Digo conocida, porque antes de Grecia no tenemos referencias concretas de las obras que se representaban. Con esta herencia no hay posibilidad de creación. Como máximo, una recreación o restauración. ¿Lo entiende? No existe ni en el teatro, ni en la pintura, ni en la arquitectura, ni en la cocina, ni en nada. La creación está solo en el sumario de Dios.

—La referencia a Dios me parece algo fuera de lugar. Solo nos ha llevado a la Inquisición y a un club de pederastas.

—¿Nos ha llevado? ¡Mira qué bien! Así de paso lo aprovecha para incluirse como generación víctima de ello. ¡Manda huevos!

—Es que me expone unos conceptos caducos. Lo que ha mencionado antes sobre el acatamiento al maestro y su admiración... La verdad, eso suena a jerarquía totalitaria...

—Eso es algo que usted desconoce desde la infancia. Ni sus progenitores ni sus profesores han contado con esa consideración respetuosa. Todo lo contrario. Andaban con mucha prudencia para no herir su sensibilidad. Perdieron la autoridad desde que dio sus primeros pasos. Son ustedes la camada de reyes de la casa a los que si reprimes con un cachete puedes acabar ante el juez.

—Hace afirmaciones sin conocerme. Mi infancia no fue exactamente así. Mis padres andaban a la greña...

—Nada especial. Lo corriente, pero seguro que el epicentro del mundo era usted. Se le nota. El maestro o el catedrático eran simples funcionarios a su servicio que la mayoría de las veces frustraban su sacrosanta libertad y su talento. Las defensas quedaron diezmadas. Es el ADN de las dos últimas generaciones en lo que llaman el mundo desarrollado. Cualquiera de las especies superiores de la naturaleza se halla en mejores condiciones para defenderse y convivir con su entorno. No solo los chinos, hasta los moros se los van a merendar.

—Ya me ha incluido en otra generalización.

—Exacto. Es que todo usted es una rotunda generalización, pero entre ese caos mental tan descorazonador, entre este desierto de sensatez que exhibe, fíjese que incluso soy capaz de reconocerle un destello especial.

—Hostia, menos mal.

—Compruebo que es usted un joven pertinaz que ha soportado estoicamente mi aspereza. No sé si por insensibilidad o por frescura. Quizá por las dos cosas a la vez, pero no importa. Lo veo tan perdido que le voy a dar una única oportunidad, aunque solo sea por aquello de ganarme el cielo a través de las obras de misericordia.

—¡Toma ya! ¿Ahora me aplica la doctrina cristiana?

—¿Quiere o no la oportunidad que le ofrezco?

—¡Ah! Muy bien, vale...

—¿Aunque sea cristiana?

—Bueno, claro, pero...

—Pero entienda que si no se considera aprendiz en las condiciones señaladas, puede irse directamente a la mierda, que, a fin de cuentas, es de donde viene. ¿Queda claro?

—No comprendo por qué me hostiga con esa violencia...

—¿Queda claro? ¿Sí o no?

—Vale.

—«Vale» no quiere decir nada. Hable con propiedad.

—De acuerdo.

—Pues hasta mañana.

—¿Ya hemos terminado?

—¡Hasta mañana!

—¡Ah! Bien... Hasta mañana...

—Le espero a las diez en punto.

—Vale... No sé...

—¿Qué le pasa ahora?

—La verdad es que no sé si voy a volver... Todo un esfuerzo para llegar hasta aquí y me liquida en diez minutos.

—Aunque usted no quiera enterarse, así es la vida, aprendiz.

3

Un día después

—Me sorprende, joven. No pensaba que le vería de nuevo.

—Si le parece bien, voy a grabar todo lo que vamos hablando.

—Nada de hablar. Como todo aprendiz, deberá primero dedicarse a limpiar las herramientas, ordenar o adecentar el lugar de trabajo. Después, observar y escuchar con silenciosa atención lo que hace y dice el maestro. Así de sencillo.

—¿Herramientas...? ¿Lugar de trabajo? No acabo de...

—¡Empezamos mal! ¿Quiere mantenerse en silencio y escuchar?

—Ya le escucho...

—Ahora guarde ese cacharro. No tiene nada que grabar y sí mucho que ver y entender.

—Bien. Como usted quiera... ¿Qué tengo que hacer? ¿Le traigo un vermut?

—No, gracias... ¡Y no tenga tanta prisa! En este oficio debe usted moverse como si constantemente pasara la maroma. Un paso en falso significa reconsiderarlo todo de nuevo desde el principio.

—Estoy de acuerdo.

—Su acuerdo no lo necesito. Piense que, a menudo, un solo fracaso público le hará retroceder años o incluso puede acabar con su carrera. El aprendizaje del arte requiere una gran lentitud y una extrema delicadeza para no acabar frustrado atiborrándose de coca.

—Si usted lo dice...

—De momento ya hemos conseguido que elimine el tuteo, lo cual es fundamental para establecer un mínimo protocolo entre nosotros.

—Bien, usted sabrá, pero no veo la importancia que puede tener en... el oficio este.

—Alguien que quiere trabajar en la artesanía escénica debe ser escrupuloso en las formas. El protocolo es parte del lenguaje. Es la

sustancia del lenguaje con el prójimo. Establece distintos grados en la relación y, por encima de todo, se manifiesta como una atención y un respeto a la libertad ajena.

—¡Ah! Bien...

—Antes de su visita estaba trabajando en el jardín y, cuando ha llamado confirmando que venía, he adecentado mi aspecto. Eso es protocolo y también lenguaje.

—Por mí no era necesario.

—Ya me lo imagino. Aunque no solo es una deferencia hacia usted, sino que también es la propia satisfacción de presentar una buena imagen ante los demás. Claro que todo eso se puede destruir en un santiamén, que es lo que les gusta a ustedes.

—No me incluya en otra generalización. Háble me a mí como individualidad, creo que es un derecho...

—¿Derecho? Aprendiz, tenga prudencia y no descargue irreflexivamente sus tópicos. Si no quiere admirar al maestro, por lo menos respete mis años de estancia en este mundo.

—Vale.

—Ahora deje de hundirse en este sofá y colóquese con el tronco más recto, si no parece usted derrotado de antemano.

—¡Oh! Claro...

—Tal como le decía, todo lo protocolario se puede modificar, como ha sucedido a lo largo de la historia, pero siempre se ha ido reemplazando por un nuevo lenguaje acorde con las convenciones del momento, persiguiendo una atención especial en perfeccionar la forma, buscando la aplicación más descriptiva y concisa de lo que se quiere reflejar... ¡Ya se ha vuelto a hundir en el sofá!

—Si le parece, me siento en el suelo.

—¿En el suelo? Y lo siguiente será fumarse un porro, ¿eh? Joven, esto es una casa cristiana. No es la *Kasbah* de Marrakech. Siéntese en aquella silla si quiere.

—Bien.

—¿Dónde estábamos?

—Me estaba diciendo no sé qué sobre esto del protocolo...

—Ese «no sé qué» es que hoy ustedes destruyen los protocolos y

todo tipo de lenguaje que requiera un esfuerzo de inteligencia o de ingenio. Ya sea hablado, cantado o gestual. Van a lo más rudimentario creyendo que esto elimina las diferencias y nos iguala a todos. Ahora mismo quería sentarse en el suelo de esta bella sala del siglo XVIII, igual que los idiotas que lo hacen en las salas del Parlamento pensando que realizan una transgresión social. Ustedes alardean...

—No diga «ustedes», dígamelo a mí como persona. ¡Por favor!

—Se lo repito. Ustedes alardean de buscar lo práctico y lo funcional, pero no entienden que lo más funcional es el chimpancé. Su descenso a lo primitivo no es por convencimiento ni por ideología, ni tan solo por un esfuerzo de progreso. No se equivoque. No es una revolución. Es la simple pereza mental que les ha producido vivir en una sociedad de consentidos. ¿Capta algo de lo que le digo?

—Sobre esto pienso que...

—¡Alto! Diga sí o no, pero no añada nada más porque seguro que rebajaríamos el nivel.

—Bien, pues... ¡Sí!... Aunque sigo sin ver qué quiere que haga. Es una situación algo surrealista.

—¿Surrealista? ¿Sabe de verdad lo que es el surrealismo?

—No sé... más o menos... André Breton y compañía, pero llego a esta casa buscando informarme de algunas cosas para mi tesis y acabo de aprendiz de no sé qué. Admita que es una situación chocante. Francamente, no veo a dónde va a parar todo eso.

—¡Y dale con las prisas! Ya lo verá en su momento. Ahora, si de verdad persiste en su aprendizaje... ¿O no es así?

—Bueno... Sí, claro...

—Entonces me baja usted al jardín y comprobará que, alrededor del cerezo, han crecido muchas hierbas. Coja un pequeño azadón que encontrará al lado del árbol y me cava en círculo para remover la tierra y sobre todo quitar las raíces de la hierba. Verá que hay una parte que ya la estaba trabajando yo mismo. Siga el círculo amplio que he trazado alrededor del tronco y no vaya demasiado profundo porque puede dañar las raíces superficiales del cerezo...

—Del cerezo...

—¡Sí! Del cerezo. No ponga esa cara. Cuando acabe, limpie bien las

herramientas.

—Si le parece, lo hago después de la reunión.

—Pero ¿qué reunión? ¡Esto es el trabajo de hoy! Además, no tiene ni que cambiarse. Viene usted con la ropa apropiada. Ese chándal enturbiado que lleva es lo adecuado para ello.

—¡Ah! Bien... de nuevo me deja un poco desorientado.

—¿Acaso no lo ha entendido?

—Sí, claro... pero pensaba que me hablaría de su ciclo transgresor y discutiríamos...

—¿Discutir usted y yo? ¿Está de guasa?

—Bueno... que me informaría.

—La información comienza justamente hoy en el cerezo.

—¡Ah!

—Ha entendido bien lo que le pido, ¿sí o no?

—Sí, más o menos...

—Entonces ¿a qué espera?

—¿Me podría indicar cuál de los árboles es el cerezo? —¡Vaya por Dios!

Cincuenta minutos después

—He bajado aquí al jardín porque pensaba que se había dormido.

—Solo me falta esa parte...

—Es de agradecer el esmero, pero eso se realiza en diez minutos.

—Es la primera vez que lo hago...

—No me cabe la menor duda.

—Siguiendo sus indicaciones, me he concentrado en arrancar la raíz de cada hierba y cavar sin rozar las del árbol... Esta vez he captado que se trataba de un primer sondeo...

—Ya lo veo. Lo ha hecho mejor que el vermut.

—¿Me puede aclarar una cosa?

—Usted dirá...

—¿Se trata de una práctica zen o koan?

—Además de reaccionario, ¿usted me considera gilipollas?

—No... En absoluto... He pensado que quizá me estaba introduciendo en una técnica de meditación.

—¿Meditación? De momento no tiene nada sobre lo que meditar. Esta sociedad está llena de gente que hace meditación sin tener nada en su cabeza. Todo es mucho más sencillo. Ahora le toca ejercitarse en el mecanismo de aprendizaje. En el simple mecanismo. Nada más.

—Bien, pero ya me dirá cómo.

—De forma natural. Sentirse sencillamente un neófito aprendiz y gozar de ello. Aprender sin prejuicios es algo emocionante, ¿no cree? Es descubrir la raíz de cosas esenciales que desconocíamos o dábamos por accesorias. Justo lo contrario de la universidad, un lugar donde les embuten el programa fijado sin el mecanismo de asimilación. Un atasco mental de sabelotodo.

—No sé... No creo que...

—Empiece por asumir que no sabe nada de este oficio. Si consigue esto, ya se hallará en el camino adecuado. No pretenda nada más. Comprendo que todo eso resulta muy difícil para un producto universitario.

—¡Hostia! No generalices... digo... no generalice de nuevo. Por favor.

—Viniendo de la factoría académica, su individualidad está por demostrar. Hoy salen ustedes extraviados de la realidad. Son un rebaño de auténticos terroristas del sentido común y el orden mental. Irradian frustración al por mayor.

—Tampoco se pase...

—A los veinte años ya son carne de psicólogos. Otro gremio que a su vez sale de la misma factoría y, por consecuencia, está tan averiado como los pacientes. O sea, un círculo cerrado. Por esa razón, de momento le hago tocar la naturaleza, la cual nos instruye sobre el núcleo de la vida. Una vida sin demagogia ni especulaciones. ¿Cómo pretende representar al animal humano si desconoce su esencia?

—Tampoco soy un novato en la indagación de la mente humana...

—¿No me diga?

—Hombre... poseo ciertas nociones de Freud, Karl Jaspers, Lacan,

David Yalom...

—Claro, lo busca todo empaquetado y servido ya para su empleo inmediato. De salida pretende evitarse la fase de aprendizaje y conocimiento por la que pasaron estos ilustres señores. Desdeña la etapa de imprescindible esfuerzo y humildad para penetrar en la esencia de las cosas. Usted no tiene dilemas ni complejos y quiere operar a partir de donde llegaron ellos. «Crear», como dice.

—Si acepto su visión del mundo, ¿me dirá ya por qué tengo que pasar por el proceso que los llevó a sus tesis?

—Vaya, vaya...Como los supuestos pintores de hoy. Si ya tenemos a Rembrandt, Velázquez y Goya, ¿por qué empezar copiando y dibujando al carbón las reproducciones de las estatuas griegas? Entremos directamente en la libre creación personal. ¡Viva la libertad!... El resultado de semejante petulancia ha sido la muerte de la pintura y la escultura.

—Yo me refería al teatro.

—¡Todavía no entiende que es lo mismo! La única diferencia es que el pintor y el escultor utilizan su vista, el brazo y la mano. Mientras que nosotros usamos la totalidad del cuerpo, incluida la voz. Tratamos de igualar a nuestros maestros artesanos y, con el tiempo, quizá podamos añadir algún simple detalle personal, aunque eso rara veces se consigue.

—No acabo de...

—Acabe de momento esto y, si quiere reflexionar sobre algo positivo mientras trabaja, no piense en sus cosas. Despójese de su egolatría y piense en el prójimo.

—Ya lo hago. Y, además, es algo que me preocupa mucho.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le preocupa?

—No sé... Toda la sociedad y en especial la desigualdad y el sufrimiento del Tercer Mundo o la discriminación de la mujer. También la guerra, Palestina... y no digamos todo lo del cambio climático...

—Déjese de monsergas. En esta situación concreta que estamos, el prójimo no es una eminencia doctorada, ni la sociedad, ni los pobres negritos, ni las señoritas indefensas o el parte meteorológico.

—¿Entonces?

—El prójimo, en ese preciso momento, es la curiosa vida de este cerezo y punto.

—¿El cerezo?

—Claro.

—Ya me dirá cómo.

—Pues, a través de su labor, el árbol se verá reforzado en su naturaleza para proporcionarme unas deliciosas cerezas dentro de unos meses. Una artesanía a largo plazo. Una cadena positiva y tangible sin fantasías, en la que todos salimos ganando.

—¿Yo también?

—¡Usted el que más!

4

Veinte días después

—Vaya. ¿De nuevo por aquí? Después de tanto tiempo me imaginaba que había llegado a la conclusión que no sacaría nada más de mí una vez catada la aterradora humildad del aprendizaje.

—Tenía un máster en la universidad.

—¡Caramba! ¡Un máster! ¿Cuántos ha coleccionado ya?

—Este era importante. Trataba los problemas y las barreras de acceso de los jóvenes al mercado profesional de la creación y no quería perdérmelo.

—¡Qué horror! No puedo dejar de reconocerle su osadía por nombrarme aquí semejante engendro.

—No han estado nada mal las ponencias...

—Su perseverancia en el error solo puede tener una única explicación.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Hacerse la víctima. Alimentar el resentimiento, que es finalmente de lo que vive su generación. A su edad no me hable de barreras de acceso.

—Tampoco lo hemos tenido tan fácil.

—¿Ah, no?

—No encontramos trabajo de lo que nos gusta o con sueldos de miseria, además de la falta de oportunidades, un mercado despiadado...

—Ahora viene aquello de que, encima, le magreó un cura.

—¡No! Pero hemos crecido bajo una sociedad cerril y conservadora, con una administración que no ofrece nada a los jóvenes. Todo es corrupción, ustedes sí que tuvieron...

—¡Pare inmediatamente! No intente hacer comparaciones con mi generación o las anteriores. El primer error es que piensan que el

mundo nació con ustedes. El pasado solo les sirve de reprobación.

—Es que es un pasado bastante *heavy*...

—¡Calle! Son incapaces de imaginarse lo que vivieron los jóvenes europeos en 1914, en 1936 o en 1940. Ni tan solo lo que vivimos en la posguerra y la dictadura. Por eso quiero decirle que con sus injustificados resentimientos no producirán jamás un arte vivo e inteligente. Un arte esperanzado que busca lo agradable y lo bello incitando a la vida, ya sea con la tragedia o la comedia. Están sumidos en un bucle.

—¿Un bucle de qué?

—El circuito cerrado de sus ocurrencias. Para sobrevivir, han implantado un público masoquista y esnob que goza presumiendo de su capacidad de descifrar lo encriptado. Esa actitud hermética se ha producido en la mayor parte de las expresiones que tienen que ver con las artes. El problema es que de ustedes no hay nada que descifrar. Son simples excreciones del galimatías mental que sufren. No tienen nada nuevo que decir excepto la voladura del pasado, cuyas consecuencias les impiden encontrar algo armonioso, vinculado a lo mejor que han hecho y hacen los seres humanos. Me refiero a la belleza que surge cuando se compone bajo una sólida razón constructiva. Bajo el esfuerzo y la búsqueda de la verdad. Bajo el sufrimiento y la esperanza

—Muy apocalíptico, ¿no cree?

—La realidad está a la vista.

—Dígame un ejemplo concreto.

—Le planteo un ejemplo que está a la vista de todos. ¿Sabe usted cuál es la diferencia entre el Museo del Prado y el Reina Sofía?

—¿Qué?

—El Prado y el Reina Sofía.

—¿El Prado y el Reina Sofía? ¿Se refiere a los museos?

—¡Pues claro! Piense bien lo que va a decir...

—Bueno, pues... No sé... Lo clásico y lo contemporáneo.

—Ja, ja, ja... Otra vulgaridad de este calibre y acabamos con el adiestramiento.

—De las artes plásticas no tengo una información muy...

—¡Prohibido el término «artes plásticas»! ¿No ve, insensato, que es la primera trampa para eliminar cualquier referente del pasado? Ya no separan la pintura de la escultura o el grabado y el dibujo. Se trata de diluir los términos concretos para ganancia de aprovechados y mediocres. ¡Está claro! Sin referentes puedo ser un genio mañana mismo.

—Quiero decirle que en teatro poseo conocimientos más amplios, pero del Prado y el Reina Sofía...

—A ver si entiende de una vez que aquí hablamos de artesanía. La pintura, la música, el teatro, la danza...

—Visto así... Entonces ¿cuál es la diferencia entre esos dos museos que me cita?

—Es algo tan simple y concreto como la vida y la muerte.

—¡Joder!

—El Prado incita a la vida. Admiramos, recordamos y gozamos, reviviendo momentos vibrantes del hombre y su inteligencia para hacerlos presentes hasta hoy. Aunque sea una crucifixión.

—Una crucifixión. ¡Que mal rollo!

—¿Qué dice?

—No, no, nada, nada... ¿Y el otro museo?

—El museo Reina Sofía es el tanatorio donde se expone la muerte del arte en nuestro tiempo y su putrefacción reciclada y orientada hacia una ladina organización financiera multimillonaria.

—Bien, pero en el museo Reina Sofía habrá cosas que tienen también su interés...

—¡Vaya! Ya estamos con el consenso progre. Los argumentos calculadores del equidistante. Con ese discurso que tanto le complace, las cosas nunca son ni buenas ni malas. Las manejamos según el interés del momento. Todo es materia de especulación, ¿verdad? Es el ámbito en el que se mueven para no implicarse en la realidad de las cosas que no les convienen.

—Es lógico. Hablamos de conceptos relativos.

—El arte no entiende de relativismos. Es un acto profundo y pasional y, como tal, hay que juzgarlo. O es bueno o es malo.

—Eso dependerá del criterio de quien lo juzgue.

—Entienda de una vez que en una obra de arte no hay lugar para el consenso. Es una verdad indiscutible en sí misma. La verdad no tiene matices. La imprecisión la promueven ustedes para que la mediocridad campe a sus anchas. Buscan, para su provecho, todos los subterfugios posibles a través de enmarañar los términos. Si realizo «vanguardismo escénico», nadie me va a comparar con Lope. ¡Claro! Si hago «artes plásticas», nadie me va a asimilar a Tiziano. Todo a su medida.

—Vale, vale... Pero le voy a poner el ejemplo de Picasso. Un gran pintor que está en el Reina Sofía, entonces ¿cómo se come eso...?

—¡Alto! Utilice la prudencia del aprendiz y no diga más vulgaridades. De momento no hable ni piense.

—¡...!

—¡Huela! ¿Me entiende? Para empezar, olvídese de sus exiguas ideas. Mucho mejor que huela. El olfato orienta el cerebro.

—Perdone, pero no sé bien por dónde va...

—Para aguzar el olfato, del cual está tan falto, le voy a poner unos ejercicios previos. De lo contrario, sin nariz se pasará la vida dando bandazos y diciendo estupideces. Debe afinar primero esta herramienta esencial para acercarse a la realidad de las cosas. Un destello certero es consecuencia de una buena nariz.

—¿Ahora oler? Vaya...

—Oler lo que está escondido detrás de lo aparente.

—De momento lo único que huelo es el humo de su puro, que con toda sinceridad no me resulta muy agradable.

—Ya imaginaba de antemano su incapacidad para saborear el humo de un Cohiba y también su aptitud para reprimir.

—No creo que sea bueno para su propia salud y la de los demás.

—A cada estímulo responde con los nuevos dogmas de la plebe. Cuando te despistas ya te han asaltado una parcela de libertad bajo el amparo de tu propia salud y el bien de la humanidad.

—No, no. Por mí haga lo que le parezca...

—Faltaría más. Estoy en mi propia casa y aquí no entra la nueva Inquisición. ¡¿Entiende?!

—Bien, bien...

—No obstante, precisamente por estar en mi casa y ser usted el huésped, salgamos a la terraza y el humo se diluirá.

—Vale, se lo agradezco... Entiendo que eso tiene que ver con aquello del protocolo. Claro.

—Más o menos...

—Ahora acláreme esas cosas que me proponía sobre el olfato.

—Lo natural. Oler y mirar. Un requisito indispensable del aprendiz. Para empezar, no es cuestión de concentrarse directamente en el teatro. Hay que llegar al núcleo de las cosas importantes siempre en espiral. Sin prisas. Husmeándolo todo. No anticipar conclusiones. Oler estimula la prudencia para no meter la pata. Olvide la jactancia de sus *cátedros*. De momento no se le ocurra actuar por análisis mental porque la va a cagar reiteradamente.

—Vale. Y, en concreto, ¿cómo se traduce todo eso de forma práctica?

—Vaya primero al museo del Prado.

—¿Qué? ¿Qué?

—Que se vaya al Prado enseguida.

—¡¡A Madrid!!

—¡Pues claro! No se abrume por la cantidad de inteligencia concentrada en aquel espacio. Busque simplemente *La carga de los mamelucos*, de Goya. Mírelo intensamente durante media hora, intentando que la imagen quede grabada en su retina. No escatime tiempo. Para no perderla salga corriendo hasta el museo Reina Sofía.

—¿Me está diciendo que debo desplazarme de un lugar a otro corriendo?

—Corriendo tan rápido como sea capaz. Hay menos de un kilómetro. Usted es muy joven. Lo puede hacer en cinco minutos. Se cruzará por la calle con mucha gente que corre, botellín en mano, pero que no sabe adónde va. Usted sí, directo al Reina Sofía. Plántese en la sala del *Guernica*. Se sitúa a ciegas frente al cuadro. Mantenga los ojos cerrados hasta que reproduzca mentalmente el Goya. Cuando lo tenga, los abre de súbito delante del Picasso y verá como, al instante, experimenta la misma sensación que le he descrito sobre los dos museos.

—¿La vida y la muerte...?

—¡Exactamente! Lo percibirá a través de dos obras de temática violenta y trágica, situadas en las antípodas. Eso que le indico es esencial para orientar su óptica futura. Si no lo advierte no vuelva por aquí, porque no hay nada que hacer.

—Oiga...

—¿No está claro? ¿Qué quiere ahora?

—Después de todo eso, ¿podremos hablar sobre la etapa transgresora de sus inicios?

—Cagüen la leche... ¡Qué pesadez! ¡Fuera!¡A Madrid!

5

Dos días después

—¿Ya está de vuelta de Madrid?

—Es que no he viajado hasta allí. Me pareció entender por dónde iban sus intenciones y he tenido una idea mejor.

—¡Mal!

—Me hice con una imagen de *Las Meninas* de Velázquez y me fui al museo Picasso de Barcelona. Una vez delante de las variaciones que hizo Picasso del cuadro de Velázquez, yo miraba con intensidad la reproducción, cerraba los ojos y los abría observando fijamente *Las Meninas* de Picasso. Y así sucesivamente.

—O sea, que no ha podido reprimir su creatividad.

—Era más o menos eso lo que quería que hiciera en Madrid, ¿no es así?

—¡En absoluto!

—¿No tiene curiosidad por saber el resultado de mi experimento?

—¿Experimento? ¡Menudo morro!

—Bueno, pues...

—¡Mejor que no hable!

—Solo una frase...

—¡Calle!

—¡Creo que Picasso se divirtió con *Las Meninas*! ¿Qué le parece?

—Tiene usted una vocación irreprimible hacia la ignorancia.

—Pero ¿no he realizado más o menos lo que me ha pedido?

—La cerrazón mental que sufre no le ha dejado aún situarse como un simple aprendiz y captar humildemente mis indicaciones. Si las hubiera seguido al pie de la letra habría experimentado la sensación que yo le describí o por lo menos algo de naturaleza más perspicaz. Era un ejercicio esencial para empezar.

—¿Concretamente el qué?

—Oler la belleza y la nada. La abnegación y la suficiencia. La vida y la muerte de un arte separados solo por ochocientos metros. Y lo hubiera percibido porque las dificultades para ir allí, el esfuerzo de correr aquellos metros y todo el ritual que le indiqué eran la clave para sentir algo tan etéreo como mi propuesta. Tal vez su propio esfuerzo le hubiera estimulado la intuición o el olfato ante las cosas impalpables. Esta infecunda nariz habría percibido algo. La relación esfuerzo-emotividad hace presente lo intangible. Sin ello, todo son disquisiciones. La verdad no se distingue sin un cierto dolor.

—Me fui al museo Picasso y aguanté una hora ante...

—Lo que usted ha perpetrado es una frivolidad. Una memez. Ha tomado la vía fácil. Lo suyo, vaya.

—Viene a ser lo mismo. Un cuadro clásico frente a uno moderno. Hago la comparación entre los dos y saco las conclusiones. Esa era la maniobra...

—¡Aprendiz! ¿Quiere callarse de una puta vez? ¡No es lo mismo! Las llamadas *Meninas* de Picasso no son una diversión del pintor. Son una pataleta de impotencia ante una obra sublime. Nadie sensato se atreve a defender aquello frente al genio Velázquez. Ni tan siquiera sus cofrades progres. Por el contrario, el *Guernica* es trascendental. Si hubiera estado allí, habría visto delante del cuadro un enjambre de incautos en adoración. Es una imagen emblemática. Los incautos, claro, porque el *Guernica* solo significa la contraseña de un astuto negocio que marca el fin de la pintura y la entrega de sus despojos a los parias de la tierra en forma de grafitis o lo que hoy llaman «artes plásticas».

—Joder, joder, creo que se está pasando varios pueblos...

—¡Silencio! Piense que este grafiti picassiano es...

—¿Grafiti? ¡Es una pintura!

—¡No! ¡Es un grafiti plano sin perspectiva en blanco y negro! Una imagen de cómic que además significa el icono de la devastación, pero no la del pueblo de Guernica, que para nada retrata. Personifica la devastación de la inteligencia en una parte fundamental de las artes y su regresión a un contexto infantil. Eso sí, le reconozco a la viñeta picassiana el inicio del negocio ingenioso y embaucador de vender la

nada a precios astronómicos.

—¿Ahora es un negocio?

—Un negocio tan avispado como el que inventaron los timadores de *El retablo de las maravillas* de Cervantes a costa de acomplejar a unos incautos que afirmaban ver lo que no existía por temor a ser señalados como impuros de sangre. Por cierto, unos incautos muy parecidos a los del Reina Sofía y a los esnobs millonarios que compiten en el precio de las artimañas plásticas, creyendo así situarse en la élite de los entendidos.

—¿Me está diciendo que todo el arte contemporáneo es un objetivo financiero?

—Está muy claro. Entienda que, como ardid financiero, tampoco es nuevo. Hace siglos, Europa ya vivió el gran negocio de las reliquias millonarias, que actualmente no valen nada. La diferencia es que hoy la engañifa es laica y, por tanto, mucho menos fantasiosa que el timo religioso.

—No acabo de verlo...

—Estoy desesperado con usted. No creo que consiga nada con tanta resistencia al sentido común.

—Lo siento... ¿Me permite?

—Diga.

—¿Cuándo hablaremos de teatro?

—Lo estamos haciendo desde la primera frase que cruzamos, pero, además, le tengo dicho que aquí le quiero sin el cronómetro en el culo. ¿Me entiende?

—Trato de entenderle.

—Bien. Pues ahora, para seguir su aprendizaje, baja usted al jardín y quita las hierbas alrededor del ciruelo.

—¿El ciruelo? No sé si...

—Lo reconocerá enseguida porque está lleno de ciruelas y algunas tienen una forma semejante a sus testículos.

—¡Ah!

—No es una broma de mal gusto, es que a esta variedad de ciruelo lo llaman «cojón de fraile», pues a menudo salen dos ciruelas unidas por la parte superior y la evocación es inmediata. La naturaleza es una

resonancia de todos nosotros. Aunque estoy seguro de que el apodo lo puso alguna maliciosa campesina.

—Lo de...

—¡Tenga cuidado con el azadón y las raíces!

—Lo de...

—¡¿Qué le pasa?!

—Lo de... la campesina suena algo machista. ¿No cree?

—¡Dios! Qué previsibles son ustedes. ¡Venga ya! ¡A cavar de una vez! Eso despeja la mente de tanta gansada.

Treinta minutos después

—Cuánto tiempo... Pensaba que se había perdido en el jardín.

—Ya tiene hecho lo del ciruelo ese.

—Le veo muy sudoroso. Si lo desea, le preparo un vermut de la forma correcta para que se recupere mental y físicamente del trance.

—Gracias, pero prefiero un vaso de agua.

—No tenía la menor duda.

—No crea que no estoy en forma, ¿eh? Me hago diariamente mis ocho kilómetros de *footing*.

—Eso también era totalmente previsible. Ante ello, siempre me pregunto si esos excedentes físicos que exhibe esta generación tan bien alimentada no podrían tener un mejor y más práctico empleo que andar corriendo sin ton ni son para no llegar a ninguna parte. ¿Es que, después de tanto bombo y reclamo público, no follan ustedes bien?

—Hombre...

—Lo digo porque si necesita descargar energías sobrantes, mi jardín está a su disposición para un esfuerzo productivo. Claro que no es tan sencillo como correr. Requiere también una artesanía muy delicada.

—¿Otra artesanía? ¿Con los vegetales? La verdad, es que ya no sé muy bien dónde estoy.

—No desprecie lo que ignora. Estos árboles, estas plantas y sus flores están tan vivos como nosotros y algo más que una mayoría de los humanos. Conocer y cuidar todo eso requiere ingenio, paciencia,

observación, conocimiento, delicadeza y energía. Exactamente lo mismo que necesito cuando construyo una obra.

—Muy interesante, pero esto es una vida vegetal y no tiene la complejidad humana. Las comparaciones son inaplicables.

—Aprendiz, cuidado con lo que dice. ¿Ha visto el olivo del jardín?

—No me he fijado.

—Estaba seguro de ello. Tiene alrededor de quinientos años. La vida vegetal trabaja en tiempos muy distintos de la vida animal. Es anterior a cualquier forma animal. La espuma de algas se formó hace mil doscientos millones de años. El tiempo de permanencia en el planeta es un valor de sabiduría para todas las especies, incluida la nuestra. ¿La vida en el carril lento vale menos que la vida en el carril rápido?

—Visto así...

—Sepa que la esencia de las artes no trata únicamente sobre las personas, abarca todo lo que forma parte de la vida.

—Es posible, pero a mí me interesa lo que sucede dentro de nosotras.

—¿Qué ha dicho?

—Dentro de nosotros... o nosotras.

—¿Me ha tomado por marica?

—¡No! Simplemente, utilizo un genérico que no es excluyente. Una forma de hablar más abierta. Un lenguaje inclusivo y progresista.

—Pues me excluye a mí inmediatamente de este genérico.

—Vale.

—Dentro de esta casa no se le ocurra introducirme ideas y términos de la progresía. Es lo que ha hecho de usted un inútil y a punto estuvo de hacerlo de un servidor... ¿Por qué levanta la mano?

—Para hacerle una pregunta.

—Adelante.

—¿Qué entiende por «progresía»?

—Los cretinos perseverantes.

—¡Otra generalización!

—Se lo puedo matizar, pero corre el riesgo de sentirse aludido.

—Por mí no se reprima.

—No tema. Reprimirme es algo que no ha formado parte de mi vida

y, con los años, el riesgo disminuye totalmente.

—Con dos palabras se carga el progresismo y después se escapa. Dígame algo más sobre esta aversión tan radical al progreso...

—El progreso nada tiene que ver con eso. Mire, joven, la progresía es una plaga funesta que ha descompuesto todo orden prudente y juicioso en la llamada sociedad del bienestar. En el fondo es una consecuencia de ella. Se ha introducido en los múltiples repliegues de la vida en común y solo se han liberado de sus efectos quienes se han refugiado en un búnker cerril. Una actitud poco práctica porque significa vivir a la defensiva. Yo me encaré a ellos en todos los campos, pero en especial con mis obras. En los inicios tenía una mayoría de público que se autocalificaba de progresista, lo cual me hacía replantear la utilidad de mis espectáculos. Aquello era como una secta. Me ensalzaban en *El País* y la SER. Les soporté durante años, hasta que se me hizo agobiante y, en vez de seguir riendo de los de fuera, comencé por los de dentro. Empecé a fulminar sus mitos de tal forma que no volvieron a pisar mi teatro ni por asomo. Un éxito social y un desastre comercial, pero también una satisfacción indescriptible. ¿No me nota usted la satisfacción?

—No sé... es que habla del progresismo como si fuera un virus epidémico.

—Lo es en cierta medida, y la forma de introducirse en las personas se la voy a detallar en lenguaje teatral. Lo voy a hacer utilizando *El barbero de Sevilla* en su magistral descripción de la calumnia.

—¿*El barbero de Sevilla*, de Beaumarchais?

—No. La maravillosa ópera de Rossini. Le canturreo el aria y solo voy a cambiar «calumnia» por «progresía». Escuche y al mismo tiempo excuse mi voz carrasposa:

La progresía
è un venticello
un'auretta assai gentile
che insensibile, sottile,
leggermente, dolcemente,
incomincia a sussurrar.

Piano piano, terra terra,
sotto voce, sibilando,
va scorrendo, va ronzando;
nelle orecchie della gente
s'introduce destramente,
e le teste ed i cervelli
fa stordire e fa gonfiar...

—Muy gracioso, pero no acabo de ver la relación.

—De usted no me sorprende. Piense que el virus progresista se introduce en «*le teste ed i cervelli*» a través de los más simples complejos frente al prójimo.

—¿Por ejemplo?

—¡Por favor! Si usted los conoce en carne propia... «No voy a pasar por reaccionario ni por retrógrado». «Ojo que no me llamen facha». «Tengo que aparentar estar abierto a todo». «Nada puede reprimir mis sentimientos». «Siempre estoy con los oprimidos», etc., etc. En definitiva, como se trata de situarse por sistema en el lado de los buenos, el progresista debe sentirse dispuesto a consensuar hasta su propia dignidad por tan altos designios.

—Pero ¿qué mejor que el progreso, no?

—Autocalificarse como progresista ya es utilizar una redundancia necia y engañosa, dado que el progreso está en la naturaleza de todo ser humano desde que sale del claustro materno. El progresismo es el encubrimiento perfecto de las mayores imposturas y dislates, pues gravita sobre una rectificación frívola e indocumentada de las actitudes naturales y el sentido común. Es como el imbécil que se proclama humanista.

—Lo siento, pero yo me considero progresista.

—Es lógico en usted, porque el término «progresista» les sirve como efectivos militares contra quienes vinculan una parte de sus referentes al pasado. Es una excusa para extirpar cualquier actitud conservadora en la sociedad. Se trata de liquidar los vínculos y la herencia moral, partiendo solo de uno mismo como ser supremo y único. En las artes lo han conseguido plenamente.

—No veo cómo.

—Pues atienda. Este embaucador virus mental ha manejado para sus efectos devastadores todas las variantes de la llamada modernidad y vanguardia. Ha instigado en sus practicantes un estúpido complejo: ¡el pánico a no hacer arte contemporáneo!

—Es normal que a los jóvenes nos guste lo moderno.

—Hagamos lo que hagamos usted y yo, siempre será moderno. Obviamente, una vez muertos, dejaremos de ser modernos. Utilizar el término «contemporáneo» para el arte de alguien que está vivo es una redundancia estúpida, salvo que con este adjetivo se intente acusar de caduco a quien en su obra muestra un sólido enlace con la tradición de su oficio.

—Por ejemplo, alguien que pinte ahora paisajes y retratos como los que tiene en esta casa, ¿no?

—Exacto. Veo que lo ha captado. Un pintor de bodegones jamás podrá ser considerado progresista. La consecuencia de este proceder ha sido la liquidación de la pintura y la escultura, que, sin referentes reconocibles, cortan toda comunicación con el espectador. Han sido sustituidas por formas primarias o simplemente por un discurso endogámico del supuesto artista. Es el caso de las «instalaciones» o las *performances*. No buscan más que su propia complacencia, sin tratar de comunicar, seducir y emocionar al prójimo. Un narcisismo enfermizo. Reducen la transmisión al exhibicionismo personal. Con lo cual, por analogía, también han salido gravemente afectados de esta deriva la música, la arquitectura y el teatro.

—¿El teatro? ¿Por qué?

—¡No me cabree! Solo le importa el detalle individual. Aprenda a mirar la vida y el arte en conceptos amplios más allá de su especialidad. El arte es uno solo con distintas artesanías.

—Pues yo creo que lo he captado muy bien.

—Me alegro.

—En resumen, lo que dice viene a ser una acusación implícita a las tendencias de izquierda.

—Entonces no ha entendido nada. La razón de la gran expansión progresista se debe a que puede convivir con todas las ideologías políticas, desde la izquierda a la derecha, y esta última lo hace por

complejos, para no ser señalada como conservadora. También incluyo en ello las religiones occidentales, obsesionadas por modernizar sus dogmas y ficciones.

—¿Trata de exponerme que los progresistas no tenemos un criterio asentado?

—Un criterio más bien fluctuante. Se trata de una moral laxa en lo esencial pero radicalmente inquisitorial en lo superfluo. Su fobia a la tradición les lleva a creer que todo es posible y, de aquí, su fascinación por sacralizar las más imprudentes ocurrencias en cualquier campo. Piense que la epidemia no distingue entre hombres y mujeres, ni las múltiples variantes de género que se han inventado, precisamente, los progresistas. Hoy, hasta el Papa es progre... y así le va a la Iglesia.

—Yo no tengo interés alguno en el cristianismo y sus mitos. Soy ateo.

—Para empezar, usted no es nada.

—Vaya...

—No es nada porque no ha hecho nada en su vida.

—Estoy elaborando una tesis doctoral y por eso estoy aquí aguantando este bombardeo.

—No mienta. Usted está aquí y aguanta lo que sea para meter mi nombre en su maldita tesis.

—No se lo niego, pero no es la única razón...

—Sí, ya sé. El asombro de encontrarse con algo que no se había imaginado y el morbo de seguir en ello. No obstante, si sufre mucho, mejor que desista.

—No. La verdad es que hay momentos en que me parece incluso algo divertido.

—¿Divertido? ¿Le divierte? Allá usted, pero le recuerdo que solo puede permanecer como aprendiz si asume que su pasado universitario es un camino siniestro hacia el infortunio personal y social. En definitiva, tal como le tengo dicho: una orientación de mierda.

—¡Otra vez! Como le gusta hostigar.

—No lo crea. Soy un obseso del realismo y, si hostigo, es para

desenmascarar las imposturas encubiertas detrás de las justificaciones elevadas.

—Vale, bien... pues soy una mierda. ¿Y qué?

—Tampoco es necesario que simule hacerme la rosca. Sé perfectamente que no lo cree... Pero lo ha dicho, lo cual es admitir la posibilidad. Cuando se ha dicho algo fingido, siempre sobrevuela el riesgo de que se acabe asumiendo como real. Mire las religiones... Así que vamos por buen camino.

—Me alegro.

—A partir de esta convención entre usted y yo, por la que acepta implícitamente que es un progre de mierda, puede seguir con el aprendizaje artesanal con humildad, incluso aunque sea simulada.

—Entonces ¿tengo que bajar de nuevo al jardín?

—¿Y qué otra cosa quiere hacer?

—¡Joder!

6

Cinco días después

—¿Qué le pasa ahora? ¿Ya ha terminado?

—No quiero que piense que no me interesa ese contacto natural que tan detalladamente me ha justificado...

—¿Y bien?

—Ya llevo cavados los tres caquis, los cuatro naranjos, los dos albaricoques, los dos cerezos, los tres ciruelos, el limonero y solo me falta acabar el segundo almendro. ¿No le parece suficiente el... aprendizaje?

—El almendro debe cavarlo más profundo.

—Bien, pero lo que le he preguntado...

—Sus raíces no son tan superficiales como los otros árboles frutales que lleva cavados. Cada uno requiere de un trato especial. Entienda de una puñetera vez que también son seres vivos con sus peculiaridades y si uno capta lo que necesita una planta tiene bastantes posibilidades de presentir algunos requisitos esenciales de las personas.

—Ya veo... Supongo que no tengo más remedio, ¿eh? Bueno, pues si quiere, bajo a modificarlo...

—No, pero le agradezco su buena disposición. Ya lo hará más adelante. Ahora le voy a encargar que prepare una situación escénica muy sencilla. De párvulos.

—Vale. Eso ya me interesa más.

—¿Ah, sí? El gusto con que se mete en la boca del lobo muestra todavía su falta de olfato.

—Es que me interesa entrar directamente en lo teatral de una vez y después hablar de su ciclo transgresor.

—¿No le parece lo bastante transgresor lo que estoy haciendo con usted?

—Con perdón me parece algo más bien medieval.

—¿Se refiere a los artesanos que construyeron las catedrales góticas? ¡Qué más podríamos desear!

—Vale, vale, ya se ha escapado otra vez, pero vamos a lo de la propuesta teatral.

—Entiéndalo como un simple tanteo. Después volveremos a lo sustancial, que todavía se halla en el jardín y en muchos otros lugares, antes que en un teatro.

—De acuerdo.

—Pues aquí va: un obrero de la construcción trabaja sobre un andamio del sexto piso de un edificio. Una parte del andamio se quiebra a sus pies y el hombre cae al vacío. En los breves instantes de la caída pasan por su mente de forma vertiginosa algunas imágenes de su vida, hasta que su cuerpo queda aplastado en el suelo.

—Bien. ¿Y qué más?

—Nada más. Así de fácil. Huela bien lo que le pido.

—¿Eso es todo?

—¿Qué esperaba?, ¿un drama en tres actos?

—No, pero...

—¿Es que le parece poco para usted?

—Bueno... No, no es eso...

—Entonces ¿qué pasa?

—Y cómo lo plasmo: ¿en un texto?

—¡Qué coño de texto! El teatro no es literatura. Lo quiero ver en vivo.

—Vale, pero yo no soy exactamente un actor.

—¡Así ya me dirá qué leches quiere hacer en este oficio!

—Escribir, investigar, dirigir...

—¡Gilipolleces! Vocación de parásito. No le doy otra opción. Lo demás no me interesa. El teatro es el arte del actor. Sin él no existe esta profesión. El resto son los invitados a la fiesta. Unos invitados de los que el comediante puede prescindir cuando le apetezca. Ya sean el director, el decorador, el figurinista e incluso el llamado autor. En última instancia, todos son prescindibles. La *Commedia dell'arte* italiana es una época gloriosa del teatro que se hizo solo con los actores.

—Bien, bien... No insisto. Y ahora dígame cómo lo hago. Deme algunas indicaciones.

—Usted sabrá. Tiene todo el tiempo del mundo. Jamás se lo restringiré para una construcción artesana. La escasa dedicación de tiempo en las obras actuales ha sido la culpable de la deriva de todos los oficios artísticos. Picasso invadió el mercado con miles de pinturas realizadas en una hora o tan solo diez minutos. La salvajada tuvo un éxito financiero sin parangón en la historia. A partir de aquí todos se lanzaron al negocio de la genialidad. Esta nueva invasión de bárbaros significó la catástrofe para toda tradición culta de la artesanía.

—¡Y dale con Picasso!

—No trate de provocarme. Todavía no está en situación de dialogar de tú a tú conmigo. Si le hablo de Picasso es porque personifica el principio del fin. Y el ocaso solo podía consumarlo alguien extremadamente dotado como era él. Fue un discípulo de Mefistófeles para conseguir rápidamente la fama y el triunfo en el arte. Vendió su alma, de la misma manera que lo hizo Fausto para obtener la constante juventud. Aún le falta mucho para comprender esto. Ahora váyase a trabajar en mi encargo artesanal.

—Es que no sé si...

—Claro que no sabe. Es lógico. Para eso está la curiosidad, el empeño y el coraje. Váyase de una vez y vuelva con el trabajo acabado.

—Bien, pues... Hasta luego.

Tres minutos después

—¡Cagüen la leche! Pero ¿no se había marchado?

—Sí, pero una vez fuera, estaba pensando...

—¡Mal!

—Pensaba que, si le parece, puedo pasarle su propuesta a un colega de tesis que tiene cierta facilidad para actuar y, de esta forma, lo podría dirigir sin necesidad de interpretarlo yo mismo.

—Hay dos cosas que no soporto: la vagancia y que me llamen

cuando estoy en el baño. Y en usted acaban de coincidir, precisamente, las dos a la vez.

—Lo siento.

—Mire, la pereza la doy por irreversible en su generación de malcriados, es una lacra crónica que solo una hambruna o una guerra puede modificar. Pero el destiempo es algo muy suyo que le impedirá construir una artesanía agradable para el prójimo. Le llevará al más absoluto fracaso y a perturbar la vida de los demás como acaba de hacer.

—No entiendo lo que... ¿A qué se refiere?

—Existen personas que cada vez que te llaman a la puerta o por teléfono, pues resulta que unas veces estás en el baño y otras trabajando, comiendo o follando. Lo extraordinario es que siempre son las mismas personas y usted es una de ellas.

—Será el azar...

—¡Qué azar ni qué leches! Su falta de armonía. Su persistente egocentrismo, que le impide intuir lo que necesitan los demás. La paradoja es que quiere dedicarse a un oficio cuya esencia es la concentración en lo que hace y necesita el prójimo. Y no solo eso, sino que es una artesanía basada en cómo hacer comprensible e interesante a la sociedad los propios defectos y virtudes. Algo que requiere una obstinada atención fuera de sí mismo.

—No acabo de verlo...

—Ya se nota.

—No acabo de verlo porque, a partir de algo anecdótico, usted elabora una tesis.

—Joven, hay anécdotas que sientan jurisprudencia. De las tres últimas veces que ha llamado con su maldito móvil: una estaba comiendo, otra estaba sesteando y la tercera no se lo digo por pudor. ¿No le parece suficiente el sumario?

—Lo siento.

—Hace bien en sentirlo.

—En cualquier caso, como... aprendiz, también puedo ejercitarme en modificar todo eso que me atribuye, ¿no?

—¡Sagrada inconsciencia! Me temo que eso que llama «anecdótico»

es algo innato. ¿Sabe usted cómo escojo a mis actores?

—Ni idea.

—No me importa demasiado su nivel técnico porque tendrán que adaptarse al mío. Lo que tengo en cuenta es el sentido del tiempo, y eso se nota solo cruzando un escenario y mirando al público.

—Por el ritmo, claro...

—¡La armonía, joven! ¡La armonía! El sentido del tiempo.

—¡Ah!

—Sin el ritmo adecuado, no aguantamos ni un libro, ni una pintura y no digamos la música, el teatro o la danza. En el mundo de la expresión, la cadencia es tan importante como la sustancia. De hecho, forma parte indivisible de lo mismo.

—¿Qué me aconsejaría entonces para introducirme en esos tiempos, así como... armónicos?

—Que espere a su reencarnación.

—¡No me escarnezca más, por favor!

—Mientras espera ser una coliflor o un caracol, escuche obsesivamente a Beethoven y quizá entienda lo que es el sentido del tiempo en el teatro. Grabe esto en su cabecita: para un actor es más importante Beethoven que Shakespeare.

—¿Qué?

—La combinación de las notas musicales, o sea la polifonía, puede originar un nivel de emoción que la palabra no es capaz de alcanzar.

—¿No podría ser con otra música? A mí la clásica no...

—La música tribal de hoy no le servirá de nada. Son gritos primarios y groseros. Convulsión de masas.

—¿Música tribal? Están Britney Spears, Katy Perry, Lady Gaga... ¡Por favor!

—¿Hablamos de músicos o de delincuentes?

—¿Delincuentes?

—Son maleantes que han cortado la evolución de las más altas cotas emocionales del hombre, y eso es un delito de lesa humanidad mental. Han arrasado con la elevación y la inteligencia que hay en Juan Sebastián Bach y unas generaciones de compositores sublimes. Sus ídolos son inductores de la destrucción del placer excelso y elevado en

el ser humano. Solo incitan el pellejo. Solo carne a la brasa. Han rebajado la música a un ruido irritante. Han liquidado cualquier vestigio de aproximación a Dios a través del sonido. Hay que drogarse para resistirlo. No son transgresores, son malhechores.

—¡Joder! No te lo tomes a mal, pero es la declaración artística más reaccionaria que he escuchado, tío.

—¡De usted!

—¿Cómo?

—¡Que no me tutee! Mantenga lo poco que ha aprendido.

—Perdone. Se me ha escapado, pero es que no tengo costumbre de escuchar esas cosas. Lo suyo es una pasada.

—Acaba de señalar su gran problema: saber buscar los antagonistas que pongan en tela de juicio su colección de tabús. Sus atascados pretextos. Por eso le agradezco su apreciación de reaccionario. Imagínese mi cabreo si me hubiera considerado lo contrario. Me sentiría colocado a la misma altura que sus mentores de la universidad.

—Francamente, a veces me cuesta seguirle en sus teorías.

—No se equivoque. Tampoco son mis teorías, sino mi vida.

—Entonces ¿qué hago? No me avive la confusión. ¿Cómo oler todo eso del tiempo? ¿Hay ejercicios?

—Simplemente tiene que acatar mis indicaciones sin suficiencia. Si quiere oler algo de lo que significa el sentido del ritmo, me escucha fanáticamente el primer movimiento de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven. Comience por las cuatro notas iniciales, tres cortas y una larga (Pa, pa, pa, paaam), que forman el núcleo de este primer movimiento. Después se adentra en el desarrollo posterior. Es una artesanía magistral. Si deja de lado sus fósiles mentales, comprobará cómo a partir de un tema tan desnudo se van construyendo miles y miles de impulsiones conmovedoras.

—No sé si a mí esa música me hará sentir tantas...

—Si posee un mínimo de receptividad, entenderá enseguida que esa música nada tiene que ver con el tamtam de sus gustos tribales. Puede parecérselo a las masas ignorantes, pero una cosa y la otra están separadas por milenios de civilización.

—También es bueno experimentar lo primario que hay en nosotros, ¿no le parece?

—Esas razones no me las creo. Son pura vagancia de los tiempos del bienestar. Ustedes se conforman con lo espontáneo. Lo primero que aparece. Exaltan la *brainstorming* y se creen que son geniales porque les ha salido una ocurrencia entretenida. Se han atascado en una repetitiva exhibición del primate que solo puede mostrar lo monótono y reiterativo que resulta el ser humano sin asimilar los logros de nuestro pasado.

—¿Me está llamando «primate»?

—Le estoy diciendo que, con sus conceptos primarios, se venera en pintura a un salvaje como Jackson Pollock, a un simple pornógrafo como Jan Fabre en el teatro, a la música simplona y reincidente de Philip Glass o las contorsiones neuróticas en las coreografías de Anne Teresa de Keersmaeker...

—¡Joder! Todo eso es muy... Yo le diría que...

—¡Basta! No estoy dispuesto a escuchar la tabarra de la libertad que está a punto de lanzarme. La libertad, siendo algo esencial, no es un fin en sí mismo, sino la forma para obtener el auténtico fin. Además, su falta de experiencia le impide un diálogo en el mismo nivel. ¡Váyase a trabajar!

—Hombre, si lo presenta así...

—Ya es suficiente por hoy. Vuelva cuando le apetezca, pero con mi encargo sobre la caída del albañil realizado por usted solo. ¿Queda claro?

—Vale... Una pregunta.

—¿Sí?

—¿Qué hora es la mejor para llamarle?

—Joven, captar eso también forma parte esencial de su trabajo. El día en que llame en el momento oportuno, quizá sea ya algo más que un aprendiz.

7

Una semana después

—Viene muy animado. ¿Alguna genialidad creativa?

—No sé, pero creo que tengo algún planteamiento interesante...

—De momento no me deje la mochila sobre estos libros. No perturbe mi desorden.

—¡Ah! Perdone... Mire, en estos veintiocho folios tiene mis reflexiones sobre lo que me pidió. Encontrará un análisis dramatúrgico del tema y su correlación social.

—La tramoya literaria ya la puede guardar de nuevo en su mochila. Solo me interesa ver lo que ha hecho de tangible sobre la infortunada caída del albañil. Especulaciones las mínimas y, en última instancia, después de la obra. No me sustituya los hechos por las opiniones.

—Como quiera. Ya verá que he analizado el tema muy a fondo.

—Imposible. El fondo solo puede ser la realización práctica de la obra. Eso de marear la perdiz, déjelo para sus universidades. Ahora entre aquí en la sala... Mire... he separado los muebles para tener un buen espacio y así ver lo que me ha preparado... ¡Eh! ¡Eh!... ¿Dónde va con esa silla?

—La silla significa el lugar elevado donde trabaja el obrero. Primero me tambaleo desde encima y...

—¿Tambalearse sobre esta silla isabelina? ¡Manda huevos!

—Claro, primero simulo la rotura del andamio. Después salto de la silla al vacío, pero en vez de caer al suelo directamente, caigo de pie y voy doblando las piernas con lentitud, ganando tiempo para expresar lo que me pasa por la mente, mientras me precipito desde el sexto piso. Finalmente quedo de rodillas y me desplomo muerto en el suelo.

—¿Y ese casco?

—Es una pincelada para que se capte enseguida que se trata de un obrero de la construcción.

—Un personaje bien construido debe funcionar sin guarniciones. Desnudo en un escenario desnudo de todo. Entienda de una vez que en nuestro oficio es mejor lo sugerido que lo subrayado.

—Sí, claro, las teorías del espacio vacío...

—¡Venga ya! Quítese ese casco de la cabeza. En ningún momento le he insinuado que mi esbozo fuera un número de payasos. El primer problema que tiene es parecer algo que no es.

—Por eso he traído el casco.

—Ver su rostro de pijo universitario con ese casco es una parodia del gremio de la construcción.

—Yo lo he preparado sin ánimo alguno de comedia.

—Pues lo que intenta perpetrar va en esa dirección. ¡Ahora baje de esa silla isabelina, que me la va a escoñar!

—Era para inspirar la idea de que el albañil trabaja a una distancia del suelo.

—¡Insensato! Se mete usted mismo en la trampa. Lo que está señalando son solo los cuarenta centímetros de la silla y nada más. Si quiere simular seis pisos o cincuenta, tiene que hacerlo desde el suelo. Induciendo la sugestión del espectador a las alturas. Todo depende de lo que haga con su cuerpo. Pero ¿qué coño piensa que es el teatro?

—Yo lo planteaba todo dentro de un concepto... minimalista.

—Vacíe su mente de la confusión que le han vendido los doctores y asnos licenciados. Entienda que no hay nada tan ridículo y patético como alguien que intenta angustiarnos y no lo consigue. Lo mismo sucede cuando se pretende bromear y a nadie le divierte. Cierto que la comedia y la tragedia van en la misma dirección, pero con una única diferencia esencial: los tiempos. Es lo que quería que comprobara para empezar.

—¿Solo el tiempo? ¿Nada más?

—Si gozara de este don, ya lo tendría todo hecho. Ahora retire la silla y desnúdese de medio cuerpo. No le ordeno que lo haga entero como debería ser porque soy un desconfiado crónico.

—¿A qué viene eso?

—Simplemente que lo imagino dentro de veinte años, erigiéndose en víctima de un retrógrado machista y mancillando mi memoria

póstuma con el comodín del acoso.

—Oiga, no veo inconveniente en desnudarme.

—Estoy completamente seguro de ello. Pero déjelo. Si le tengo que ser sincero, un hombre desnudo demasiado cerca me produce cierta aversión.

—Vaya, vaya... La que faltaba. ¡Homofobia!

—Exacto. En mi vida me ha resultado más sencillo sentir hostilidad hacia un hombre que hacia una mujer. Las mujeres me desarman y los hombres me arman.

—Todo eso me suena muy rancio.

—Es posible, pero no tanto como ustedes, que están obsesionados en plagiar al neandertal.

—Ahora no le capto eso del neandertal.

—Ya veo que no entiende que son los hijos naturales de Kandinsky, Miró, Rothko, Tàpies y un sinfín de cavernarios que lo han llenado todo de garabatos infantiles y mugre enmarcada. En arte ya nacieron ustedes engañados entre una supuesta modernidad que era más remota que Altamira. Comprenderá que mi labor con usted es más la de un paleontólogo que la de un dramaturgo. Así que, para seguir con esta ardua tarea de restauración, me va a simular que trabaja en las alturas de un andamio, pero desde el suelo y empezando de espaldas a mí.

—¿Así?

—Más o menos. Mientras simula trabajar emite un sonido de algo que se desgaja bajo sus pies y las dos piernas se van separando cada vez más.

—Graaaaag...

—Ahora extiende los brazos hacia ambos lados, mientras gira muy lentamente y va aumentando su expresión de terror, hasta colocarse de frente. Entonces pone el cuerpo en la actitud de una caída con los brazos desplegados. Como si yo lo viera desde abajo.

—¡Aaaaaaah!

—¡No chille así que parece una fan histérica de un ídolo rockero! Busque un grito alargado, como un eco lejano.

—¡Oooooh!

—Ahora la caída la va alternado con un movimiento rápido de sus dos brazos, que simulan el paso de las barras cruzadas del andamio. Al mismo tiempo emite el sonido de estas barras desfilando velozmente ante sus ojos.

—¡Zuuuummm!

—Pero ¿qué hace? Sus brazos se mueven al revés. Las barras tienen que pasar de abajo arriba, si no parece que usted esté subiendo.

—¿Así? ¡Zuuuumm!

—Entre el paso de cada una de las seis barras, está el juego de tiempo que usted manipula y alarga, para introducir los delirios y recuerdos. Imagine las figuraciones que acostumbran a producirse en estas situaciones extremas. Lo que sucede en un segundo de la realidad usted lo prolonga el tiempo que quiera.

—¡Zuuuumm! Mamá, por favor, ayúdame que me voy a matar... ¡Ayúdame! ¡Zuuuumm! Vaya disgusto que tendrá Aitana... Pobre tía, quedará hundida, necesitará terapia. ¡Zuuuumm! He vivido pobre y muero pobre, era el sino de mi clase obrera...

—¡Gran despliegue de cursilería!

—¡Zuuuumm! Todo por culpa de los malditos capitalistas... Explotado y sin seguridad en la obra. ¡Zuuuumm! Yo siempre fui bisexual pero nunca me atreví a... ¡Zuuuumm!

—¡Vaya! Ahora los códigos de la secta.

—¡Zuuuumm! ¡Oh! ¡Nooo! ¡Aaaaaaah!

—¡Qué hace! Esa caída al suelo es ridícula, parece un tropezón. Cambie el plano y aplástese contra la pared de fondo con los brazos estirados. Hágalo como si el ojo del espectador le viera desde un sexto piso aplastado abajo en el asfalto.

—¿Así? ¡¡Aaaaaaah!!

—En fin... ¿Qué le vamos a hacer? Es lo que hay.

—¿Qué tal?

—¿Ha entendido algo de lo que ha hecho?

—Lo he comprendido todo, pero déjeme decirle que esta situación en cine sería mucho más impresionante y realista. No veo la necesidad de hacerla en teatro.

—Entonces sigue sin entender nada. ¡Dios! ¡Dios! ¿Por qué me

esfuerzo en encauzar alguien de la prehistoria a la historia? ¡Qué labor tan infecunda!

—Lo siento...

—Me voy a cagar. Es lo único positivo que puedo hacer en este momento.

—¡Oh, bien...! ¿Antes puedo decirle algo?

—Sí, claro, lo que quiera.

—¿Le sigo?

—¿No pretenderá entrar en el baño conmigo?

—¡Ah!

—Diga lo que desee, pero desde el otro lado de la puerta del baño.

—¡Ah! Vale.....

20 segundos después

—Maestro, ¿me escucha bien desde aquí?

—Perfectamente.

—Es que, como montó aquel cirio para que no le molestara cuando está en el baño, no sabía si...

—¿Y usted me escucha bien?

—Sí, muy bien.

—Pues no lo parece. No ha sido capaz de captar que este ejercicio de aprendizaje estaba encaminado a penetrar en el eje poético que sustenta las artes. ¿Sabe de verdad lo que es la poesía?

—Claro. Soy devoto de Rilke, Alejandra Pizarnik, Dylan Thomas...

—¡Contenga su vanidad por unos instantes!

—Son los poetas que más me interesan...

—¿No podría gustarle, aunque solo fuera por una remota casualidad, Gustavo Adolfo Bécquer?

—Me suena... ¿Quién es?

—Mejor dejarlo. Mire, joven, la poesía no es solo aquello que figura en las páginas de los libros dejando amplios márgenes por ambos lados. La poesía es una condición ineludible de todas las artes. Sin poesía no hay arte. ¡Entiéndalo!

—Sí, claro, eso lo puedo entender.

—Entonces ¿por qué me ha citado el cine comparándolo con el teatro? ¿No comprende que el cine no es un arte, precisamente por la falta de poesía en su formato y estructura?

—Ahora sí que no le capto, pero intuyo que está a punto de soltar algo gordo.

—Lo poético aflora cada vez que el artesano utiliza los mínimos elementos para obtener la máxima emoción. Cuando el pintor Velázquez, mezclando solo unos pigmentos y aceite, mancha una tela de lino blanco y en aquella superficie plana nos hace aparecer *Las Meninas*, este simple acto en sí mismo ya es pura poesía. Igual sucede con el violinista que nos conmociona frotando con el arco de pelos de cola de caballo unas cuerdas de tripa, sujetas en una simple caja de madera. Este músico está realizando un acto poético por la sobriedad de los medios que emplea en relación con la emoción que provoca. Con lo mínimo lo máximo.

—¿Puede repetirlo? En la última parte no le he escuchado bien por el ruido de la cisterna.

—¡Pues se jode! También hubiera sido un acto poético si un buen actor, con solo su cuerpo sobre una superficie plana, sin decorado alguno, nos hubiera hecho revivir la peripecia física y mental del albañil cayendo desde las alturas.

—Bueno, eso en cine...

—¡Otra vez! ¡Cállese, imberbe! La manipulación del espacio y el tiempo, capaz de ampliar a media hora tan solo tres segundos de vida, sin más materia que el cuerpo y la voz, es un acto poético solo verosímil en el teatro. Para ello se necesita un artesano experimentado que domine bien su herramienta y una cabeza inteligente y culta. ¿Me entiende? Una cabeza inteligente que consiga contarnos, con su voz y su cuerpo, los destellos de la vida que pasan por la mente de un ser humano ante la inmediata cercanía de la muerte. Todo eso es posible sin las vulgaridades que ha soltado.

—Tampoco creo que lo haya hecho tan mal...

—¡Leches! Lo que está mal es su propia consideración de lo que ha hecho. Si tuviera conciencia de que ha realizado una chorrada estaría

en mejor disposición para mejorarlo en el futuro... ¡Voy a quemar todas las universidades! ¡Con el gusto que había evacuado ha conseguido ponerme de los nervios!

—Me sabe mal...

—Atienda.

—Sí, diga...

—Cuando salga del baño, para calmarme un poco, quiero un vermut a mi manera. Ya lo sabe... Recuerde, dos rodajas de lima muy finas... Y excuse mi pasión cuando hablo de arte.

—Está excusado. Ahora mismo se lo preparo, pero me ha quedado una pregunta...

—Lo hablamos con el aperitivo. ¿No es aficionado a las tertulias?

—No sé...

—Conmigo no tiene más remedio. Nada me complace más que una buena tertulia debatiendo de arte y política.

—A mí la política no me interesa.

—Eso es abonar el terreno a toda clase de abusos y totalitarismos.

Diez minutos después

—Bueno, reconozco que está mejor... Su aprendizaje del vermut va mejorando a buen ritmo. Ahora solo falta que deje de beber eso.

—El agua del grifo es más sana.

—¿Más sana? ¿Qué clase de progre ecologista es usted? No sabe que en este territorio los acuíferos están contaminados por el vertido de purines de cerdo, que, a su vez, contaminan también los pozos de extracción de aguas de la red. Imagine lo que hay que poner en esta imitación de H_2O que está tomando para que resulte potable. Solo con observarlo bebiendo agua con ese gusto siento náuseas.

—No es imprescindible ser progre ecologista, como dice usted, para aceptar los grandes riesgos que sufre el planeta.

—Es posible, pero me temo que su ecologismo es de diseño. Seguro que también es antitaurino.

—Estoy en contra de la tortura y de matar seres vivos...

—No siga, que ya conozco la perorata, pero incurre en una enorme contradicción. La tauromaquia es por encima de todo una actividad altamente ecológica. Los ecologistas de salón que se oponen a este arte son auténticos majaderos. El concepto que tienen de los animales es un compendio de sentimentalismos inspirados en las ficciones de Walt Disney, lo cual viene a significar una vejación de los bichos y un insulto hacia las personas.

—Hay muchas especies que no presentan diferencias sustanciales con los humanos. Por eso me opongo a la ejecución de cualquier animal.

—¡Ah, claro! Usted es de los que no quieren saber la historia de una morcilla. Su valoración de la vida del animal y sus derechos, ¿cómo los enjuicia?, ¿según el tamaño? ¿La mosca y el perro le suponen sentimientos y morales distintos? Si defienden el minúsculo chihuahua como a un ser humano, y hasta legislan en su defensa, por esta misma razón también deberían defender el feto en todas las circunstancias.

—Concretamente eso es una cuestión de libertad.

—¡Mira qué bien! Moral a gusto del consumidor. Si me cita la libertad a la carta, supongo que será la misma que debemos tener los taurinos para disfrutar de ese gran arte. Por cierto, una vez visto su credo, debe ser usted vegano. ¿No es así?

—Voy camino de ello, pero aún no lo he conseguido del todo.

—Ja, ja, ja... ¡La generación de la puntita nada más! Ja, ja, ja...

—No le veo la gracia.

—¿Hay alguna cosa en ustedes que no sea una simulación? También observo que lleva un cinturón de piel. ¿No se ha preguntado de dónde sale? Ja, ja, ja...

—Bueno... cambiamos de tema porque compruebo que se toma a guasa cosas muy injustificables.

—Cambie lo que quiera, estamos en tertulia de aperitivo y podemos divertirnos polemizando. Nada mejor que encontrar opositores. Mis adversarios han hecho más para promocionar mis obras que mis amigos.

—Quería preguntarle...

—Le escucho.

—Hay algo de lo que ha dicho que me ha dejado patitieso...

—No se corte.

—¿Por qué esa afirmación tan rotunda de que el cine no es un arte? Finalmente es algo muy cercano al teatro.

—Como máximo se puede considerar teatro con preservativo.

—Demuéstreme que no es un arte.

—Sígame. Coja su vaso de agua y salga conmigo al jardín.

—¿Otra vez el azadón?

—No...

—Menos mal...

—¿Ve aquella estatua delante del olivo?

—¿La que le faltan los brazos y la cabeza?

—La *Venus púdica* de Praxíteles. Una copia de tamaño natural. ¿Sabe cuántos años hace que se esculpió el original?

—Tiene pinta de romana o griega, o sea, dos mil como mínimo...

—Concretamente, dos mil cuatrocientos. Su belleza, su sensualidad, su fuerza nos siguen emocionando. Y ahora le pregunto: ¿qué película emocionará pasado un siglo? Y digo más: ¿y pasados solo veinte años? Sin embargo, Esquilo, Sófocles y Eurípides siguen causando emoción. Las comedias de Aristófanes aún nos divierten.

—Eso es mezclar churros con merinos.

—Será churras con merinas.

—Bueno, lo que sea...

—Mire, aprendiz, el cine es un producto de consumo formidable y maravilloso. Un invento lleno de ingenio y con una dimensión social fabulosa. Como la aeronáutica. En evolución constante. Es un género de expresión sujeto siempre a desechar lo que no sirve al presente. Dada su magnitud y enorme audiencia, también es una eficaz forma instigadora de las modas. Un terreno abonado ante una sociedad que cambia de gustos mensualmente. Sin embargo, para ser un arte, le falta la poesía en su propio proceso de transmisión. ¿Me sigue?

—Con todo lo que me va a decir del cine no voy a estar de acuerdo... Pero, aun así, me interesa.

—¡Vaya! Vamos ganando en curiosidad sobre el antagonista. Le voy a poner un ejemplo muy simple. Imaginemos una secuencia donde

solo hay que filmar un beso de tres segundos entre los dos protagonistas en una playa donde está amaneciendo. Para tan solo eso necesita un camión con grupo electrógeno, otro de atrezo y maquillaje, los correspondientes profesionales de cada especialidad, que pueden sumar un mínimo de treinta personas, y un presupuesto cuantioso para la situación. Y le estoy hablando de una producción modesta. O sea, lo máximo para obtener lo mínimo. Todo lo contrario del principio poético.

—No estoy de acuerdo porque ese mínimo...

—De momento su opinión me la reserva para dentro de unos años. El artificio que le describo sirve para que, después, esa misma escena que en directo aún podría tener su belleza por el paisaje y el lugar la vea usted en su casa encuadrada en treinta pulgadas y con idéntica proporción entre el primer plano de los labios y la inmensidad del mar.

—También tiene su gracia ese juego dimensional.

—No se lo niego, pero se trata de una reducción de la mirada del espectador. Nada está sugerido. Usted no aporta nada. Es una dictadura sobre su óptica. No tiene ni la libertad de ver que están haciendo los protagonistas con las manos mientras los labios se están morreando en la playa. Ante una pantalla, usted es un sujeto pasivo.

—¿Pasivo? Muchas veces salgo impresionado.

—Hay miles de cosas que impresionan en la vida, pero no por ello las consideramos arte. Si usted ríe, llora o se emociona en un cine, al actor le importa un comino. No se crece como el torero ante el público o el comediante que siente la palpitación de los espectadores. Ni tan siquiera el futbolista en el estadio, que, animado por el fervor de su público, es capaz de jugar mejor. El cine es un excepcional producto de consumo, pero poca cosa más. Es de usar y tirar, como es el talante de esta época.

—Pero hay magníficos actores en el cine...

—Falso. Para verificar un buen actor solo existe el teatro. Dos horas a cuerpo descubierto. A los actuantes del cine les puedo reconocer cierta habilidad en el *coitus interruptus*.

—¿En cortar un polvo a la mitad?

—¡No sea obtuso! Me refiero a la facilidad en la deconstrucción de un personaje en secuencias de segundos. No obstante, si tomamos al pie de la letra lo que ha soltado sobre el polvo, entonces es mucho mayor el mérito del actor porno, que se mantiene completamente empalmado esperando que cambien el emplazamiento de cámara y la colocación de la luz.

—No le sigo en toda esa teoría.

—Pues sígame hasta la *Venus*...

Veinte segundos después

—¿Qué pasa ahora con la estatua? ¿Qué tengo que hacer? ¿Por qué ha colocado esta silla aquí?

—Anda, acaricie la estatua de una vez, que estoy grabando.

—Está demasiado alta.

—Suba a la silla para superar la altura del pedestal.

—Vale... ¿Así?

—Siga, siga...

—Pero ¿y qué hago?

—¡Joder! ¡Tiene una belleza de talla natural ante sus manos!

—¿Belleza?

—¡Gran belleza! Tóquela... ¿Siente algo?

—¿Algo? Simplemente una piedra que representa una tía decapitada y manca de los dos brazos. Me da cierto repelús frotar eso...

—Era previsible su falta de chispa y jovialidad. Le doy la oportunidad de pasar sus manos por las sublimes ancas y el culo de la *Venus* de Praxíteles y me pone la mano flácida y decaída como si tocara una pared.

—Claro, es solo piedra, no me sugiere nada...

—No es capaz de entrar en el juego que le propongo, acariciando con placer, aunque sea simulado, estas formas excelsas que fueron esculpidas para ser soñadas. Sin espíritu de juego, jamás sabrá lo que es el teatro. Usted solo aspira a ser forense del arte. ¡Uf! ¡Qué asco!

—Una escultura es una cosa muy fría...

—No es la escultura, es usted, que es gélido o impotente...

—Oiga, por favor...

—Venga, acérquese y mire lo que he grabado durante estos instantes con el móvil. Ahora observe esto con mucha atención. Mire la pantalla...

—¡Ah!... Ya veo...

—¡Fíjese bien!

—¡Ah!... Ja, ja, ja...

—¿Qué es lo que encuentra gracioso?

—Hombre, aquí parezco un sátiro magreando una estatua...

—Ya lo ve. Todo lo contrario de su ánimo. Le he grabado de espaldas, de abajo arriba, acercándome mucho, mientras subía usted precipitadamente a la silla, luego el plano de un brazo y el glúteo de la *Venus*, las manos de lado cerca del seno, todo en silencio... En definitiva, cambiando el efecto, el tiempo, la proximidad, el sonido y sus intenciones. Y tenga en cuenta que no soy Stanley Kubrick, claro.

—Más o menos entreveo por dónde circula su propósito...

—De esta forma tan simple he convertido un tipo mórbido y escaso de feromonas en...

—¡Otra vez! Que yo no soy...

—Lo he convertido en un sátiro que se sube a una silla para manosear lascivamente una estatua griega desnuda. ¿Es necesario que sigamos hablando del cine y sus grandes actores?

—Vale, pero esto está manipulado.

—Nada en comparación con lo que padece el intérprete cinematográfico. No he tocado ni el color, ni he montado los planos, ni he ajustado ni cambiado la voz, ni hay efectos especiales.

—Cierto.

—Mire, joven, use otro calificativo para describir lo que hacen las personas que salen en la pantalla, pero no llame actores a los ejecutantes cinematográficos. Solo podríamos comprobar su talento actoral con la cámara clavada en el suelo y sin tocar nada de lo grabado. Claro que, en ese caso, únicamente se trataría del reportaje de una buena actuación.

—Pero el cine primitivo era un poco eso, ¿no?

—Ciertamente. En las primeras películas de Chaplin entrevemos al gran genio porque está formado en el teatro. Pero, aun así, la velocidad de la película del cine mudo ya manipula su interpretación.

—Por eso provocaba la risa.

—No obstante, el cine en blanco y negro, al introducir una convención de lenguaje menos realista, puede resultar más sugerente. En el fondo, la exigüidad de medios lo dotaría de mayores posibilidades poéticas.

—A ver si me aclaro. Usted viene a decir que no es necesario ser un buen intérprete para que una secuencia funcione ante el espectador. Puede hacerlo un tío que pasaba por allí. ¿Es eso?

—Exacto. Piense en las grandes actuaciones de la mula Francis y la Chita de Tarzán o los formidables comparsas de Fellini, pero vayamos al fondo de la cuestión. La cantidad de aparatos, de manipulaciones técnicas y de efectos especiales de la informática actual alejan el cine de la artesanía. Lo alejan de la palpitación directa del hombre sobre la materia artística. Que es el núcleo sobre el que gravitan las bellas artes. La propia pantalla ya es el primer alejamiento. Es una simulación de otra simulación.

—Pero hay películas que...

—¡No! No se esfuerce. ¡No es el séptimo arte!

—¡Pero es una cosa maravillosa!

—Eso no se lo niego.

8

Diez días después

—Buenas tardes...

—¿Y qué más?

—Buenas tardes... maestro.

—Bien... Joven, me alegro de verle de nuevo por aquí...

—Durante este tiempo he estado pensando en algunas cosas que me dijo y le quería preguntar...

—Un momento. Precisamente yo también he estado pensando sobre usted.

—¿Ah, sí? Muy bien.

—Y le quería preguntar algo por lo que siento cierta curiosidad. Si no quiere responderme me daré igualmente por satisfecho.

—Adelante. Me interesa mucho lo que piensa de mí.

—De eso estoy seguro.

—Pregunte lo que quiera. Tengo curiosidad por saber su opinión sobre lo que yo...

—¿Es usted marica?

—¡¡¿Qué?!!

—¿Le escandaliza mi pregunta?

—¡No! Me escandaliza el empleo de esa terminología humillante, machista y discriminatoria.

—Uy, uy. No se descomponga. Lo llamo así desde niño y me parece airoso y simpático. Entienda que mis expresiones no siempre se ajustan a la moda o las órdenes ministeriales.

—¡A mí, «marica» me suena despectivo!

—Lo mismo que pone el diccionario de la RAE de 2014. Sin embargo, en 1970 no lo señalaba como despectivo. Ortográficamente trato de adaptarme a sus reglas, pero comprenderá que no tengo por qué seguir la moral que imponga la RAE según la corrección del momento.

—¡Es despectivo!

—No es esa mi intención. Ahora bien, si lo desea, le preguntaré si es homosexual. No obstante, sepa que el término me suena muy rudimentario, por eso no lo utilizo. Considerar a una persona simplemente por lo sexual es algo de simios.

—Le puede sonar como quiera, pero es una forma más correcta.

—También sería correcto llamarme a mí heterosexual pero no se le ocurra nunca porque le lanzaría este jarrón a la cabeza. En cualquier caso, no ha respondido a mi cuestión.

—¡No! ¡No soy gay!... ¿Vale?

—¿Ahora en inglés? ¿Le parece más endulzado? ¿Es que no quieren afrontar en español los vocablos que describen esta particularidad?

—Actualmente es el término más común. Pero ¿por qué me ha hecho esa pregunta?

—Trato de indagar su atracción por el teatro.

—¿Me está diciendo que ser gay es condición indispensable para sentirse atraído por el teatro? Eso ya me parece...

—Yo no he dicho exactamente eso. Es usted quien lo supone porque está lleno de prejuicios morales. Lo que sucede es que, después de ver su falta de dotes para este oficio, y una vez descartadas muchas otras razones, me ha quedado la duda de si era... *tralarí tralará*.

—¡Vaya! ¡Insiste en la vejación!

—Ja, ja, ja... No se sulfure, joven, no sea talibán de sus convicciones. El humor es el antídoto contra el fanatismo. Relájese. Ríase un poco. Su generación tiene tendencia a convertir las modas y sus derivaciones en tabús intocables. Están ustedes montando un clima totalitario a través de legislar sobre las mayores puerilidades. Mi oficio, desde tiempos remotos, es satirizar lo sagrado y ustedes están convirtiendo auténticas nimiedades en tabús sacrosantos. Jamás los comediantes habían tenido tanta materia para la sátira. El problema actual es que se atrevan.

—Ya...

—Anda, venga, vamos a pasear por el jardín y reserve su furor para cuestiones más trascendentales.

—Al jardín. ¿A cavar?

—Esta vez se libra. ¿Es que no le gusta pasear entre la naturaleza cuidada y domesticada? ¿Prefiere el asfalto?

—La verdad es que le he cogido cierto cariño a este jardín a pesar del esfuerzo al que me obliga.

—El esfuerzo y el dolor acrecientan el placer. Ya verá cómo acabará reconociéndolo.

—No estoy muy seguro de sus postulados.

—Ahora que se ha calmado, podemos seguir tranquilamente con el tema y, en este sentido, quería decirle que a lo largo de mi vida profesional he comprobado la alta proporción de maricas que se sienten atraídos por mi oficio.

—¡Otra vez con...!

—No se sulfure. Eso es un dato que no conlleva juicio moral alguno porque he trabajado con muchos de ellos y le aseguro que, además de su excelencia profesional, han resultado entrañables compañeros.

—Y, según usted, ¿a qué se debe esa supuesta atracción?

—Un lugar en el que durante siglos no eran discriminados y podían exhibirse sin riesgos de agravio o represión.

—Ya veo. Entre líneas, viene a señalar que el gay es un exhibicionista.

—Deje esas prevenciones que le impiden mirar la vida con libertad. Exhibicionistas lo somos todos en este oficio. Es una condición imprescindible. Aunque si observamos esas cabalgatas que montan los *plurigéneros* les reconocerá un grado superior en esta materia.

—No lo veo así...

—Piense que es por lo único que he llegado a comprender su presencia desde el primer día.

—¿Porque pensaba que era gay?

—No. Por la enorme necesidad que tiene de exhibir su mollera y sus mitos progres. Ha vivido muy pocos años y ya quiere exhibir los resultados. No obstante, esa patología exhibicionista tan obsesiva significa un punto a su favor para llegar a un objetivo en nuestro terreno. Un buen artesano de nuestro oficio es un obseso de la exhibición. Yo el primero.

—¿Puedo hablarle con total franqueza?

—Faltaría más...

—A veces sus consideraciones me cabrean cantidad.

—¡Formidable! Eso indica que vamos por buen camino. Sufre como aprendiz, pero sigue regresando. Tenga en cuenta que hasta el mismo Leonardo, cuando era aprendiz en el taller de Verrocchio, es muy posible que pasara por trances parecidos o aún peores. O sea que no desespere.

—A veces resulta exasperante... No sé si confesarle lo que me dijo de usted mi director de tesis...

—¡Por favor! Adelante, aunque ya me lo imagino viniendo de una universidad de este territorio.

—Me dijo que... con perdón... se lo repito literal, ¿eh?

—Adelante.

—Me dijo que es usted un hijo de puta pero que sabe algunas cosas de teatro.

—Entonces ya entiende que, si quiere llegar a un puesto relevante con una buena dotación presupuestaria, mejor que siga las indicaciones de su director en vez de las mías.

—La verdad es que desde que le conozco me cuesta descifrar sus andanadas.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—¿Cuáles? Casi todas. La universidad es una escuela de burros; el progresismo, el reducto de los impostores; la modernidad, un negocio para incautos, y no digamos sus conceptos sobre la diversidad sexual y de género. Rozan el delito de odio.

—Ja, ja, ja... Se ha olvidado la desacralización del gran mito del cine... ja, ja, ja...

—Se ríe, pero debe comprender que para mí significa el retrato robot de un reaccionario recalcitrante.

—Ja, ja, ja... Un facha, vaya.

—Pues... Sí, algo parecido...

—Me sentiría muy decepcionado si precisamente usted, con el bagaje que lleva encima, no me juzgara así. Aunque debería plantearse si no hay algo de masoquista en su insistencia por seguir visitándome.

—Ya sabe mi interés concreto por el tiempo en que fue... ¿Cómo lo diría yo...? ¡Más abierto!

—No se reprima. Dígalo sin temor y con mayor precisión.

—Pues sí, más progresista y de izquierdas.

—¡Jamás fui de izquierdas!

—No me lo puedo creer una vez informado sobre algunas cosas que hizo.

—Es más fácil engañar a la gente que convencerles de que ha sido engañada. En su nueva religión laica todo lo reducen a un bando y el contrario. ¿Quiere que finalmente le hable de la etapa que tanto le interesa?

—Sí, claro.

—No creo que le sirva para incluirlo en su tesis.

—Eso ya lo veremos, pero sigue interesándome.

—Pues vamos a acercarnos a la buganvilia porque está espectacular con el derroche floral de este año.

—Sí, ya veo, esto es como una espesa pared de flores... pero siga con el tema.

—Estamos dentro del tema.

—¡Ah, bien! ¿Y qué?

—Fíjese atentamente lo que esconde esa exorbitante pantalla de flores de la buganvilia. Mire ahí detrás: un oscuro caos de ramas enredadas las unas con las otras. Un auténtico desorden de brotes entre pinchos. Delante la belleza, y aquí la naturaleza cruda y desenfrenada.

—Sí, claro. Pero ¿adónde quiere llegar?

—Pretendía ponerle eso como ejemplo de muchas vidas con logros bellos y relevantes ante los demás, en las que detrás encontramos un caos no siempre hermoso y muy difícil de desentrañar. La paradoja es que resulta indispensable para llegar al exitoso resultado exterior. Generalmente, una cosa sin la otra no es posible.

—Bueno, bien... Quiere decir que detrás de su época transgresora no es oro todo lo que reluce. ¿Es eso?

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—¡Pasa que el maestro acaba de hacer el ridículo!

—¿Eh?

—¿No se ha dado cuenta del ejemplo cursi y repelente que me acaba de salir? Una melindrosa parábola de vergüenza ajena que ni un cura de pueblo se atrevería a utilizar. ¡No lo apunte en el sumario que me tiene reservado porque esto sí que merecería sus peores acusaciones!

—Tampoco ha estado tan mal, entiendo que es la relación, no siempre coherente, entre la persona y su obra.

—¿Me perdona la vida? Aprendiz, eso no se lo permito de ninguna manera.

—Me ha parecido que lo planteaba a través de la buganvilia como una metáfora... poética.

—¡¡Poesía!! ¿Usted se hace el tonto o lo es de verdad? ¿No le describí con detalle lo que era la poesía en el arte? Tanta tesis y tanto máster y se le puede engañar como a un pardillo. ¿Dónde ha dejado el olfato para oler que acabo de expresar una cursilada intolerable? Sílbeme por lo menos.

—Hombre, no veo...

—¡Sílbeme! Merezco una buena pitada como las que se hacían antes en los teatros. ¡Venga! ¡Ya!

—No sé silbar.

—Pruébelo. Así, con los dedos índice y pulgar en la boca y la lengua hacia atrás. Escuche... ¡¡Fuitttttttttt!!

—Psssss... No me sale.

—Así no va a ir a ninguna parte. ¿Qué hará cuando vea una obra infame? ¿Aguantará las dos horas pacientemente? El público se ha vuelto ahora dócil y domesticado. Es intolerable. Se traga los peores bodrios y al final se levanta eufórico gritando «¡Bravo!». Hay que volver a patear y silbar para estimular la exigencia. Es una obligación cívica. De lo contrario las artes van a menos.

—La verdad es que no veo la trascendencia del silbido en este oficio.

—¿Ah, no? Pues es de gran utilidad. Entre muchas otras cosas, es lo más generoso que se puede hacer cuando se cruza con una señora

deslumbrante. Mire: ¡¡fuitttttttt, fiuuuuuuuu!!

—Eso que acaba de hacer se considera una forma de acoso.

—¿Acoso? ¡Un cumplido sonoro hacia una mujer! ¿Y usted quiere ir de provocador? Vino a verme porque le interesaban mis primeras tentativas transgresoras, según decía. Ahora me sale mansurrón y sometido a las ocurrencias del Ministerio de Igualdad. ¿Qué hará cuando tenga que satirizar a la máxima autoridad de un Estado? Es usted carne de impostura.

—Bien, pero permítame que le diga que su maestría también la utiliza para mezclarlo todo. Me lía mentalmente y después me despedaza...

—Aprendiz, no está todavía en disposición de juzgar al maestro. Ha venido a verme sin unos mínimos conocimientos. Tiene un morro espectacular. Para colmo no sabe ni silbar, algo inexcusable en el teatro y la música. El silbido es una reverberación genital. Silbas cuando estás hasta los huevos de una obra. Es la expresión más directa del sentido crítico. No vuelva por aquí hasta que sea capaz de silbar con vigor. Es lo mínimo que exijo.

—Estaba a punto de hablarme de su pasado insurgente y ahora me sale con eso...

—¿Otra vez con el pasado insurgente? ¡La pesadez sí que debería considerarse delito de acoso! ¡Fuera!

—Vaya... pues... hasta luego.

—¿Qué más?

—Maestro.

—¡Un momento, aprendiz!

—¿Qué sucede?

—Le pongo otros deberes. Escuche diez veces la *Sexta Sinfonía* de Chaikovski llamada «Patética». Acabará por comprender cómo el caos interno de un ser humano se ordena y eleva a través de una inteligente artesanía, orientada a inducirnos los más profundos y emotivos sentimientos. Es lo que trataba de contarle delante de la buganvilia, pero bien narrado y sin cursilerías. Una obra maestra expresada por uno de los más grandes genios de las artes.

—Bien. Le aseguro que lo escucharé.

—Por cierto... el gran Chaikovski era marica.

9

Nueve días después

—¡¡Fuitttttttt!!

—Aprendiz, eso de silbar en vez de tocar el timbre de casa, ha sido un gag muy afortunado. Reconozco que me ha sorprendido en usted esta singularidad. ¿Lo prueba otra vez?

—¡¡Fuitttttttt!!

—Le felicito. Se lo ha trabajado. ¿Lo ha practicado en algún teatro o con una bella señorita?

—Ni una cosa ni la otra. Y lo de la señorita, entienda que es algo que quizá podía complacer a su generación, pero en este tiempo está fuera de uso. Además, no creo que les gustara nada a las «señoritas» que alude. Todo lo contrario, incluso podrían denunciarme, y con toda la razón de su parte.

—Bien, usted se lo pierde... pero precisamente eso nos servirá de excusa para que retomemos aquella situación del albañil.

—¡Eh! ¡Eh! Ya veo por dónde va... ¿No me diga que quiere que lo repita, pero silbando a una tía desde el andamio?

—Exacto. Venga. Colóquese aquí en el mismo lugar de la sala. Y comience...

—Oiga, eso no me parece...

—Desde el andamio se gira hacia la calle y descubre una señora jamona paseando seis pisos por debajo. ¡Venga!

—Oiga, eso es casposo en cantidad.

—Aprendiz, ¡silbe!

—¡¡Fuitttttttt fiuuuuuuuu!!

—Perfecto. Ahora le grita: «Tía buena».

—Joder... qué situación más chunga.

—¡Venga, ya!

—Tía buena.

—¡Con más feromonas!

—¡Tía bueeeeenaaaa!

—Siga.

—¡Graaaaaaag!

—No. Esta vez no es el andamio que se rompe. Es usted que, al girarse y lanzarle el piropo con tanto énfasis, pierde el equilibrio y cae al vacío.

—Joder...

—Adelante.

—¡Tía bueeeenaaaa! ¡Ooooh! ¡Nooooo! ¡Aaaah!

—Ahora observa horrorizado cómo ella se ríe y le hace cortes de manga mientras cae.

—Me está planteando una situación inverosímil.

—¿Inverosímil? ¿No me ha dicho que hasta le pueden denunciar por un requiebro? Venga, siga y marque sonoramente el paso de los pisos en su caída.

—¡Zuuuummm! ¡Ooooh! Voy a morir y esa maldita zorra se está cachondeando de mí. ¡Zuuuummm! Y sigue riéndose la muy...

—¿Por qué ha parado?

—Es que no puedo. No me lo creo. Lo siento...

—De un buen actor nos lo creeremos todo. Aunque nos lea el BOE será capaz de interesarnos. Es un experto en brillar por encima de un vestuario deficiente, una escenografía horrible y una obra mala. La pasión exhibicionista logra esos prodigios.

—Una obra es mala porque traza una situación imposible como la que usted me ha planteado.

—No debe olvidar que una trama escénica, por delirante que nos parezca, siempre habrá sido superada en la vida real. Nuestro cerebro no tiene la dimensión para captar la realidad absoluta de la existencia. Lo que sí es seguro es que todo lo que pueda imaginar nuestra mente ha existido o acabará sucediendo.

—La escena que quiere que haga no es coherente.

—Aprendiz, no olvide que hay mujeres que disfrutan y alardean públicamente de ello cuando un toro mata un torero. Realizan algo tan deleznable como podría ser el aplauso de su caída. Ni más ni

menos. Por tanto, es una situación posible y real.

—Lo que usted quiera, quizá pueda ser real la situación, pero no me la creo.

—Eso es otra cosa y además tiene toda la razón. La credibilidad no está en la trama sino en la manera como la desarrolla. El problema del arte no es el qué sino el cómo. El tema de una pintura, de una novela, de una sinfonía, es secundario artísticamente hablando.

—Si pongo eso en la tesis no consigo el doctorado.

—Puede añadir que la forma condiciona además el efecto moral al margen del argumento.

—Eso no lo capto.

—La pintura de Gustave Courbet llamada *El origen del mundo* representa el sexo de una mujer que ocupa la mitad del cuadro. Un cuadro muy bien realizado que nos deja hipnotizados frente a un enfoque tan insólito en la historia pictórica...

—¡Ya lo tengo! Gustave Courbet, «El origen del mundo» Museo de Orsay...

—Guarde eso. En el móvil no verá nada. Ese aparato es un asco para captar lo que es una buena pintura. Solo es útil para mirar los garabatos de Mondrian, Klee o Miró.

—Aquí está... ¡Fuiiiiiiit! ¡Menudo coño!

—¡No sea bastorro!

—Lo digo por el pubis tan lleno de vello, eso ya no se estila.

—Veo que por lo menos ha percibido que se trata de un tema de alto riesgo. Sin embargo, en directo, admiramos la pintura con una emoción exenta de liviandad, y algo profundo nos retrotrae al lugar de donde surgimos al mundo. Causa una extraña emoción. Si viéramos exactamente el mismo encuadre en una foto tomada sobre una figura real, su efecto nos situaría en el ámbito pornográfico. O sea, todo lo contrario. La compleja artesanía de la pintura eleva nuestra visión a un nivel de mayor profundidad y trascendencia.

—No me dirá ahora que una foto no tiene su artesanía.

—Nada en comparación con una buena pintura. Ciertamente, un retrato en foto refleja la realidad externa e instantánea de forma muy minuciosa, pero un retrato de Rembrandt extrae el alma del personaje.

La fotografía capta un instante y la pintura expone la vida interna de la persona. Hay todo un mundo entre apretar un botón y manejar diestramente un pincel.

—Acepte que la foto ha cambiado la visión del mundo.

—Cierto. Aunque nada tan formidable para engañar y manipular la realidad de nuestro entorno. No lo compare jamás con la pintura. Algunos necios ilustrados pregonaron el final de la pintura realista con la invención de la fotografía. La primera foto aparece en 1824. Aún no habían nacido ni Monet, ni Degas, ni Renoir, ni Manet ni Cézanne. Precisamente, los grandes pintores realistas de la era moderna. Es verdad que la foto induce cambios en los estilos pictóricos, pero no es la razón de su muerte. La raíz de la degradación final de la pintura y la escultura proviene de Francia, con su primer rechazo a los impresionistas.

—He leído que se mofaron de ellos y los insultaban...

—Así fue, pero acabaron siendo reconocidos mundialmente como genios pictóricos, lo cual puso en ridículo a la élite francesa de finales del siglo XIX. Este hecho provoca, en los inicios del siglo XX, un cambio radical. La burguesía parisina, entonces núcleo del arte mundial del momento, avergonzada por haber despreciado a sus mejores pintores, no solo acepta, sino que ensalza todos los «ismos» que aterrizan en París. Merced a ese complejo, lo más demente sale encumbrado. La destrucción iconoclasta de la imagen triunfa finalmente a través de la apoteosis de las abstracciones y la exaltación del feísmo. Un siglo después ya no quedará nada. A los residuos de la devastación se les llamará «artes plásticas».

—Quedan la foto y el vídeo, que alcanzan unos niveles de perfección inimaginables para plasmar la realidad cotidiana.

—Lo que está diciendo podría tolerarlo de un vulgar miembro del pueblucho, pero es inaceptable en alguien que ha tenido la oportunidad de saber juzgar las diferencias entre el arte y el producto de consumo. Le ruego que no me exponga más sandeces de ese calibre.

—Maestro, permítame que le diga que le cuesta soportar las opiniones disidentes...

—Oiga, mequetrefe, usted aún no tiene opiniones, solo dice cosas.

La opinión se forja a través de la mezcla entre fracasos y aciertos. Una forma de sedimento que, para condensarlo, requiere un tiempo y una profunda observación de muchos sucesos por los que usted todavía no ha pasado. Por eso tienen tan poco interés las opiniones de los niños y los adolescentes... Y hoy también podría añadir a los jóvenes universitarios.

—Vaya, a eso se le llama un *passing shot*.

—Mire, joven, usted aquí es un aprendiz y, cada vez que no asume modestamente su función, mete la pata. Le domina su resistencia a lo que es realmente innovador y al mismo tiempo insurrecto con su entorno. La raíz para llegar a esa fase de incorrección con el sistema no la encontrará en el futuro ni el presente. Se halla en el pasado. No se oponga a lo nuevo.

—¿Que yo me opongo a lo nuevo? ¡Hostias! No me lo puedo creer...

—Tal cual. Considera herético lo que le planteo. Algo nuevo que no había escuchado en su entorno. Su primer impulso es despreciar lo que ignora simplemente porque no lo cree moderno. Eso le impide ampliar los ámbitos de su mirada.

—Perdone que le diga, pero es que no veo nada nuevo. Todo es antiguo. Los conceptos del arte, del teatro, de la sociedad, incluso esta propia casa. Son cosas del pasado. Algunas pueden tener su interés, no lo niego, pero ya no forman parte del mundo actual.

—Todo viejo, incluido yo, claro...

—Ahora me tomaría un vermut de esos que siempre me ofrece.

—Una escapada del tema con poca sutileza... Sin embargo, me da usted la alegría de participar en su bautismo alcohólico. Aunque no aprenda casi nada, por lo menos vamos rompiendo parapetos mentales. Formidable. Sígame y se lo preparo con mi mayor atención.

—Gracias... No me malinterprete sobre lo viejo. He seguido viniendo con interés y aceptando algunas vejaciones porque creo que posee conocimientos sobre las artes escénicas, pero...

—Pero soy un hijo de puta conservador, como dice su director de tesis.

—No, nada de eso. Pero insiste en convencerme sobre muchas cosas en desuso y algunas de ellas, muy reaccionarias.

—Piense que, muy pronto, poner en práctica muchas de esas cosas que considera reaccionarias significará una insurrección. Durante el escaso tiempo que lleva de aprendizaje le he estado orientando en el camino para perpetrar sus quimeras transgresoras, que con tanto énfasis me detalló el primer día.

—¡No me diga! Esa sí que es buena... El mundo al revés.

—No se lo tome a pitorreo porque la insurrección va en sentido contrario de lo que usted cree. Lo que considera en desuso es lo más insurgente y arriesgado que se puede hacer en este momento.

—¿Adónde quiere ir a parar? No trate otra vez de liarme, ¿eh?

—Después de la decadencia de Roma...

—Se va usted muy lejos.

—Aprendiz, o me escucha o se va a la puta calle.

—Lo siento... le escucho.

—Después de la decadencia de Roma, algunas artes sufrieron un estancamiento, y en el caso de la pintura y la escultura, una notable declinación que duró cerca de doce siglos. Cierto que apareció el románico y el gótico, pero si lo comparamos con los momentos álgidos del arte grecorromano, nos resulta más encorsetado y sujeto a unas formas muy reglamentadas. Lo cual es lógico debido al dominio del monoteísmo.

—Bien. ¿Y qué?...

—En la Italia del siglo XIV se inicia un movimiento humanístico cuyo núcleo esencial es la reivindicación de las culturas clásicas griega y romana.

—El Renacimiento...

—Exacto. Esta corriente significará el progresivo abandono del Medievo y el principio de la era moderna en las artes, las ciencias y las humanidades. Posteriormente, a esa convulsión social, tal como usted ha dicho, se la llama Renacimiento porque se manifiesta como una restauración del pasado. Una restauración con inspiraciones del mundo mítico. El término «renacimiento» es, pues, muy exacto.

—De acuerdo. ¿Y a qué viene eso?

—Con ello, quiero decirle que la inspiración del pasado ha sido muchas veces el motor de agitación del presente y ha significado el

desbloqueo de ciclos convulsos y extraviados. El progreso de la humanidad no es una línea ascendente limpia y continua. Tal como decía el gran Josep Pla: «La vida es ondulante». Así como encontramos regresiones oscurantistas, existen también retornos lúcidos a contextos y figuras que levantaron ideas y obras de gran clarividencia.

—Eso de «convulso y extraviado» supongo que lo cita intencionadamente en referencia al momento actual. ¿No es así?

—Es obvio. Esas cosas viejas de las que me acusa venerar son a menudo fundamentos sólidos de nuestra cultura. Usted tiene dos opciones: sumarse a la corriente mayoritaria y seguir esparciendo mierdas bajo los seudónimos de vanguardia, modernidad y progreso o bien optar por la insurrección ante esas falacias. En definitiva, aquella provocación que usted, con tanta insistencia, ha venido reclamando que yo le detallara, no es más que eso. Se trata de no secundar cómodamente los dogmas que le marcan el entorno y la moda. Un entorno cercano, como pueden ser sus mentores universitarios, sus agitadores *coleguis* subversivos de móvil o los gurús de sus redes. También incluyo la inercia capona de la sociedad bien cebada. Solo es cuestión de mantenerse indomable como un librepensador en un momento en que los medios penetran con su bazofia hasta en nuestra más profunda intimidad.

—Me he mareado un poco con esta primera copa de Martini. No sé si es el vermut o sus disquisiciones.

—Es que acaba de vivir un bautismo doble. El alcohol y el resplandor de las opciones futuras.

—¿Se está quedando conmigo?

—En absoluto. Le estoy proponiendo una prueba de subversión.

—Me la veo venir...

—Me dijo usted que debía presentar en la universidad un trabajo práctico componiendo algo en cualquiera de las artes escénicas.

—Así es. Se trata de un encuentro entre los distintos aspirantes a doctorado de arte dramático, en el que debemos presentar una simple escena, elaborada de forma práctica, y abrir después un debate autocrítico.

—Yo propongo ayudarle a ensayar la escena del albañil con el

silbido a la señora jamona de la calle...

—¡No!

—¡Espere! Le ayudo durante el tiempo que sea necesario a montar la sustancia de la escena. Le ofrezco las horas que requiera para obtener un trabajo bien hecho. Encuentra una compañera de tesis para la mujer que pasa por la calle y lo ensayamos aquí. No es necesario que sea un bombón...

—¡Ah, no! ¡No! De ninguna manera. Ya me imaginaba yo... además no hay ninguna tía que se preste a eso.

—Considere bien mi oferta porque no encontrará una nueva oportunidad que condicione la orientación de su futuro de manera tan sencilla y diáfana.

—¿Mi futuro? Mi futuro sería muy negro si me atrevo a llevar a término una propuesta machista y reaccionaria en el ámbito universitario.

—Ustedes viven en un oscurantismo izquierdoso en que solo ven fantasmas y contubernios machistas, conservadores, explotadores y fascistas. Están anclados en una sempiterna adolescencia. Deje penetrar la luz en este oscurantismo sectario.

—No me líe, por favor...

—¿Ahora tiene miedo?

—Miedo no. ¡Pánico!

—Entonces fuera. No le quiero ver más por aquí. Además de gallina, es usted un impostor que presume de intenciones insurrectas pero que se evaporan en la hora decisiva. Vuelva a la plebe mansurrona. Vuelva con los funcionarios académicos.

—Pero ¿no entiende que me está proponiendo una imprudente provocación? De ninguna manera puedo presentar eso tal cual sin efectos ruinosos para mi carrera.

—Ja, ja, ja... Aún recuerdo con detalle lo que me soltó el primer día que vino a verme: «Me interesa investigar especialmente este lado transgresor que convierte el teatro en una tribuna de reflexión sobre nuestra identidad humana, en contra de lo establecido, bla, bla, bla...». ¡Pues váyase con lo establecido! Tendrá el éxito asegurado. Ja, ja, ja...

—¿Le divierte? Comprenda que no puedo echar por la borda un *cum laude* casi seguro dentro de pocos meses. Después ya veremos...

—Ja, ja, ja... ¡Fuera!

—¿En serio?

—¡Fuera!

—De verdad que lo siento... Quería decirle que de usted me han interesado ciertas cosas, algunas de las cuales me plantean dudas sobre conceptos que hasta ahora... ¡Eh! ¡Eh! ¡Cuidado!... No me lance la mochila por la ventana que tengo el móvil dentro...

—¡¡Fuera!!

—¡Hostias! El iPhone...

10

Cinco días después

—Es usted exasperante. Le recibo porque ya estaba agobiado con sus llamadas en los momentos más imprudentes y molestos. Lástima que su móvil saliera indemne del vuelo por la ventana. Suelte esas cavilaciones que me anunció y lárguese.

—¿Me invita a un vermut?

—¿A las cinco de la tarde? ¡Qué fracaso el mío! Es que no ha conseguido aprender ni el momento adecuado para cada cosa. Usted es la prueba lamentable de que, con los años, he perdido mis dotes didácticas... En fin, si quiere algo le ofrezco un Cohiba.

—¡Joder! Eso es fuerte... No soy fumador.

—No se haga el puritano delante de mí. Le tengo bien calado. Seguro que padece un empacho de canutos.

—Pocos, aunque prefiero la marihuana al hachís...

—¿Lo quiere o no?

—Vale, acepto su Cohiba ya que... finalmente, también es una planta natural como el cannabis. Claro.

—Para hacer algo fuera de su limitada esfera, necesita inventarse coartadas, a cada cual más artificiosa. Se encontraría mejor como católico que no había de buscar justificantes al pecado. Ya lo teníamos desde Adán y Eva. Te confesabas y quedabas limpio. Nada de psicólogos. ¡Cómo se complican ustedes la vida!

—No empecemos, ¿eh?

—Pues venga, largue lo que tiene que decirme y acabemos de una vez.

—He repensado su propuesta y me gustaría discutir algunas cosas.

—No hay nada que discutir.

—Quiero decir que desearía repasar con más precisión todo el conjunto de la escena...

—¿Qué pasa? ¿Lo ha consultado con su director de tesis?

—¡No! Ni pensarlo. Si tuviera que hacer algo del estilo que me propuso, mejor hacerlo como un hecho consumado, sin aviso previo.

—Eso sin lugar a dudas.

—Lo consulté con mi chica...

—¡Reconozco que ahora me ha dejado perplejo!

—A ella le pareció normal que lo presentara.

—Enhorabuena. Se ha buscado una compañera también normal. En esa época no es fácil. Seguro que no debe ser del mundo titiritero. Ni psicóloga, claro.

—Estudia enología. Le interesa la viticultura. Su familia tiene algunas viñas.

—Formidable. Para su vida sentimental mucho mejor que no sea del gremio exhibicionista.

—¿Por qué lo dice?

—La exhibición, como empleo profesional, erosiona el equilibrio femenino.

—¿Y el masculino no?

—Menos.

—¿Y eso por qué?

—Anótelo en su lista de preguntas para más adelante, pero supongo que ahora me agradecerá que le haya inducido a tomar vermuts. Su bautismo de alcohol era imprescindible para su relación de pareja. La afinidad entre un abstemio y una bebedora es algo desigualada.

—Una consideración un poco machist... digo, heteropatriarcal.

—¡Lleva usted un caos heteromental!... ¿Qué le sucede ahora? ¿Por qué se congestiona tanto?

—¡Cof! ¡Cof! Ese puro... fuerte. Buf... ¡Cof!...

—¡Pero, hombre de Dios! No se trague el humo de un puro. Eso no es un porro.

—¡Ah! Bien... ¡Cof!... Le quería comentar un detalle sobre la escena del albañil.

—Olvídelo.

—Había pensado que, en vez de que la mujer aplauda y se ría de la caída del obrero, ¡cof!..., ella lo que hace es seguir caminando sin

inmutarse ante el accidente. ¿Qué le parece?

—¡Esta sí que es buena! Otra vez solo la puntita... Oiga, joven, ya viví muchos años bajo los censores de la dictadura para que venga usted aquí ahora a blanquear guiones.

—El resto lo podría hacer todo igual...

—Mire, déjese de gansadas. Le voy a dar una buena idea sin cobrarle derechos de autor.

—Uy, uy, uy...

—Lo que debería mostrar ante sus colegas universitarios es la misma escena que ha empezado a representar ahora, camelándome para suavizar los efectos ante sus posibles consecuencias. Eso sería de gran interés didáctico para ellos. Percibirían la coacción a la libertad que ejerce el sectarismo buenista con el que han inundado la sociedad y la autocensura que provoca esta presión. La trama debería consistir en representar ante ellos los temores que le supone realizar esta escena y como se reprime su propia libertad. Esto le aseguro que es un buen guion, cuyo desarrollo puede plantear un contenido polémico y transgresor como lo que busca. Su fuerza radica, precisamente, en el empaque del lugar y las personas a las que se dirige. Es una acusación sutil y elegante de la intimidación que ejercen ellos con su matraca de puritanismo progresista.

—Veo que insiste en buscarme la ruina.

—En absoluto. Se trata de representar solo la realidad. Nada es tan imaginativo y eficaz como la realidad.

—Si usted lo dice... pero soy yo quien pagaría el pato.

—Entonces ¿por qué se acerca a mí si no quiere riesgos? Mal oficio este para los rajados.

—No es que no me atreva, pero...

—Le afino mi propuesta. Espacio vacío. Usted interpretará a dos personajes a la vez. Simbolizan el doctor Jekyll y míster Hyde. Lo mismo que nosotros venimos haciendo sobre este tema, pero en una sola persona. Como la obra de Stevenson.

—A ver si lo entiendo bien. Me está diciendo que usted es la representación del doctor y yo soy una especie de míster Hyde. Un tipo irracional que encarna la parte más oscura de nosotros mismos,

incluso capaz de asesinar.

—Hombre, no se lo tome al pie de la letra. Se lo planteo como una metáfora, pero en alguna medida le diré que corresponde también a una cierta verdad. Reconocerá que, cuando vino usted aquí, llevaba camino de asesinar el teatro, las artes y la cultura en general.

—¡Eso ya me parece el colmo de la manipulación!

—No me acuse de manipular porque esa cualidad forma parte esencial de mi oficio. Téngalo claro. El teatro es el colmo de la manipulación. Se manipula la realidad para que parezca aún más real. ¿O es que quiere degollar a Desdémona de verdad?

—Ya no sé ni por dónde va.

—Ahora se lo explicaré. Hace muchos años, con Els Joglars, representábamos una obra sobre el famoso bandolero catalán del siglo XVII Joan de Serrallonga. Una de las escenas era la ejecución de un traidor de la banda y la situación se desarrollaba en una tarima sobre el patio de butacas. Mire, así...

—¡Vaya! Recuerdo lo mucho que se mosqueó porque me subí a esa silla isabelina y ahora usted...

—Yo sé cómo hacerlo, ¿entendido?

—Vale. No he dicho nada.

—Los bandoleros, para simular la ejecución, disparaban sobre el traidor sus pedernales cargados con pólvora y, para que esta no se derramara antes de disparar, introducían en el cañón un trozo de periódico comprimido.

—Lo entiendo perfectamente, no es necesario que se moleste en correr de un lado a otro como aquellos bandoleros.

—Es deformación profesional. Con el tiempo ya le llegará esta peculiaridad del oficio, si trabaja mucho y bien se le notará la deformación...

—¡Ah!

—Un día, en la escena de la ejecución, uno de los pedernales empuñados por los bandoleros llevaba demasiado prensado el papel de periódico que taponaba la pólvora y la consecuencia inmediata fue trágica. Una apretujada página del *ABC* penetró en el pulmón del bandolero traidor.

—¡Joder!

—Yo hacía un personaje que observaba la escena desde otra tarima y me quedé pasmado al observar lo mal que simulaba la muerte mi colega. Las otras veces, impresionaba ver sus espasmos entre el humo y los fogonazos, pero en esta ocasión sencillamente cayó y nada más. Hizo esto... ¿Lo ve?... No lo hago bien porque no tengo la agilidad de aquellos años...

—Ya me hago cargo.

—Algunos de los actores participantes en la escena del fusilamiento se acercaron corriendo hacia mí para informarme de que el actor supuestamente ejecutado tenía un agujero en la espalda por el que sangraba.

—¡Leches! Ya me lo imagino...

—Lo que sucedió a partir de aquí es algo muy aleccionador. Viendo la dimensión de la tragedia, corté la representación y me dirigí al público para preguntar si había un médico en la sala.

—¿Y apareció alguno?

—¡Ni uno! Una risotada general.

—¡Hostia puta!

—¿No se considera ateo? ¡Pues deje de emplear la simbología cristiana!

—Solo es un comodín... pero siga...

—El público creyó que mi petición formaba parte de la obra. Tuve que repetirla varias veces para que apareciera finalmente un médico.

—¿Y el actor la palmó?

—Pudo salvarse por la proximidad de un hospital y la correspondiente operación de urgencia, pero la conclusión profesional de mi relato tiene que ver con la fuerza de la ficción.

—¿A qué se refiere?

—¿No lo entiende? Una muerte casi real resultó menos convincente y emotiva que la muerte simulada de las otras actuaciones. Aunque la mayor paradoja consiste en que mis requerimientos a un médico no se atendieron enseguida, precisamente porque eran reales. Si el guion de la obra hubiera indicado que tenía que salir un médico entre el público, yo lo habría expresado y manipulado de tal manera que a la

primera tentativa ya hubiera aparecido el galeno. Comprendí entonces que, en teatro, la vida es más vida y la muerte, más muerte. Si no, de qué serviría nuestra función.

—Claro, más o menos, ya veo por...

—¿A usted le sirve de algo que le cuente esta experiencia?

—¿Si me sirve? Es eso lo que venía buscando desde el primer día. Le pedí con insistencia que me contara cosas de su pasado transgresor, pero usted, dale que dale, con los árboles, la *Venus* y los vermuts...

—¡No me dé más la lata con el tema de la transgresión si no se atreve ni a una nimiedad! Este accidente se lo he descrito con una intención muy concreta. Es para que entienda la potencia de lo simulado en relación con la escena de Jekyll y Hyde que le propongo. En su caso no se trata de ir a lanzarles un mitin o un discurso moral a sus mentores universitarios. Se colocaría en su mismo nivel. Se trata de utilizar la fuerza simuladora del teatro, para que, al verse satirizados en sus propios tabúes, perciban como uno de los suyos se les rebela. Usted les sorprenderá a ellos no realizando lo que tienen previsto que haga. ¿Me entiende? Así comienza la insurrección que tanto dice interesarle.

—Solo de pensar que tengo que hacer de carcamal reaccionario se me ponen los pelos de punta.

—Los pelos de punta se le pondrán al comprobar quiénes son los auténticos reaccionarios y carcamales. Lo verificará al instante viendo la actitud del auditorio. ¿Ha captado exactamente el juego que le propongo?

—Eso me parece. Se trata de reproducir la polémica que tenemos usted y yo en relación con...

—¡A ver si lo entiende de una puñetera vez! No tenemos ninguna polémica porque para ello se necesitaría que usted estuviera al mismo nivel en mi oficio. ¿De acuerdo?

—Sí, claro.

—Hay un maestro y un aprendiz. No se le olvide. Y en ello está el juego de la escena.

—Sí, sí, vale. Ya veo más o menos por dónde va el tema.

—Eso espero. Pues vuelva dentro de una semana con el guion

acabado. Lo ensayaremos. Salude de mi parte a su sensata prometida.

—No es mi prometida. Eso suena a Paleolítico.

—Entonces ¿qué es?

—Digamos que es un ligue... duradero.

—Usted quiere dedicarse a una artesanía delicada y lo primero que hace es cambiar un término, sugerente y respetuoso, entre un hombre y una mujer por un sustantivo puramente animalista.

—¿Animalista? «Ligue» no implica nada vejatorio.

—Sugiere un retroceso anterior al Paleolítico. Cuando el macho y la hembra se aparejaban al vuelo por el simple olor de los sexos. Ligaban sus instintos. Sin sutileza no hará más que tosquedades en este oficio.

—Es usted demasiado estricto en las formas.

—Le he dicho cien veces que, en el arte, la forma es el fondo, y sepa que, para un artesano, la exquisitez nunca es suficiente...

—Bien. Lo tendré en cuenta.

—Salude de mi parte a su prometida.

—Vale.

—Hasta la semana que viene. Que usted lo pase bien.

—Hasta luego, maestro... ¡Creo que me ha liado de nuevo contra mi voluntad!

11

Cuarenta días después

—Me chupo una hora y media de coche para verle y se niega a escuchar mis explicaciones. Le ruego que me abra la puerta. Déjeme entrar y le cuento lo que...

—Si tiene algo que decir lo hace desde fuera o con una carta. Ya le advertí por teléfono que no se acercara por aquí. A mí no me hace perder más tiempo un niñato resabiado y obtuso.

—Maestro, yo seguí su esquema, pero no vine a ensayarlo porque ya lo tenía muy claro...

—Su petulancia sigue intacta.

—No se lo tome así. Hice exactamente lo que me propuso. No puede imaginarse las atroces consecuencias que me ha supuesto haberlo representado.

—Seguro que hizo una patochada.

—Se lo cuento enseguida. ¡Por favor, déjeme pasar!

—Váyase.

—Maestro, si no me abre la puerta voy a saltar la pared del jardín.

—¡Fanfarronadas! Siempre se encoge en el último momento...

—¡Voy!

—¡Eh! ¡Eh! Ni lo intente...

—¡Allá voy!

Quince segundos después

—¿Qué hace...? Se va a escoñar la pierna, insensato... No salte... Cuidado con mis rosales...

—¡Voooy!

—¡Ojo!... Ja, ja, ja... seguro que tiene el culo lleno de pinchos, ja, ja,

ja... ¡Menuda leche!

—Lo ve, ya estoy dentro...

—Joven, es la primera vez que alguien entra en mi casa de forma semejante. Prepárese a salir inmediatamente de igual manera.

—Aunque disimule, ya sé que usted reconoce esta clase de méritos.

—A usted solo le reconozco su falta de prudencia.

—En eso puedo darle la razón, ya que esta vez mi imprudencia ha tenido éxito.

—¿Lo dice porque ha conseguido entrar como un vulgar maleante?

—Lo digo porque la universidad me ha abierto un expediente disciplinario después de mi presentación de Jekyll y Hyde. ¿No era eso lo que usted pretendía?

—Es un mérito que no creo que merezca.

—Aun así, debo confesarle que llegué mucho más lejos de lo que usted me proponía.

—¡Vaya! Al primer amago de lucimiento ya es preso de la ridícula ostentación del gremio. ¡Comediantes! Una pandilla de vanidosos patéticos. No ha esperado ni el tiempo mínimo de crearse anticuerpos contra esa enfermedad de la farándula.

—¿Enfermedad?

—Una patología grotesca y generalizada en todo el gremio. Ahora, envanecido por una nimiedad, usted ya se ve con ánimos de matar al padre-maestro e incluso se atreve a asaltar su propia casa.

—¿No quiere saber lo que sucedió?

—No en estas condiciones. Regrese al exterior de la forma que vino y llame educadamente a la puerta. Ya veremos si le recibo.

—Vale, pero no niegue que mi forma de aparición ha sido un acto teatral.

—¿Teatral? Una necedad. Lo teatral sin belleza es una astracanada. Si hubiera franqueado la valla con un salto de pértiga, sin caer de culo sobre el rosal, estaríamos a otro nivel. ¡Venga, fuera!

—De acuerdo. Aunque en sentido inverso es más complicado... a ver... por aquí...

—¡Mierda de aprendiz! ¡No me joda otra vez el rosal!

Tres minutos después

—Ha tenido suerte de que mi esposa se haya apiadado de usted. Yo no pensaba abrirle.

—Sí, ha sido muy amable... Bien, pues lo que pasó es que cuando fue mi turno en la universidad, comencé...

—¡Alto! Respete el protocolo. Pero ¿qué es esta precipitación? ¡Esa avidez en sus asuntos personales no la tolero! Hay unos preámbulos que forman parte de la corrección.

—Bueno, pensaba...

—Hay un proceso de tiempo y un protocolo para entrar en un tema personal. No respeta nada de mis enseñanzas. Se comporta como un pollo de granja. Va directo al grano.

—¡Ah! Es que...

—Esa falta de fineza y continencia solo sucede hoy en esta degradada sociedad catalana. Una sociedad que ha perdido hasta el pudor para disimular su ancestral codicia de tiempo y dinero. Han destruido todas las reglas de educación. Usted no es el centro del mundo. Regrese otra vez a la puerta y vuelva a entrar como es debido en una casa ajena.

—¡Eso parece ya una doma canina!

—Eso le ayuda a percatarse, en carne propia, de la existencia de otras formas de proceder antagónicas a la suya.

—Bien, pero no crea que me desalienta mortificándome. Le demostraré que tengo resistencia cuando pretendo algo.

—Eso está por ver. Haga el favor... Otra vez desde la puerta.

Veinte segundos después

—Buenos días, maestro.

—Buenos días, joven, adelante...

—He visto desde el exterior que la buganvilia de la terraza está muy florida.

—Así es, y piense que no tiene la cantidad de flor que podría tener

si la hubiéramos podado menos.

—De todas formas, está espectacular.

—Me alegro que le guste. Mi jardín lo disfruto mucho pero aún lo gozo con mayor intensidad cuando lo disfrutan los demás.

—Lo comprendo. Es una buena razón.

—Siéntese, por favor. ¿Espero que no le moleste si fumo?

—No, en absoluto.

—¿Le apetece uno?

—No, gracias. Quizá más tarde aceptaré su invitación. ¿La familia está bien? ¿Sus hijos, sus nietos? ¿Todos bien?

—Gozan de buena salud, gracias a Dios. ¿Qué tal con su trabajo?

—Por un lado bien y, por el otro, mal.

—Cuénteme esa dualidad.

—¿Le interesa de verdad lo que pasó?

—Faltaría más...

—¿Puedo empezar ya?

—Por favor, tengo el mayor interés...

—Bueno, pues tal como estaba previsto, presenté mi trabajo ante el auditorio académico. Lo titulé «El doctor Jekyll y su pupilo Hyde».

—Permítame que le diga que no se esforzó mucho en encontrar un título...

—No supe inventar otro mejor.

—Mal comienzo. A veces, solo el título ya inspira la obra, pero, en fin, siga...

—Lástima que no le guste. Le aseguro que con el próximo me esforzaré más.

—Adelante, cuénteme.

—Empecé la escena con Hyde silbando compulsivamente como si se lo dedicara a todas las mujeres presentes. Lo repetía como un obseso. Así, ¡¡fuitttttttt, fiuuuuuuuu!!

—Lo hace usted ya como un perfecto albañil.

—Tomé entonces el papel del doctor Jekyll y amenacé seriamente a mi pupilo Hyde. La razón de mi cólera era que aquel silbido inducía a una actitud de machismo y acoso. Comencé a leerle a Hyde las últimas disposiciones del Ministerio de Igualdad, argumenté sobre el «no es

no», los delitos de odio, los planteamientos del Me Too, etc. Finalmente le dije: «¡Hyde! ¡Te exijo un respeto a estos seres y *seras* aquí presentes! ¡Son progresistas que personifican el cortafuegos contra el fascismo!».

—Muy demagógico, ¿no?

—Sí, quizá... Al instante, retomé mi papel de Hyde y me puse histérico rebatiendo los argumentos de mi tutor con un canto a la libertad individual y contra los totalitarismos ideológicos. Lo hice clamando también contra las coacciones puritanas de la moral imperante que nos llegan de Estados Unidos. Me cagaba en el rector de Harvard.

—Demasiado pedestre...

—Es posible pero, a partir de aquí, empezaron a mirarme todos y todas con cara de pasmo y disgusto.

—Lo de todos y todas se lo puede ahorrar en esta casa.

—De acuerdo... En este momento les chillé: «¿Por qué me miráis así? ¡Funcionarios del sistema! ¡Congregación de biempensantes! ¿Queréis colocar mi criterio fuera de la ley, eh? ¡La Inquisición acabó hace dos siglos!».

—Le dije que no fuera tan directo con ellos. Siempre es mejor la línea oblicua...

—Es cierto, pero no encontré otra fórmula... Seguidamente, Hyde comenzó a corretear por la sala y delante de cada mujer le lanzaba el silbido espetándole: «¿Qué? ¿Me vas a denunciar? No es no, claro, pero seguro que te gusta porque tus ancestros de hembra no los borran ni diez siglos de empoderadas ¿Qué te pasa? ¿No notas cómo se te erizan los pezones cuando escuchas el silbido? No puedes contra la genética... Ja, ja, ja...». Eso último se lo dije a la vicerrectora, que parece un palo. Se puso a gritar: «¡Basta! ¡Basta! ¡Esto se termina aquí!».

—Me permitirá que le diga que todo eso es muy grosero. ¿Y la belleza?

—Usted no me habló de belleza.

—¡Insensato! Lo doy por descontado en cualquier artesanía.

—Vale, vale... Sigo. No le hice caso a la vicerrectora y, colocándome

en el papel del doctor Jekyll, me quité el cinturón y simulaba pegar a Hyde sobre mi propia espalda: «¡Te voy a matar! ¡Voy a acabar con la parte heteropatriarcal e irracional de mí mismo! ¡Moriré como un hombre totalmente emancipado y de mente bisexual o trisexual! Eso lo iba expresando mientras me autoflagelaba».

—¡Vaya galimatías!

—Hyde acusaba los golpes y gritaba al auditorio: «¡Vosotros queréis obtener vuestra libertad a costa de matar la de los otros! ¡Doctores de mierda!». Aquí señalaba a los profesores, mientras la vicerrectora seguía gritando histérica: «¡Basta! ¡Ya es suficiente!».

—Eso no es teatro, es un vil escrache universitario, un grafiti de pared ruinosa...

—Cierto, se me fue de las manos. Me salté mi propio guion al ver la actitud de los presentes y a aquella loca gritando... Entonces, para liquidar a su propio Hyde, el doctor Jekyll se ahorcó con su cinturón así...

—Eso, eso, hágalo de verdad. Es usted quien debería colgarse después de semejante bodrio...

—¿Bodrio? Creo que funcionó muy bien a juzgar por las reacciones...

—La mía habría sido aún más violenta...

—¿No me pregunta cómo acabó mi performance?

—¿Performance? ¡Un disparate!

—En mi papel de Hyde agonizante recorrí la sala aullando: «¡La libertad no se da! ¡Se toma! ¡No pasaréis! ¡No pasaréis!». Y moría... meándome de risa.

—A eso se le llama diarrea mental. ¿Estaba presente su prometida en este aquelarre?

—Sí, pero en cuanto notó el clima hostil que se iba creando allí, se marchó. Su salida de la sala fue lo que todavía me enardeció más contra ellos.

—Su prometida es una mujer sensata. Debería estar más atento a su criterio y eso le orientaría para no hacer chorradas como la que me ha descrito.

—Usted también hace mierdas como la metáfora de la buganvilia...

—Y no solo lo de la buganvilia, sino cantidad de cosas mucho más graves en la práctica de mi oficio. La diferencia es que enseguida lo reconocía sin paliativos y trataba de rectificar la orientación. Temía el ridículo. Ese es el único camino para llegar a maestro. Por el contrario, usted es un simple pipiolo excitado con su primer orgasmo exhibicionista. Por este camino, como máximo, solo llegará a los teatros nacionales y a vivir del erario público.

—Admito que me exalté en exceso. Me sucedió que, súbitamente, la gente con la que creía compartir algunas ideas y conceptos se transformaron en adversarios. Se alzaron contra mi libertad. Mis propios amigos. No aceptaban la disidencia. Entonces percibí que yo me había convertido en el eje central de la sesión. Me sentía por encima de ellos. Estaba en un estrato superior.

—Con aquel personal eso no tiene mérito alguno.

—No había experimentado nada parecido en mi vida. La adversidad me daba fuerza. Me convertí en el protagonista que puede hacer lo que le parece porque tiene al público interconectado, aunque sea con el mal rollo de este. Y la verdad, notar esta sensación es algo imponente que me hizo perder el control... hasta... hasta la micción.

—¿Micción?

—Bueno, ya le he dicho que me meaba de risa. Hyde, mientras moría riendo, se puso de rodillas y empezó a... mear.

—¿De manera simulada?

—No... real.

—¡Es usted torpe, obtuso e ignorante, como un vulgar pijo provocador antisistema!

—No me agravie así. Reconozca que también hay una parte de responsabilidad suya en todo lo que hice.

—¿Mía?

—Es lo que dijo mi director de tesis cuando me echó de la sala: si lo que quiere tu mentor es mearse o ciscarse en nosotros, dile que venga él directamente y no envíe a un indigno esbirro como tú.

—Me estoy cabreando de tal manera que sería prudente su desaparición de esta casa. ¡Maldigo toda la atención que le he dedicado!

—Maestro, yo no le engañé. Se lo dije el primer día. Deseaba hacer cosas que provocaran efectos inmediatos y reales en la sociedad. Usted me empujó a ello.

—Pues hágase atracador o antidisturbios y de este modo tendrá los efectos inmediatos que busca, pero no deshonre el digno arte del teatro con su insensata vulgaridad.

—Por lo menos reconózcame el mérito de atacar a los míos y hacer algo contrario a mis principios. No es nada fácil...

—¿Usted, principios? La fantasía ha causado los mayores desastres de la humanidad.

—Lo siento. No pensaba que le disgustara tanto mi creatividad...

—Ahora me sale con la creatividad. ¡Es usted un majadero! Póngase de rodillas y pida excusas, de lo contrario se marcha de aquí para siempre.

—Pero ¡qué me está diciendo! No me lo puedo creer... ¿Que yo me arrodille ante usted?

—No son excusas personales hacia mí. Son hacia la dignidad de un arte que usted ha mancillado públicamente con las agravantes de ordinariez, fealdad y torpeza. La disculpa debe cumplirse con una efigie teatral. O sea: ¡de rodillas!

—Ja, ja, ja... ¡No! Ni pensarlo. Además, eso atentaría directamente a mi libertad de expresión.

—Entonces, váyase directamente a la mierda, que es lo suyo.

—Oiga, seamos sensatos, maestro...

—¡¡No soy su maestro!!

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué hace? No me vuelva a tirar la mochila por la ventana...

—¡A la mierda!

—¡Hostias! Seguro que esta vez sí que me habrá jodido el iPhone...

—¡Mejor! Así me quito de encima su tormento telefónico.

12

Cuatro días después

—¡¡Fuitttttttt, fiuuuuuuuu!!

—¡La madre que lo parió! Otra vez aquí. Lo voy a lapidar...

Diez segundos después

—¿Qué demonios hace aquí de rodillas en la puerta?

—Pido excusas a la diosa Talía y a usted como su comisionado en el gremio de la farándula.

—¿Está de pitorreo?

—No. De veras reconozco que fue un desacierto absoluto. De verdad se lo digo...

—Ya pasó su tiempo.

—Practique un poco de su misericordia para ganar el cielo, tal como me dijo el primer día para aceptarme.

—¡Gilipollas...!

—Ya lo sé.

—Venga... Levántese...

—¿No me va a dejar aquí en la puerta?

—Pase ya o lárguese.

—La buganvilia todavía mantiene las flores muy enteras. ¿La familia, bien?...

—Esta vez déjese de monsergas y dígame directamente qué quiere.

—Una crítica profunda de lo que hice. La recibiré con toda humildad. Como buen aprendiz, se lo aseguro.

—Ya no estamos a tiempo de nada.

—Compadezca al menos mi situación. Me ha caído un expediente con probabilidad de expulsión...

—¡Bien!

—He perdido la consideración de mis profesores y compañeros. Me miran como a un apestado...

—¡Bien!

—Incluso me han acusado de ser el palanganero de un facha traidor a Cataluña...

—¡Bien!

—También han volado las expectativas del *cum laude*...

—No desespere. Es lo mejor que podía sucederle. Ser expulsado hoy de una universidad es toda una reputación.

—No lo veo así, pero, como mínimo, desearía sacar conclusiones positivas de una catástrofe semejante.

—No le servirá de nada. Volverá a reincidir.

—Me aseguró usted que aprendió más de sus fracasos que de sus éxitos.

—Solo es cierto en parte. En nuestro gremio los éxitos acaban por trastornarlo todo...

—Entonces ¿era un farol?

—No creo que pueda comprobarlo por el camino que lleva.

—A trancas y barrancas, le voy haciendo caso en muchas cosas. ¿Te puedo tutear?

—Ni lo intente. Le faltan muchos años. Siéntese. ¿Quiere un puro?

—¿No sería mejor un canuto? Le invito yo.

—Gracias. No necesito evadirme de nada. Detesto las fantasías. La realidad me parece el mejor estímulo y es lo que siempre me ha servido para mis obras. Es la fórmula magistral que traté de inculcarle en su obstruida mente.

—Vale. Pues venga ese Cohiba...

—Puede sentarse en el suelo si tanto le apetece.

—Estoy bien en el sofá.

—Es que ahora lo prefiero escuchándome sentado en el suelo, como una estampa tradicional del maestro y el discípulo.

—¡Ah! Vale, bien, bien...

—Vamos allá. Usted no realizó nada que tuviera que ver con la artesanía teatral. Fue algo parecido a lo que el vulgo llama *happening* o

performance y que algunas veces pretende ser provocador pero que nunca pasa de ser un frívolo disparate improvisado. Un vulgar grafiti de extrarradio.

—Pero yo lo preparé con tiempo...

—No interrumpa al maestro y no pretenda engañarme. Se dejó llevar por su histrionismo y acabó orinando en público como un vulgar caniche.

—Excuse de nuevo mi interrupción pero no era del todo improvisado. Era una posibilidad que yo barajaba. Estuve diez horas sin mear para no quedarme corto si llegaba la oportunidad.

—Entonces aún peor. Si lo hubiera ensayado minuciosamente, con todos sus detalles, explotando la gracia e incluso el donaire de una acción tan vulgar, se habría acercado más al acto teatral.

—¿Cómo?

—Evitando el crudo realismo de exteriorizar su miembro en público. Tenía que buscar una alegoría de la micción con un disimulado recipiente lleno de agua con el que podía jugar como un surtidor. Eso le hubiera permitido realizar distintos juegos en el aire con el agua y dominar algo que, de forma real, es imposible. ¿Lo entiende?

—Ya.

—Mire usted, lo que en cine es el pan de cada día, con la exhibición de sexos al por mayor, siempre es mejor evitar en el teatro la exposición directa en casi todo. Resulta más eficaz optar por lo sugerido. Prefiero un lápiz simulando un miembro erecto o un cordel mojado fingiendo lo contrario, a presenciar el acto absolutamente real que no permite más que lo que vemos. En definitiva, la realidad cruda no facilita la libertad de sugestión para el espectador. Ya le dije que el cine y la poesía no se acoplaban bien y veo que usted sigue sin distinguir una cosa de la otra.

—Comprendí perfectamente qué significa la poesía: con los mínimos medios, la máxima emoción.

—Pues no lo parece. Toda su generación se halla contaminada por el cine en el momento de realizar cualquier representación escénica, ya sea ópera, danza o teatro. El verismo mata la escena. Eso sucede porque, en el fondo, la propagación cinematográfica ya está

introducida en la propia forma de vivir de los ciudadanos. Se vive bajo el influjo del cine. Ahora, los ejemplos morales de vida son unos millones de píxeles concentrados en treinta pulgadas. Bastante sórdido, ¿no cree?

—Bueno, antes la gente imitaba lo que veía en un escenario.

—Mucho mejor, porque el teatro siempre tuvo un objetivo de espejo moral.

—O bien inmoral, cuando se enfrentaba a la moral colectiva y los tabús religiosos...

—Ese coraje transgresor y de alto riesgo lo hacía aún mucho más moral.

—Buena respuesta. Diez puntos.

—Oiga, majadero, no invierta la relación entre nosotros. Aquí no es usted quien califica. ¿Entendido?

—Vale, vale... También me reprochó la falta de belleza de mi acción en la universidad. Sin embargo, no acabo de entender cómo introducir la belleza en un acto escénico subversivo. La belleza es algo muy subjetivo, ¿no?

—Levántese del suelo.

—¿Qué?

—¡En pie!

—¡Ah! Bien...

—Se ha levantado como un anciano decrépito.

—Es que...

—Y, más que sentado, estaba arrellanado en el suelo como un chimpancé. ¿No cree que puede hacer todo eso de forma más armónica?

—Sí, no sé... Claro... ¿Así?

—Tampoco. Levántese...

—Ya está.

—Bien... Ahora, para sentarse, apoye la mano derecha en el suelo... gire sobre sí mismo y colóquese en la posición de Buda.

—¿Esto?

—Más o menos. Para levantarse de esa posición se inclina... Apoya la mano derecha en el suelo... Levanta la rodilla izquierda... Ahora

apoya el pie y gira sobre sí mismo para subir... Muy bien, así... ¿No le parece más agradable a la vista ajena y más práctico para usted?

—Es posible...

—En cierta medida, lo que acaba de hacer entraría dentro de las cinco definiciones que Platón hace de la belleza: lo conveniente, lo útil, lo que sirve para lo bueno, lo que da placer a la vista y el oído, y la grata compensación hacia el otro.

—Puede ser tan útil y conveniente como dice, pero confieso que la posición de Buda no me resulta muy cómoda...

—La belleza no es casual ni surge por facilidad o pura chiripa. Siempre conlleva un esfuerzo y un ejercicio de inteligencia. Si practicara esa misma posición notaría una mayor holgura y al mismo tiempo estaría en una actitud más sana para un cuerpo sentado. También se hallaría en mayor consonancia con esta sala del siglo XVIII de formas tan agradables y armónicas.

—Ya lo iré probando, pero ahora... ¿Me permite que me siente en el sofá?

—Usted mismo...

—Gracias. La verdad es que me resultan curiosas sus teorías sobre la belleza.

—Trato de no transmitirle teorías sino experiencias.

—Bien. De acuerdo. No obstante, reconocerá que hay una belleza casual, como puede ser un paisaje, surgida de forma natural sin esa intervención forzada.

—Es evidente, pero siempre lo supera el paisaje trabajado y modificado con esfuerzo por la mano del hombre. Vaya a pasear por la Toscana o por los jardines de la Alhambra y comprobará esa diferencia.

—No me estará diciendo que ahora, en vez de Madrid, tengo que viajar a Italia y Granada para comprobar la transformación de la naturaleza a manos de los hombres...

—Guárdelo para disfrutarlo con su prometida y verá además, como en estos lugares, el amor forja unos impulsos muy distintos a los de la discoteca. El amor también es algo que embellece la vida. Es encauzar agradablemente los impulsos primarios. Eso se percibe en los

momentos más duros.

—Cierto. ¡Un buen polvo te quita muchas neuras!

—¡No sea basto! Tiene que modificar ese automatismo pedestre si quiere introducir algún signo encantador en el trabajo futuro. De lo contrario, seguirá con necedades como la que protagonizó en su universidad.

—Por eso estoy aquí, maestro, y dentro de este mismo rollo, lo que se me hace más difícil de asimilar es su concepto de la belleza en el teatro. Perdone que insista, pero cuando me recrimina la falta de estética en mi escena de la universidad, no entiendo cómo introducirla en una sátira feroz. Una cosa y la otra parecen contradictorias. Si es bello ya no es subversivo.

—Usted, como a la mayoría del gremio, les parece que la fealdad es más provocadora. Craso error. Se llega mucho más lejos estableciendo como primacía la emoción del público ante lo bello.

—¿De qué primacías habla?

—El teatro es una de las bellas artes, ¿no?

—Vale.

—¿Qué coño «vale»? ¡¿Sí o no?!

—Sí.

—Entonces, lo esencial es la artesanía con la que narra sus intenciones cáusticas para que estas penetren en el público. Hay que tratar que esa penetración se introduzca básicamente por los sentidos, tal como sucede con la música, que es el arte más directo. Y es, precisamente, esa forma de exponerlo la que debería preocuparle más. El resto es lo más fácil.

—¿Fácil? ¿Se refiere al tema?

—Si hacemos recuento de los temas esenciales tratados por el teatro a lo largo de la historia, no pasaríamos de una docena... La tiranía, los conflictos del amor, la traición, los celos, la ambición, etc., etc. Los mismos ingredientes para cócteles distintos.

—¿Cócteles? Ahora me tomaría un vermut de los suyos...

—¿Es usted comunista?

—¿A qué viene esta pregunta?

—Está ávido de materialidad. Escucha «cóctel» y automáticamente

dispara de manera grosera su reflejo más primario. No es capaz de reprimir la inclinación prosaica mientras le estoy expresando problemas relacionados con la belleza. Es usted irritante.

—Ha sido un reflejo condicionado...

—De eso me quejo. Ha sido un reflejo maleducado en dos aspectos esenciales. El primero, la falta de discreción y de respeto al otro, y el segundo, la falta de dominio ante los impulsos espontáneos. Estamos hablando sobre la belleza y se descarga con una vulgar tosquedad.

—Lo siento...

—Vaya otra vez a mearse en la universidad. Es lo único que sabe hacer...

—Vale. Lo lamento. Pero ¿qué tiene que ver eso con el comunismo?

—Cuando se reprime el ímpetu de trascendencia en el ser humano solo queda la materia innoble y sombría. Entienda de una vez que el rasero de igualdad que elimina lo metafísico y lo singular en el individuo promueve las propensiones más bajas de la masa. El comunismo es la apología de la fealdad.

—Eso ya es teoría política.

—Lo ornamental es la imagen más profunda de la política. Mire las exhibiciones públicas de Mao, de Stalin, de Kim Jong-un. ¿No es capaz de ver allí el trasfondo? La desaparición de la individualidad.

—Algunas de estas imágenes que me cita tienen cierto esplendor estético...

—No se lo niego. Pero producen pánico. En el fondo es lo que buscan. La belleza no puede ir asociada al terror. El pánico anula el placer.

—Es que solo concibe la belleza en un sentido elitista.

—No tengo la menor duda de ello. ¿Quién cree que vendrá a verle en el teatro?

—Existe también una belleza digamos... proletaria. Del pueblo...

—Claro, como esa cursi camiseta impresa que lleva usted... «all you neeed is love» y esos pantalones expresamente corroídos o esas vulgares zapatillas unisex que calza. Ya veo que utiliza la estética del pueblo.

—Eso es lo utilitario, lo diario... No vamos a exigir el cuidado de la

estética en cada mínimo detalle.

—¡Faltaría más! Hasta en el modelo de retrete. Allí donde se deja de hacerlo, comienza la degradación.

—La verdad, yo solo cuido la forma en algunas cosas. No estoy pendiente de todo. No tengo tiempo.

—Miente. Estoy convencido de que esas repelentes zapatillas que lleva han sido objeto de muchas horas de dudas para escogerlas. Y no digamos la camiseta cursi elegida entre cientos. No es simplemente lo utilitario. Es un vulgar disfraz que se ha procurado.

—¿Yo disfrazado?

—Se reviste de pobre con resonancias de socialismo obrero, lo mismo que hace la señora Botín fotografiándose de proletaria en Instagram para disculparse de la inmensa fortuna bancaria.

—No tengo esas intenciones que me supone.

—Hace algo peor. Los imita. Las decoraciones personales con aire humilde y desgastado marcan ahora la dialéctica del rebaño. ¿Qué pretende comunicar su imagen? ¿Que no pertenece al rango de los burgueses retrógrados como yo con los pantalones planchados?

—¡Uy! Ya empieza el bombardeo...

—Me cansa usted, joven...

—Lo siento...

—Me cansa, pero quizá la responsabilidad no es del todo suya. Son muchos años vividos asistiendo impotente al encumbramiento del gusto de las masas. Demasiados. Verlo en los jóvenes me deprime. Ahora váyase y, si aún insiste en ser mi aprendiz, vuelva dentro de unos meses.

—No me deje así. Se lo ruego.

—Le doy la oportunidad de practicar la virtud de la perseverancia.

—Aún no me ha hablado de su pasado transgresor. Precisamente usted se enfrentó a ese encumbramiento de la mediocridad que ha mencionado. Me deja cortado...

—No se va con las manos vacías. Tiene mi opinión sobre la baratija que hizo en la universidad.

—Bien, se lo agradezco, pero necesito aclarar muchas otras cosas.

—No tenga prisa. Le dije también que eliminara la precipitación.

Mientras tanto, mire a su alrededor y huela. Para digerir correctamente las enseñanzas, estas tienen que ser pocas y precisas. Todo lo contrario del embotellamiento académico que trataron de embutirle. Ande, váyase. Ya tiene suficiente para meditar.

—Hombre...

—Cuando me toque podar la buganvilia, le llamaré para que me ayude y compruebe lo trabajoso que resulta mantener la belleza. Hasta entonces, que le vaya bien.

—¿Y cuándo la podará?

—Dentro de un par de meses.

—Joder...

—Adiós, joven.

—Pues... Bien. Qué le vamos a hacer... Hasta luego, maestro.

13

Tres días después

—¿Por qué me llama al móvil? Quedó claro que no quería saber nada de usted hasta la poda...

—Quedó muy claro, maestro, pero me ha surgido una duda sobre lo que me habló de la belleza y la transgresión... ¿Me escucha?

—¡Sí!

—Y quería consultarle algo importante en referencia a ello. Supongo que mi llamada no le ha pillado en un momento inoportuno...

—Un momento más exacto a su medida no podía encontrarlo.

—¡Ah!

—Estoy subido en una escalera metálica, realizando un tratamiento a la carcoma de las vigas de madera y fíjese que, cuando ha sonado el móvil, a pesar de los equilibrios aquí arriba, lo he abierto con cierto entusiasmo.

—¿Ah, sí?

—El entusiasmo de no equivocarme. La seguridad de que en un trance así, encaramado a cuatro metros del suelo, solo podía ser usted. Y ya ve... ¡Bingo! Siempre es un placer acertar, ¿no cree? Claro que, tratándose de mi aprendiz, tiene poco mérito. Cada gesto suyo es previsible hasta el infinito.

—Le aseguro, maestro, que lo he pensado mucho antes de llamarle. He analizado todas las probabilidades en relación con lo que conozco de sus horarios y costumbres... He vacilado en diversos momentos. En fin... Ya veo que, aun así, mi análisis no ha funcionado del todo...

—Le dije que no analizara mientras no tuviera el olfato bien aguzado. Sin esta táctica elemental, siempre meará fuera de tiesto como lo hizo ante los doctores.

—Lo lamento de veras... ¿Me permite que le haga la consulta?

—Espere que baje de la escalera metálica y deposite las

herramientas, no sea que, por culpa de un pesado inarmónico, sufra un grave accidente doméstico.

—Vale. Tómese su tiempo.

Cuarenta segundos después

—¿Qué demonios le pasa?

—Permítame ponerle fragmentos de unas canciones insurrectas que desearía que escuchara para que me diera su opinión...

—¿Ahora canciones? ¿Me llama para eso? Déjelo o envíemelo por mail...

—Solo es un momento... Aquí va...

Llegaremos a la nuez de tu cuello, cabrón
encontrándonos en el palacio del Borbón,
Kaláshnikov.
Que tenga miedo como un
guardia civil en Euskadi
o que explote un bus del PP
con nitroglicerina cargada.
A ver si ETA pone una bomba
y explota...

—¿Qué coño es esa defecación que me ha puesto?

—Maestro, son fragmentos cantados por Valtonyc. Un rapero que ha tenido que huir de España porque querían encarcelarle. Es pura provocación contra lo establecido. Contra el sistema. En cierta medida, es el tipo de enfoque que me gustaría conseguir en el teatro...

—¿Y ahora por qué me obliga a perder los estribos?

—¿Qué? Solo era una consulta aprovechando lo de Valtonyc para ver si esa forma de insumisión le parecía acertada o bien cree que, en mi caso, debería introducir más el mensaje entre líneas sin ser tan explícito...

—La madre que lo...

—¿Qué pasa?

—¡Calle!

—¡Ah!

—Primero, escuche mi rap...

—¿Su rap?

—¡*Ay, mísero de mí, ay, infelice*!

Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
con aprendiz tan horrendo.
Amaestrándolo la jodí,
de rabia estoy ardiendo.
Al cretino ya le advertí,
mejor que salga corriendo.
Pero ni sale ni se instruye
y el muy terco no huye.

—¡Maestro!

—¡*Oh, gran Dios divino*!

No sé qué hacer con él
de tan necio y cansino.
Voy a rociarlo con fuel
y el resto me lo imagino...

—¡Esto es muy...!

—Espere...

Por fin risueño y sin prisas.
¡*Al retrete echaré sus cenizas*!

—Ja, ja, ja... Puro estilo rap... Bazofia al por mayor.

—¿A qué viene esto? Es muy ofensivo y directo...

—¿No le ha gustado mi rap?

—Hombre, no esperaba algo tan agresivo de usted y tan lejano de lo que siempre pregona...

—No me venga ahora con finuras. El que no quiera polvo que no vaya a la era.

—Maestro, le pedía una opinión y me sale con una acritud...

—¡Cállese! Usted es mi mayor fracaso. Me esforcé para que captara la ineludible primacía de la belleza en cualquier acción escénica. Incluso en las más fustigadoras sátiras. Interrumpe mi lucha contra la carcoma para que escuche a un miserable imbécil que tatarea insultos y amenazas, además de humillar a las víctimas. No hay transgresión alguna porque está arropado por una masa progre y antisistema. El muy cretino lo hace sin ninguna calidad musical ni literaria. Un simple ignorante con micro. ¿Cómo se atreve?

—He leído que usted también estuvo en la cárcel por una obra considerada injuriosa a las fuerzas armadas. No me diga que aquello no era una insumisión...

—Esa analogía indocumentada y obtusa infringe los límites de mi caridad hacia los necios. ¿Sabe lo que es un necio? Alguien estúpido que causa quebrantos a otra persona o grupo, sin lograr de ello provecho para sí o incluso obteniendo perjuicios. Basta. Apago el teléfono.

—¡Eh! Maestro... oiga... ¿Maestro?...

14

Tres meses después

—Me ha sorprendido su llamada después de tanto tiempo de no contestar las mías.

—¿Sigue considerándose mi aprendiz?

—Bueno... No sé...

—Mientras lo piensa... ¡Tome!

—Solo llegar a esta casa y ya me encuentro de nuevo con el azadón en la mano.

—Empiece a cavar aquí...

—¡Ah! Ya intuyo por dónde va el tema.

—¿Está seguro?

—Lo imagino. Me hará plantar un árbol como reparación por mis errores pasados. Le tengo calado. Es esa su intención, ¿no es verdad?... No digo que la metáfora esté mal pero...

—¿Plantar un árbol como reparación suya? No sea entonado. Siga cavando el agujero y alégrese que esta vez el azar le ha favorecido para que le recibiera.

—¿Azar?

—La gata murió esta mañana y le he estado esperando a usted para enterrarla.

—¡¡La gata!!... ¡Joder!

—Todavía tengo brazos activos y podría hacerlo yo mismo, pero me ha parecido didáctica su colaboración.

—¿Me está diciendo que lo que hay dentro de esta bolsa de plástico es su gata?

—Efectivamente... Continúe cavando.

—¡Hostias! Pobre animal... ¡Qué pena! Debe de estar usted muy afligido, ¿verdad? ¡Qué disgusto! Entiendo que le afecte enterrarla usted mismo...

—Ya comienza el repertorio. ¡Adelante! No se corte...

—Es que me provoca una inmensa tristeza. Pobre gatita... Cuando me hacía cavar sus frutales, me miraba de lejos sin acercarse, con unos ojitos muy dulces. Era un encanto.

—¡Oooh! Qué bonita ficción... Siga cavando...

—Alguna vez intenté acercarme para acariciarla, pero siempre se escapaba corriendo. La pobre debía tener un trauma por culpa de alguien que la maltrató.

—¿Un trastorno mental gatuno?

—No lo tome a guasa. En algunos animales domésticos tampoco encontraríamos tantas diferencias con nosotros.

—Será con usted, claro. A mí no me incluya.

—Las mascotas pueden ser una prolongación de nuestra propia vida. Hay una interconexión entre nuestros sentimientos y los suyos.

—¿Sentimientos? Vaya, no se me había ocurrido.

—Las mascotas no solo captan, sino que expanden sentimientos.

—No califique como mascota a esa digna gata silvestre a la que nadie acarició jamás. Solo se acercó al jardín durante dieciséis años para ver si le echaba las sobras de pescados o carnes que nos zampábamos. Después se pateaba el pueblo con el mismo objetivo. Nunca dejó que me acercara a menos de dos metros, cada uno respetaba la propia libertad del otro.

—Ya, ya... pero veo que la entierra en su jardín...

—Una cuestión estética y al mismo tiempo práctica porque sirve de fertilizante. Forma parte de una cadena natural en la que estamos todos implicados... Alargue un poco el agujero que no va a caber.

—No me diga que no le tenía cariño con tantos años.

—¿Cariño? Esta gata pudo hacer libremente su función felina porque nadie la acarició ni le compró comida para gatos en el supermercado. Nadie le pervirtió su naturaleza. A cambio del alimento me liquidaba todos los ratones y, si no tenía suficiente, se tomaba su libre ración de pájaros del jardín. Esa es una relación perfecta entre un animal y un ser humano. También lo es la caza, el perro lazarillo, el perro policía, el perro pastor o el burro que tira del carro del campesino, y no se olvide del toro bravo, que sirve para una de las

artes más sublimes.

—Eso último no puedo aceptarlo.

—En cambio, acepta la proliferación de mascotas, que es una degeneración del bicho y la persona. Acepta recluir los animales en espacios y condiciones que no son las suyas.

—Tienen el cariño de las personas.

—Está comprobado científicamente que los mimos a los animales les reducen el cerebro. Lo mismo les sucede a las personas.

—La relación con mi perro no es así...

—Es un simple vacío sentimental que suple con un bicho. No digo que no le sea útil para su distracción, pero acepte al menos el lado patológico...

—¿Patológico?

—Patológico porque es usted joven. Si fuera un anciano solitario sería una actitud más natural como intercambio de servicios... Venga... Aquí tiene la ex gata. Póngala bien estirada en el fondo. Tome.

—No, no... gracias. No.

—¿Qué le pasa?

—Me da... Me da cosa coger un animal muerto... Lo siento, no...

—Lo sabía de antemano. Forma parte de la planificación con que los han moldeado. Son ustedes carne de obediencia sentimental. Incluso en sus algaradas antisistema se comportan según el diseño para un buen youtuber. Desprecian el cristianismo, pero tienen su propia doctrina, mucho más programada.

—¡Eh! ¿Qué hace?... ¿Por qué la ha tirado así al agujero?

—Acabo de ofrecérsela, pero me ha salido blandengue.

—Es que esa cosa tan rígida me da...

—*Rigor mortis*. Ya tendrá ocasión de comprobarlo en carne propia... Espero que sea dentro de muchos años, claro...

—Es de agradecer...

—Venga... por lo menos échele la tierra encima y si quiere estimular sus ficciones sobre la igualdad hombre-animal, le reza un padrenuestro.

—Eso no me lo sé.

—Es verdad. No me acordaba que ahora son ustedes los del aplauso

funeral y el minuto de silencio. Adelante pues.

—Bueno, eso es para casos...

—¡Calle y guarde su minuto!

Treinta segundos después

—¿Comienzo a echarle la tierra?

—¿Ya ha pasado el minuto? Tengo la impresión de que le ha escatimado unos cuantos segundos a la gata de *corpore insepulto*. Ya no se creen ni sus propios inventos.

—Mire, si me lo permite, le voy a decir lo que pienso de estar presente en este trance tan poco agradable...

—¿Esto lo considera un trance? ¡Qué pocas cosas ha vivido, joven! Pero, en fin, diga lo que piensa.

—Con usted siempre experimento la sensación de que mi libertad queda condicionada a su criterio. ¿Por qué me ha citado para contribuir en un acto tan penoso? Cuando me ha llamado pensaba en algo más instructivo. No le veo el efecto didáctico a esto...

—¿Ya tiene superado lo de aprendiz?

—No lo sé muy bien. Sin embargo, advierta usted que, a pesar de no querer recibirme en unos meses, he acudido al instante... pero...

—Pero ¿qué?

—¡Joder! Es que me desconcierta su actitud, entiendo mejor a las...

—¡No siga! No siga porque acabará diciendo que aprecia más a las mascotas que a las personas y entonces comprobará mi cólera.

—Vale. Pues no sigo. No obstante...

—No obstante, hay un aspecto en el que reconozco que lleva algo de razón, joven.

—¡Vaya!

—Esta mañana, al encontrar la gata muerta he pensado en usted al instante. Me han pasado por la cabeza sus razonamientos animalistas. Confieso que me divertía prever las consideraciones en directo, pero comprendo que quizá no sea muy amable por mi parte. En fin... tampoco deseo que se tome a mal mi curiosidad maliciosa. Tiene que

ver con el oficio. Hay una parte de deformación profesional en observar a las personas en distintos episodios.

—Al menos lo reconoce.

—Aun así, continúo pensando que en todo ello hay algo didáctico para su provecho. De lo contrario no le habría llamado.

—No le veo la relación con las cosas artísticas.

—¿No? Atienda... Mire... vamos a poner estos bulbos en la tierra removida y los enterraremos solo unos centímetros. ¿Así, ve?... Con el pico mirando hacia arriba.

—¿Qué pasa ahora? ¿Qué es esto?

—Son semillas de jacintos. Si me hace el favor, coja aquella manguera y, cuando yo acabe de plantar, lo riega por encima muy delicadamente. Con un abono tan bueno como la gata en descomposición, dentro de unos meses aparecerán unas flores llenas de vigor. De esta forma, un acto penoso, como usted lo ha considerado, se transformará en un sobrio signo ornamental sobre la continuidad de la vida. ¿Qué le parece?

—Siempre me sale por la tangente.

—Es que sigue usted con poco olfato. Quiere situarse en el núcleo de nuestro oficio mirándose a sí mismo y anticipando sus convicciones. No entiende que el arte obliga a una mirada extensa sobre las sinuosidades de la vida. En especial sobre aquellas cosas que se hallan muy alejadas de nuestro quehacer cotidiano. Practicar un arte nos obliga a salir de nosotros mismos constantemente. ¿Qué cree que significa una vida cultivada? Pues significa buscar cierta armonía entre nuestros impulsos pasionales, nuestras querencias o nuestras sujeciones y saber plasmarlo de forma hermosa en un acto simbólico. Una acción que trascienda lo puramente utilitario. Es la elaboración del lenguaje culto ante los demás. Y no me refiero solo a los ritos escénicos.

—Entonces ¿a qué se refiere?

—Mire, joven, el simple gesto de poner unos geranios en el balcón tiene que ver con lo que le digo.

—Es lo que hacía mi abuela. Y, según usted, ¿eso es la mejor forma de vida?

—Sobre todo es la vida controlando la animalidad, o sea, la vida civilizada. El teatro es la supervisión constante de esta forma de vivir para que no se degrade. Se puede representar mostrando las consecuencias trágicas de la degradación o bien satirizando las desviaciones y abusos, pero este correctivo social no tiene trascendencia alguna si no es por medio de la belleza.

—Eso no acabo... No le sigo...

—¡Siga por lo menos el desastre que me está haciendo con la manguera!

—¿Qué?

—¡Inepto! ¡No ve que con tanta presión de agua sobre la tierra blanda me va a desenterrar de nuevo la gata!

—¿Y qué hago?

—Por lo menos ponga la mano delante para tapar el chorro... ¡Dios! ¡Qué inútil!

—¿Así está mejor?

—No se puede colaborar con alguien que no ha plantado una semilla en su vida. ¡Mire qué desastre! Los bulbos esparcidos...

—Lo siento... Ya se lo arreglo enseguida. Déjeme a mí.

—Lo último que se puede hacer hoy para conservar un mínimo de sentido común es pasar por la universidad. Mucho mejor ser minero, albañil, fontanero, carpintero, camarero o incluso chapero...

—Maestro, es precisamente a lo que me dedico ocho horas diarias.

—¿A chapero?

—¡No! Camarero.

—No me diga.

—Así es, desde hace dos meses.

—Eso suena muy bien. ¿Ha dejado también sus ambiciones teatrales?

—Aprovecho las horas que me quedan para escribir. Sepa que mi vida ha sufrido un cambio radical y usted tiene en ello su parte de responsabilidad.

—Excelente. Acaba de darme una gran alegría. Ha desertado de la falsificación académica para ganarse la vida con sudor. Por fin se halla en la buena dirección.

—Si usted lo dice...

—No le quepa la menor duda.

—La realidad es que dejé la universidad más bien forzado por el jaleo y el mal rollo que se produjo. No me veía capacitado para seguir a contracorriente. Si considera que estoy en la buena dirección será por puro azar.

—El azar es sagrado. Fíjese como hoy la muerte de la gata nos ha proporcionado su visita y esta conversación.

—Bajo su creencia también podríamos añadir que ha coincidido con mi día libre. De lo contrario no estaría aquí...

—¡Lo ve!

—Aun así, le aseguro que mi nuevo trabajo no es exactamente un azar sagrado, me agota y casi no me queda tiempo para escribir.

—Entienda de una vez que el teatro no se debe empezar escribiendo. Aprenda a bailar, cantar, tocar el trombón, pintar, plantar tomates o cocinar un buen arroz de congrio. Tiene que hacer todo lo contrario de lo que trataban de introducirle sus doctores. La universidad es totalmente contraproducente para los artistas, ya sean titiriteros, músicos, pintores, poetas o arquitectos.

—Yo no tengo cuerpo para la actuación.

—No lo descarte si no lo ha probado a fondo.

—Lo probé en la universidad con mi actuación insurrecta.

—Allí hizo de usted mismo. Eso no es actuar. Usted es joven, posee un buen físico, una voz aceptable y es casi tan feo como yo. Una narizota y una buena quijada. Todo un tesoro para la escena. Tiene un Cyrano asegurado. Lo peor que le podría pasar es ser un pimpollo... Los galanes siempre estropean el teatro, y a menudo la vida.

—Es que yo quiero crear a partir de la escritura...

—Ya sabe que eso de «crear» está prohibido citarlo en esta casa... En cuanto a la escritura, sepa que los mayores enemigos del teatro como arte son los escritores. Entre miles y miles de ciudadanos y durante más de medio siglo, los únicos que no han entendido nunca mis obras han sido precisamente los escritores. La vocación de forenses de la vida y especuladores del verbo limita su capacidad sensitiva frente a una obra artística. Se colocan ante ella utilizando un mecanismo

analítico realista que resulta contradictorio. Un estorbo para que fluyan de manera natural las emociones incontroladas y se dejen llevar por ellas. Son unos reprimidos para el arte.

—¡Muy radical!, ¿no cree? ¿Y dramaturgos literarios como Chéjov, Ibsen, Strindberg, Beckett, Valle-Inclán, Mamet...?

—Buenos escritores, por tanto, dramaturgos discretos e incluso excesivos y recargados, como es el caso de Valle. Si me hubiera citado a Lorca, le hubiera dicho: excelente músico-poeta y, por consecuencia, gran dramaturgo. El teatro no existe como arte sino es mezclando la poesía y la música. Otra cosa son los actos psicológicos o sociológicos que tanto abundan hoy en la cartelera. Es el estereotipo que encontrará ahora en cualquier teatro.

—No entiendo en qué basa este juicio suyo.

—Todo llegará con el tiempo...

—No me vacile así, por favor.

—Referirme al tiempo en arte no es vacilarlo. En este terreno no conseguirá nada buscando la inmediatez.

—Bien, pero...

—Venga... acabe de arreglarme el destrozo que ha hecho con las semillas de jacintos y suba al salón a tomarse un cóctel preparado por un servidor. Haremos tertulia.

—También lo puedo preparar yo mismo. En mi nuevo empleo he aprendido bastante sobre combinados alcohólicos.

—Así habrá entendido la importancia del primer vermut que le hice preparar. Ya ve como no fue del todo casual, era una premonición. Otro azar sagrado.

—Maestro, eso es un farol.

Treinta minutos después

—¿Tanto tiempo para replantar cuatro jacintos? Mire qué desastre ha promovido de nuevo. Las caipiriñas que había preparado ya tienen el hielo derretido... Sitúese de una vez en una cadencia armónica con lo que le rodea.

—Es que he aprovechado para cavar alrededor de la higuera y quitarle las hierbas con sus raíces, que estaban muy crecidas. Lo mismo que me indicó para los otros frutales.

—¡Ah! Ya veo... Sentía la nostalgia de retocar la naturaleza. Es de agradecer su buena voluntad, pero este árbol no requiere esa clase de atenciones. La higuera lo habrá considerado una mariconada. Es como si se lo hubiera hecho a un roble.

—Lástima...

—No se preocupe, tampoco está de más... Pero los matices y los detalles son cruciales para comprender algo del mundo vegetal. Cada árbol alberga una vida compleja. Ahora que ha comenzado a practicar un modesto trabajo, se habrá percatado de la importancia del detalle para llegar a la excelencia.

—¿Excelencia de camarero? Bueno, no creo...

—¡Pues claro! La temperatura de lo servido, el ahorro de movimientos para la celeridad del servicio, la proporción de los ingredientes, el orden de las prioridades, la habilidad en el manejo de los utensilios, la limpieza, la palabra adecuada al cliente para que vuelva... El procedimiento es parecido a lo que está buscando en el teatro. Su experiencia como camarero le proporciona la misma estructura que puede utilizar para encarar su oficio. Mucho mejor que concentrarse en la escritura, cuyo formato para cuestiones dramáticas se desvía de lo esencial. No invita a la acción. Induce a una falsa sensación de facilidad.

—No veo tal facilidad. Me cuesta mucho.

—¡Las manos y el cuerpo, joven! Sudor y dolor físico, lo demás es secundario en nuestro oficio. Escribir lo hace hoy hasta un chaval de cinco años en internet.

—Dígame entonces: ¿cómo se pueden apuntar todas las ideas que a uno le pasan por la cabeza si no es con la escritura?

—Dibuje o apúntelo como la lista de la compra, pero no intente hacer literatura porque entonces ya se habrá metido en la trampa.

—¿Qué trampa?

—¡Puaj! Esa caipiriña con el hielo disuelto se ha convertido en un brebaje imbebible...

—Por favor, contésteme...

—¿Tengo que enseñarle también una cosa tan básica? Ya no me queda paciencia para adiestrar neófitos...

—Se lo ruego. Maestro...

—Es muy sencillo. Si usted le hace expresar a un personaje de su texto teatral «¡Hoy me siento feliz con ese día tan maravilloso!», acaba de matar el teatro. No es necesario que interprete su ánimo ni demuestre al público que es un día maravilloso. La escritura no es la panacea. Su generación de vagos y hastiados se hartan de escribir. Todo el día están metidos en las redes y en sus *whatsapps*. Suplantan la acción y el esfuerzo con la escritura. Ya no saben ni hablar bien improvisadamente. ¿Es que quiere hacer lo mismo?

—Paso de las maldiciones a mi generación y dígame, según usted, cuál es la forma concreta de encararse a una obra.

—¡No beba esta mierda de pócima con el hielo derretido!

—No está mal...

—«No está mal» o «Ya está bien así» es el cáncer de la sociedad española. La conformidad con lo mediocre. Desprecian el rigor y apartan la excelencia como algo que atenta contra la igualdad del nivel más bajo... Le digo que esta caipiriña es una mierda. ¡Y basta!

—Bien, bien... no vale nada. De acuerdo, pero perdone que insista. ¿Cómo encararse a una obra sin iniciarla con la escritura?

—¿No sabe usted que en tiempos pasados los artesanos no revelaban nunca los secretos del oficio? En algunos casos podía significar la pena de muerte.

—Ja, ja , ja. Maestro, que no estamos en la Edad Media...

—No se ría, insensato. Le cito esto, porque, lo que voy a decirle, hace tan solo un par de siglos, quizá lo habría captado después de trabajar años y años bajo las órdenes de algún famoso comediante. Nadie le habría contado las fórmulas. Las habría sufrido y disfrutado. Lo cual es el mejor camino. Yo le describiré lo que usted cree necesitar, pero también pasarán muchos años hasta que lo asimile y lo ponga en práctica.

—Vale.

—Hace unos meses le encargué que escuchara la *Sexta Sinfonía* de

Chaikovski, llamada «Patética». ¿Lo hizo?

—Lo hice varias veces, maestro.

—Bien, pues ahora la escuchará de nuevo. Se la pongo y se dejará llevar por el laberinto de sensaciones que provoca esta música. Vamos a la sala, que allí suena mejor...

—La puedo escuchar con los cascos.

—Aquí en la sala los armónicos se multiplican por la bóveda.

Un minuto después

—Siéntese aquí mirando desde la ventana el paisaje del Ampurdán. Deje que la música penetre en su cuerpo sin anticipar nada mentalmente. No quiera sacarle el jugo porque entrarán los preconcebidos y todo quedará forzado.

—Vale.

Cuarenta y cinco minutos después

—¡Cagüen la leche! ¡Se ha dormido!

—No, maestro. En absoluto. Cerraba los ojos para concentrarme mejor.

—Entonces dígame qué le ha provocado esta música.

—Usted lo ha dicho antes, un laberinto de sensaciones.

—Muy bien. ¿Y qué más?

—Un caos de sentimientos... imágenes, recuerdos, en algún momento cosas muy vivas que están presentes y se alejan a mi pesar... resonancias de la niñez, instantes troceados...

—Pero ¿cuál es la sensación predominante?

—No sé... quizá la nostalgia de cosas pasadas. El vértigo de un tiempo desaparecido...

—Un pelín tópico, pero ya tenemos algo. Ahora se trataría de fijar aquellas cosas que le inspiran esta sensación de nostalgia y hacerlas crecer.

—¿Cómo?

—La primera acción para construir una obra es ordenar el caos emocional que nos provoca el deseo de hacerla. En el teatro significa fijar exactamente aquello que queremos expresar en un máximo de tres líneas. Nada de estilo. Nada de literatura. Determinar lo esencial de lo accesorio. Seguidamente, fijar dónde lo situamos. Fijar el espacio. Imaginar situaciones concretas que puedan suceder en aquel lugar. Las que no conseguimos incluir en este supuesto espacio llevarán un sinfín de complicaciones. A menudo es más práctico desestimarlas. Es todo lo contrario del cine. En nuestro caso, siempre es mejor plantear un espacio sin demasiadas concreciones, de tal manera que permita la sugestión al espectador. El teatro puede llegar a simular un gran estadio en solo diez metros cuadrados.

—Claro, lo mismo que los seis pisos del andamio...

—Exacto. Enseguida debe establecer quién o quiénes lo van a hacer. Conocerlos. Antes, no había un solo dramaturgo que no construyera sus obras pensando en alguien determinado. Acto seguido, debe concretar previamente el inicio y el desenlace, aunque sea provisional. De esta forma podemos intuir el *crescendo* de la obra y, por tanto, los límites de tiempo. El final que pueda prever de forma provisional es muy posible que lo reforme a medida que vaya avanzando en los ensayos, pero no importa. Tiempo y espacio es lo primero a concretar.

—Visto así, parece sencillo...

—Cierto. Muy sencillo, aparentemente, si sabemos distinguir lo esencial de lo accesorio. El proceso de todo artesano ante una obra es caos-orden-caos. Retenga bien esta fórmula.

—La retengo, pero no acabo de ver...

—Le pongo un ejemplo muy claro. Cuando Ludwig van Beethoven construye su *Quinta Sinfonía*, aquella que le dije que escuchara fanáticamente...

—Lo hice hasta llegar a tatarear muchos de sus fragmentos, se lo aseguro. ¿Quiere que los reproduzca?

—No, gracias. Valoro su buena disposición pero prefiero a la Filarmónica de Berlín...

—Pa, pa, pa. ¡Pam...! ¡Pa, pa, pa. ¡Pam...!

—¡Calle, coño!...

—Vale, vale.

—¿Dónde estábamos? Sus bobadas me desconcentran...

—Me estaba hablando de cuando Beethoven...

—¡Ah, sí!... Pues tal como le decía, imagínese al genio sumido en un caos emocional ante su pianoforte y tratando de ordenar esa amalgama de sentimientos, imágenes y sensaciones en el teclado. Eso lo experimenta mientras va anotando en el pentagrama los distintos acordes que le surgen. Al final, todo permanece organizado en una compleja partitura preparada para su ejecución orquestal. El caos emocional queda concretado en unas notas, unos tiempos debidamente acotados y unos instrumentos. Cuando escuchamos la sinfonía con la orquesta, no recibimos la ordenación de la partitura sino directamente el caos de emociones que vivió Beethoven en el momento de construir la sinfonía en 1808. Pasamos de caos a caos, pero, para ello, es imprescindible la ordenación. ¿Me entiende? Me refiero a la maestría del oficio capaz de resumir en treinta y tres minutos de partitura todo un universo emocional... ¿Qué pasa? ¿Se ha dormido otra vez? ¡Joder!

—¡No! Cerraba los ojos porque me estaba imaginando a Beethoven en plena efervescencia creativa.

—¿Creativa? Falso. No tenía conciencia de crear nada. Su oficio se asentaba sobre el pasado. Se asentaba sobre grandes maestros como Mozart. Escuche su *Primera Sinfonía* y no será capaz de reconocer si está oyendo a Beethoven o a Mozart. Salvando las distancias, mire mis primeras obras de mímica y verá como copiaba sin complejos a Marcel Marceau y Étienne Decroux. Y así fui aprendiendo. Del silencio absoluto hasta la palabra años después. Solo le aconsejo que trate de copiar a alguien que lo merezca.

—¿Por ejemplo, Angélica Liddell? Es transgresora y además...

—¡Vaya! Me lo esperaba. Es usted de manual.

—¿No le gusta la Liddell? Es un teatro muy novedoso.

—Mire, joven, le acabo de citar el caos-orden-caos como el núcleo esencial sobre el que gravitan las artes y ahora me sale con eso. Esta señorita es muy astuta y sabe cómo atraer a toda la progresía en sus

ceremoniales. No le negaré que posee un caos interesante y muy personal, pero es un caos sin ordenar. Tiene éxito porque el desorden es actualmente el valor artístico mejor considerado. Para copiar escoja a alguien con una estructura más acabada.

—David Mamet...

—Tratándose de teatro, no invierta todo el capital artístico en la literatura, por muy buena que sea. Vaya a las esencias. Le serán más fáciles Aristófanes o Plauto, que marcan claramente los principios y la estructura de la tragicomedia.

—Eso es un mundo muy antiguo. Preferiría un referente moderno.

—¿Moderno? Entonces ¡váyase al carajo!

—Siempre que cito el término «moderno» se cabrea conmigo.

—¡Hitler también fue un moderno! Lo más avanzado del momento. Mire los diseños de Albert Speer, las películas de Leni Riefenstahl. Me exaspera usted...

—Vale, pero no se lo tome así.

—Es que me recuerda demasiado al pipiolo ignorante que apareció en esta casa con sus obtusas ínfulas universitarias.

—Maestro, creo que he hecho avances significativos...

—Solo algunos.

—¡Hostia! ¡Qué exigente!

—Más lo será el público. En mis comienzos, el espectador guardaba aún cierta inocencia y una aceptable capacidad de sorpresa. Con ellos había una mutua comunicación esperanzada e ilusionante. Ahora, entre el público encontrará una mayoría de repelentes resabiados a los que no les sorprende nada. Están de vuelta de todo. Su admirada Liddell se folla a su padre en escena. Lo hace completamente pringosa de excrementos y acaba masturbándose frente a unos espectadores que ni se inmutan, pero la aplauden a rabiar. Ante este deprimente personal en las butacas le tocará imponerse.

—Bueno, también es el ansia por lo novedoso y las vanguardias.

—¿Vanguardias, eh? Pues precisamente ahora tiene una buena oportunidad para reformar de manera definitiva sus trillados criterios sobre la modernidad.

—¿Cómo?

—En Madrid se inaugura este mes la feria ARCO. Le propongo que la visite y reflexione sobre todo lo que representa aquella exhibición. Observe bien la concurrencia que deambula confundida entre la devastación expuesta. El espectáculo general le inducirá a ciertas reconsideraciones sobre el afán del público a ser engañado. Es una muestra social de gran interés para un futuro comediante, que, si quiere sobrevivir, debe tener como objetivo fundamental engañar y atraer a esa clase de necios. Vaya a Madrid a verlo en directo.

—No dude que esta vez sí viajaré a Madrid.

—Le espero el mes próximo con sus reflexiones bien fundamentadas.

—Hasta pronto, maestro.

—Que vaya bien.

15

Cuarenta días después

—Para decirme que ARCO es patético no hacía falta viajar a Madrid. Eso lo piensa el 99 por ciento de la ciudadanía. Es la opinión de un camarero. Esperaba un mayor desarrollo de su criterio en relación con la decadencia de unas élites que ensalzan semejante artificio.

—Ya sabe que no soy muy entendido en artes plást... Digo, en pintura y escultura.

—Pero ¿qué coño está diciendo? Precisamente allí no hay nada de eso que cita. A estas alturas debería controlar lo que expresa. Me irrita que las artimañas de la modernidad y sus adictos todavía le desorienten. ¡Sígame!

Diez minutos después

—Por su culpa voy a profanar el estudio de mi esposa con una demostración. Mire bien lo que voy a hacer porque es mi última instrucción.

—¡Qué agradable estudio de pintura!

—Déjese de monsergas y esté atento.

—Es que no intuyo aún lo que pretende con esa tela y esos botes de esmalte. ¿No me diga que va a pintar?

—Ya lo verá enseguida. Lo hago porque es su última oportunidad para comprender algo sobre lo que encubren esas martingalas a las que usted les atribuye los términos «moderno» y «contemporáneo».

—¿Todas esas pinturas las hace su mujer del natural? Me gustan. Son de buen rollo...

—No se distraiga ahora con la belleza y observe atentamente lo que yo hago.

—Tiene toda mi atención.

—Bien. Imagínese que en estos momentos me sobreviene un caos mental en el que me siento enfurecido por sus frivolidades y dislates y necesito expresarlo como pintor.

—Siento haberle enfurecido, no se lo tome así...

—¡Cállese! Es solo un supuesto...

—¡Ah, bien!

—Mi furor me hace coger este rojo Titanlux y lo voy esparciendo por aquí, encima de la tela... ¿Lo ve? Así... con saña... El rojo encarna mi furia en este preciso momento.

—Un poco como los niños...

—Exacto. Va por buen camino. El infantilismo es la clave de lo que llaman «arte contemporáneo». La diferencia es que, en los niños, todo tiene sentido y tratan de hacerse comprender.

—Es cierto.

—Para hacer más profundo y complejo mi arrebato ante la ofuscación que me provoca la estupidez ajena, hago esta mezcla buscando un ocre y le voy a dar unas pinceladas transversales sobre el rojo, mientras me viene a la cabeza la frase de Nietzsche «No se odia si se menosprecia. Solo odian los iguales o los superiores».

—¿Eso es lo que usted llama el caos emocional?

—¡Así es! Al recordar la frase del filósofo se tamiza mi furia... y con este azul voy dando unos toques alrededor del rojo para plasmar también la complejidad de mis propias incertidumbres.

—Muy interesante...

—¿Interesante? ¡No diga sandeces que me exasperen porque entonces voy a tener que llenarlo todo de rojo!

—¡Ah! Disculpe.

—Ahora con los dedos voy haciendo estas espirales para dar unas texturas más complejas al cuadro y unificar la mezcla cromática. Las espirales me sugieren las dudas de los hombres ante sus objetivos... digamos, vitales... y, para no caer en manierismos y estéticas convencionales de la tradición, lo relaciono todo por encima con el espray amarillo. Así... y ahora por aquí...

—Espero no meter la pata, pero no queda tan mal... incluso puede

resultar decorativo.

—Decorativa también lo es una mierda seca de vaca después de dos meses en el campo y con las hierbas mezclándose en el excremento. La prueba es que hay muchos millonarios que, cuando están firmadas por algún supuesto genio, las compran por una fortuna en Sotheby's y las enmarcan después en las paredes de sus mansiones.

—Bueno... Esto también puede ser el hecho de buscar un arte abierto a múltiples interpretaciones.

—Desde tiempos remotos, esa no ha sido jamás la función de la pintura, ni de la escultura, ni del teatro ni de la escritura. Solo la música y sus derivaciones en danza son capaces de inducir a ciertas interpretaciones múltiples. ¿Entendido?

—Entendido.

—Ahora dígame con franqueza qué le sugiere esto.

—No sé... a bote pronto... Claro, como usted ya me ha relatado sus intenciones... Pero tampoco soy capaz de ver aquí exactamente lo que me decía sobre su caos interior... Es una mezcla de formas y colores que...

—¿No ve nada?

—Hombre... Nada, nada... Tampoco me atrevo a decirlo... Quizá...

—¿Quizá si entre esas mezclas hubiera esbozado unos rasgos que recordaran un rostro furioso? Entonces ¿lo vería con más claridad?

—Eso seguro. Aunque ya intuyo por dónde va.

—Ahora atienda bien. Esa mierda que acabo de realizar muestra exactamente el proceso de lo que ustedes llaman arte moderno, contemporáneo o de vanguardia.

—Vale, vale, ya huelo.

—¿Qué es lo que huele?

—Trata de mostrarme que, en eso que ha hecho, no está la estructura esencial caos-orden-caos.

—Joven, vamos por buen camino. El pupilo comienza a captar algo del tutor.

—Eso me anima...

—Lo que acaba de ver aquí es intentar pasar de caos a caos sin el orden que conlleva el conocimiento y la aplicación del oficio. Por

tanto, es algo exento de las referencias comunes por las que el espectador podría ser capaz de captar lo que deseo comunicarle. El dominio de estas referencias constituye la parte más esencial de todos los oficios artísticos. De lo contrario, mis intenciones, por muy profundas que sean, no llegarán al receptor. Sin el esfuerzo y la técnica de ordenación mental y emocional de quien lo construye, todo se queda en el primer caos. Resumido vulgarmente, la mayor parte de lo que se llama arte actual se reduce a un «Yo me lo guiso y yo me lo como». Un «yo» voraz y narcisista. Ególatra y presuntuoso.

—Ya veo. Por ejemplo, este sencillo bodegón que ha pintado su compañera...

—Yo no tengo compañera. Si acaso la tendrá usted. Yo tengo esposa.

—Sí, claro, bien... Pues en esta pintura, el caos emocional de su... esposa se transmite a través de las naranjas, la ventana y la luz que penetra por las cortinas transparentes.

—Bingo.

—De esta forma, como espectador, yo llego a percibir un lenguaje interno que va más allá del simple retrato real de frutas y objetos. Un lenguaje que piensa en los sentimientos y emociones de quien lo verá.

—Exacto. Vamos bien. Siga...

—En esta pintura hay una contención para no mostrar impudorosamente las propias tripas en el cuadro, como lo que usted ha parodiado. Aquí el pintor no se coloca por delante como protagonista. El tema sirve de pretexto para filtrar con sutileza los sentimientos más profundos del artista.

—Caramba, me asombra usted...

—Entonces entiendo que el caos emocional en el supuesto artista contemporáneo...

—Mejor diga «artesano».

—Artesano... Su caos mental puede ser incluso de gran profundidad. Sin embargo, si no sabe o no le importa encontrar las referencias para comunicarse con el espectador, todo se reduce a un desfogue personal sin transmisión externa. Casi un acto terapéutico hacia sí mismo.

—¿Y que es un Pollock sino el desfogue de un cowboy? ¿Y qué es un

Tàpies sino el desahogo de un impotente ante los grandes maestros?

—Todo eso me hace entrever que las distintas culturas suponen también unas barreras de comprensión artística para quien no posee su conocimiento.

—Muy bien, aprendiz, pero hay que matizar esta reflexión. Por ejemplo: en la música estas barreras culturales no son tan determinantes como en un idioma hablado y escrito, que requiere de imágenes más concretas.

—Claro, ya entiendo...

—Es evidente que, ante una representación de kabuki japonés, solo podré captar la gran belleza plástica y el minucioso trabajo en las voces y los gestos. Poca cosa más que una admiración instantánea viendo un trabajo artesanal impresionante pero el cual, pasado un tiempo, me resultará monótono. Y eso no sucederá únicamente por desconocer la lengua japonesa sino por falta de referencias culturales. Lo cual no impide que el artesano que lo ha construido sea un gran conocedor de todos los matices de su cultura. Matices capaces de llegar a su público durante horas y horas y emocionarlo a través de una tradición milenaria.

—Por lo que dice, entiendo que una obra de teatro de texto traducida a otro idioma también se deja en el camino una parte de referencias.

—Así es. Recuerdo que, cuando asistí en París a la representación de una obra de Lorca en francés, me desternillaba de risa por lo ridículo que me resultaba. Imagínese el *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejias*: «*À cinq heures de l'après-midi. Il était exactement cinq heures de l'après-midi*». Una catástrofe. El Lorca poeta-músico es imposible de traducir sin perderse la mayoría de su obra... Pero ¿qué coño hace? ¡No toque esa manzana!

—La ordenaba junto a las otras...

—¡Insensato! Es el bodegón que está pintando mi esposa. ¿No lo ve en el caballete? Solo situar esa manzana en la posición que estaba seguro qué le habrá llevado a ella una hora... y ahora usted...

—Lo siento. La pongo en el mismo lugar.

—Esto es como una maqueta del cuadro, ¿entiende? Solo colocar el

pequeño grupo de manzanas sobre esta mesa requiere un gran conocimiento del oficio. Hay que imaginarse el resultado en la tela. Ver anticipadamente la luz, los planos, la combinación de los colores y las sombras...

—Claro, claro, los matices del oficio en los que tanto me insiste...

—Pero ¿usted cree que yo podría vivir cuarenta y siete años de mi vida con una vanguardista? ¡Vivo con una pintora!

—Ya veo.

—¿Está seguro de que la manzana estaba exactamente así?

—Seguro.

—Pues bien, joven, se acabó el tiempo.

—Maestro, le agradezco el empeño que ha puesto a través de su performance pictórica. Me ha resultado muy útil...

—Déjelo en performance. No rebaje la pintura a esas payasadas.

—Lo que me ha representado podría ser el núcleo de un entremés teatral al que deberían asistir obligadamente quienes pretendieran ingresar en las facultades de Bellas Artes, ¿no le parece?

—Pruébelo usted, a ver si así añade un sobresueldo a su trabajo de camarero. Aunque mucho mejor cerrar Bellas Artes... Y quizá con esta decisión, la pintura y la escultura volverían a renacer... También mejor cerrar las universidades para todo lo que se refiere a oficios artísticos. Volver al aprendizaje bajo un maestro.

—Quiere decir que estoy en la buena dirección...

—Más o menos. Por eso ahora va a realizar su último trabajo de aprendiz en esta casa.

—Bien. ¿De qué se trata?

—Me adecenta todo eso para que mi esposa no se percate de este repelente aquelarre en su santuario. Me limpia bien los pinceles, me hace desaparecer la tela y me lleva el Titanlux al taller de abajo. Aquí solo entra la pintura al óleo. Le espero en el jardín.

Veinte minutos después

—Gracias. Unas cerezas realmente deliciosas, maestro.

—Por la calidad y la cantidad que ha producido el árbol este año, admito que algo tendrá que ver con su primera experiencia con el azadón.

—No me lo recuerde. Lo pasé fatal, quizá por esa razón, estas cerezas son más pequeñas que las que venden, ja, ja, ja...

—No acapare el protagonismo. Eso sucede porque es un cerezo de los de antes. Sin modificaciones genéticas. Los actuales cerezos producen su fruta un máximo de diez años. Mucho menos dulce pero más espectacular. No se fíe de la fruta que venden en estado de perfección visual. La química ha hecho su trabajo. Es como los grandes musicales. Muy aparatoso todo pero uno sale con el alma vacía. Nosotros debemos procurar emociones profundas. Dejemos el pasatiempo y los parques temáticos para las masas.

—Cuando dice «nosotros» deduzco que ya me incluye en el gremio.

—Durante estos meses he procurado inocularle una sana devoción por nuestro oficio. Digo sana, porque vino usted muy intoxicado. Casi en estado crítico. Le he transmitido solo las pocas cosas sobre las que tengo una razonable seguridad. Las otras, que son la mayoría, están aún en periodo de indagación. En arte no se concluye nada. Forma parte de un todo en el que estamos vinculados a los dibujos de las cuevas prehistóricas y a los brujos de la tribu, que son nuestros antecesores en el gremio de titiriteros.

—Eso lo he captado a lo largo de este tiempo.

—Así lo espero. Ahora, estimado aprendiz, vuele por su cuenta y riesgo.

—¿Debo entender que no me recibirá más?

—Hasta que haya construido algo tangible no tengo nada más que decirle. Sin embargo, si un día le apetece un vermut ya sabe dónde estoy.

—Me sorprende. ¿Por qué ha tomado súbitamente esta decisión?

—Las tres últimas veces que me ha llamado por teléfono no me ha interrumpido nada relevante. He considerado que quizá su olfato ya empezaba a madurar.

—¿Solo por ese detalle?

—Es un detalle sutil pero muy sustancial para este oficio.

—Me despacha sin haberme dicho nada sobre su periodo transgresor, que fue la razón por la que vine a verle.

—Comprenderá que no puedo sacar conclusiones de algo que está todavía en pleno auge.

—¡Vaya! ¿Se considera todavía un transgresor? Entonces permítame que le haga una pregunta personal como la que me hizo usted cuando quiso saber si yo era gay.

—Jamás le pregunté si era gay. Es un término que no uso.

—Bueno... me dijo si era... marica.

—Exacto.

—¿Me permite la pregunta?

—Soy todo oídos. Dígame...

—¿Se considera un hombre de derechas?

—¿Me considera burro?

—¡No! ¿Por qué lo dice?

—Se lo acabo de decir.

—¡Ah!

—Solo le permito que me sitúe en la conservación.

—Me deja desorientado.

—Construya algo sólido y enseguida lo entenderá.

—Vale.

—Le deseo mucha suerte, joven. Ya está en disposición de matar al padre.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que debería probar de hacer todo lo contrario de lo que le he enseñado. Es el ciclo natural.

—¡Ah! Ahora me ha vuelto a desorientar.

—Así se lleva algo para meditar. Adiós, joven. Salude de mi parte a su prometida.

—Y usted a su esposa de la mía... Adiós, maestro.

16

Dos años y tres meses después

—Joven, reconozco que no imaginé jamás venir a rendirle pleitesía al camerino. Me alegro de su persistencia y su éxito. ¿Qué tal está usted? ¿Cómo va su vida? Tiene buen aspecto...

—¿Qué le ha parecido la obra?

—A pesar del empeño que puse en ello, ya vuelve usted a saltarse los preámbulos y destruir las formas. O sea, a ir al grano sin rodeos. Enseguida ha pillado la falta de educación de este gremio de envanecidos. Ni tan solo me ha dado tiempo de preguntarle si está casado o tiene hijos.

—Lo lamento... pero cuando acabo de actuar estoy algo alterado y suelto lo primero que...

—Pues seguiremos en su frenesí. Aprenda primero a no preguntar nunca si su obra gusta o no. Jamás lo hice ni se debe hacer. Nadie le dirá la verdad.

—Bueno, es una cortesía...

—¿Cortesía? ¿No ve que con su pregunta está obligando al otro a mentir?

—A usted se lo he preguntado como maestro...

—Aún peor. Me ha situado en el mismo nivel de la gente a la que pregunta a bocajarro para que le colmen de hipócritas alabanzas. ¿No tiene suficiente con que le aplaudan?

—Sí, sí... Claro...

—Entonces ¿por qué señala hacia arriba, a la cabina de los técnicos, durante los aplausos?

—Ellos han colaborado para llevar a buen término la función, merecen también el reconocimiento del espectador.

—Miente. Es una falacia más del izquierdismo gremial. Usted sabe que los electricistas o las taquilleras no son para nada los

protagonistas de la función. Y el público tampoco quiere aplaudirlos a ellos. La impostura viene de ustedes, que no tienen suficiente con lo que han hecho, sino que además necesitan exhibirse como solidarios y magnánimos con la clase obrera. Una idea cursi, desfasada y populista. No se deje influenciar por la indignidad de la farándula en nuestro tiempo. Hay muchas representaciones actuales en que, al finalizar, los actores aplauden también al público. Nunca en la historia de nuestro oficio se vio semejante bochorno. Un día acabarán sacando la foto del ministro de Cultura para que le aplaudan por haberles subvencionado la función.

—Ja, ja, ja... De entrada, ya he recibido el primer rapapolvo del maestro después de tres años de paz. Ja, ja, ja...

—Me complace que acepte mi aspereza con humor. Algo tengo que ver con este mérito suyo. No poseía esta cualidad la primera vez que vino a verme.

—Le agradezco la exigente doma, maestro. Se lo digo con mi mayor franqueza. Ahora, si no le molesta, me he permitido anunciarles a los miembros de mi joven compañía que les diría unas palabras.

—No me haga eso...

—Por favor, le están esperando en el escenario.

—Una encerrona para ellos y para mí. ¿No ve que no les interesará nada de lo que pueda decirles? Yo soy el pasado. ¿A quién le importa hoy lo que pasó hace tan solo un año?

—Se lo ruego, maestro.

—Usted mismo pero no les interesará en absoluto...

Cinco minutos después

—Respetables colegas... ¿Por qué se ríen?... Lo digo con el mayor afecto... Hace ahora sesenta y dos años, actuaba por primera vez en un escenario muy distinto a este. La madera del suelo se movía y chirriaba de forma irritante, las cortinas albergaban el polvo de decenios, la iluminación era exigua y estar situados donde estamos ahora significaba un riesgo mortal porque las vigas que sustentaban el

telar eran el gran alimento de la carcoma. Les hablo de algo habitual en aquel momento. Hoy aquí, todo está perfecto y ustedes disfrutan de este formidable escenario pagado por los contribuyentes. Hace sesenta y dos años también era tan joven e inexperto como ustedes pero, sin ánimo de molestarles, les voy a confesar que me animaba un entusiasmo y una pasión mayores que la suya. La carencia de medios tiene esa ventaja. Penuria, arte y esfuerzo eran inseparables de los inicios. En cierto modo, lo han sido siempre. Me atrevo a decir que casi es obligado empezar así para obtener un resultado eficaz. Todo esto se lo cuento porque ahora ustedes están rodeados de una profusión de medios y posibilidades. Son las ventajas de estar bajo el amparo de las administraciones públicas. No obstante, la contrapartida previsible es una vida artística de calidad inferior a la que tuve en mis inicios, a pesar de vivir y trabajar bajo una dictadura...

»Sí, sí, no pongan esas caras... Actualmente, nos hallamos en una situación de menor libertad. Cuando les hablo de libertad no me refiero a las normativas legales que las actuales democracias protegen ampliamente. Me refiero a su libertad personal, condicionada ahora por el gozoso sometimiento de nuestro gremio a la cultura de Estado. Esta desatinada concesión al poder por parte de los artistas significa un gran impedimento para que pueda aflorar lo fundamental de nuestro oficio...

»¿Me pregunta qué es lo fundamental?... Pues mire, la libertad de expresar sobre la escena nuestra propia verdad sin condicionantes, ni prejuicios ni servidumbres...

»¿Me está diciendo que ustedes son libres?

»No se ofendan si les digo que solo en parte. Quizá no lo perciban ahora, pero están sometidos a un sibilino tributo de vasallaje hacia quien aporta los medios. Los grandes teatros públicos, sus festivales, las subvenciones, las normativas técnicas y administrativas, los premios y un sinfín de aparentes beneficios que hoy distribuyen y regulan los Estados forman la gran tela de araña en la que estamos cautivos. Ellos nos han metido en ese afectado revoltijo que llaman “cultura” y nosotros nos hemos amoldado a su sopa boba a cambio de

una supuesta seguridad. Deberían entender que la seguridad es algo incompatible con el artista. La demagogia populista ha vendido el arte que se produce hoy como una competencia del Estado, a imagen y semejanza de lo que son y han sido los regímenes comunistas. La consecuencia inmediata es que nuestra profesión se ha situado en su totalidad bajo esos ámbitos, considerados ahora como lo más progresista. Seguro que todos ustedes son gente de esta tendencia, pues lo contrario significaría enfrentarse a la mayoría del gremio...

»¡Por favor! No se cabreen... Estoy describiendo la realidad estadística de una profesión en la que todos se sitúan en el mismo segmento... No se vayan, que no he terminado todavía...

»Resulta evidente que el Estado tiene que ejercer una función protectora en lo que se considera patrimonio, pero no es prudente hacerlo sobre los contemporáneos que están realizando sus obras. Las artes parten de una necesidad íntima y personal. Son una acción privada que busca transmitir la propia intimidad a lo público. Las manos bajo las cuales se transmite esta intimidad son decisivas. El marchante Paul Durand-Ruel lo fue para que a los impresionistas se les conociera en el mundo entero. Lo mismo que los artistas que trabajaron bajo Lorenzo de Médicis. Estos hombres, mecenas o empresarios, eran apasionados entusiastas de lo que promocionaban y vendían. Hoy no es así. Los Estados se han convertido en reguladores de esta transmisión pública. Para tal finalidad se ha organizado una compleja y costosa burocracia y un sinfín de leyes y normativas tan complejas que llegan a condicionar los productos. Bajo este criterio, han decidido tratar las artes como un bien público. No estoy en contra, pero para tal fin, la administración ha llevado a término una política basada en vender las artes escénicas por debajo de su coste real. La razón de este proceder, aparentemente magnánimo, es que ellos aportan el dinero que falta para que todo ciudadano tenga acceso a ellas. La administración se convierte así en intermediaria entre el artista y el espectador, regulando materialmente la relación entre los dos. En definitiva, eso determina que los artistas se amoldan a la estructura política dominante del momento. Una política que reglamenta en nuestro tiempo las directrices culturales de una nación.

En el caso del teatro, el contrasentido de este sistema de tutelaje es que la mayoría del público podría pagar el precio real de las obras, pues así lo hace en otros terrenos como el deporte o incluso los musicales. Pero lo que mueve a los gobiernos en esta cuestión proteccionista no son tanto las razones sociales como su propia publicidad política y el control de la trayectoria cultural. Ciertamente, hoy los ciudadanos no tienen que hacer esfuerzo alguno para entrar en un teatro. Es el precio de lo que les cuesta tomar unas copas. Por la misma razón, la obra tampoco será más trascendente que las copas. La propia facilidad de obtener la entrada disminuye el interés sobre el producto. Es un principio básico del comercio. El descrédito popular de nuestro oficio es la consecuencia de ser un producto escasamente valorado. Por eso se habla comúnmente del teatro como algo afectado de una cierta minusvalía. No somos capaces de valernos por nosotros mismos y establecer una relación directa público-artista que garantice nuestra libertad. La administración se harta de llenar los patios de butacas con sus invitaciones y el gremio persigue a escolares, jubilados y toda clase de asociaciones para que la sala no esté medio vacía. Una situación endemoniada, asentada sobre la gran falacia de esta sociedad tan simuladora. Una sociedad que busca encorsetar a los artistas para que no se desmadren fuera de los ámbitos establecidos. Hemos penetrado en la era del gran triunfo de los mediocres. Ellos exigen tener unas estructuras de protección que les sitúen en el mismo lugar que la excelencia y de aquí el éxito de esta fórmula de intervención pública...

—Maestro...

—Sí, ya lo veo. Nos hemos quedado solos usted y yo, pero no renuncio a finalizar lo que me tocaba decir.

—Vale, vale. Le escucho: ¿aprovechamos para ir a tomar una copa?

—Si no le molesta, prefiero seguir aquí, en la penumbra de este escenario.

—Bien, como quiera.

—Me alegro de que atendiera mi recomendación sobre los clásicos. Reflejar los impulsos inquisitoriales de la sociedad actual, estableciendo paralelismos constantes con el espíritu libre y combativo

de Aristófanes, es un buen planteamiento de entrada y es lo mejor de su obra. Con sus comedias, el autor griego satirizó sin piedad las tendencias, costumbres y prácticas de la Atenas del siglo IV a.C. Lo hizo sin reprimirse. Citando los nombres de los adversarios, ya fueran filósofos, dioses o gobernantes. Todo un ejemplo de la función ética de la comedia. No tuvo ningún temor en ser acusado de retrógrado. Cosa que posiblemente era cierta, como lo han sido la mayoría de los buenos comediantes. Reaccionarios frente a la moral dominante y escépticos ante las novedades. El problema es que usted, con su pretendida sátira sobre la coacción que ejerce la nueva doctrina biempensante, cae en lo que denuncia. No se atreve a designar directamente a los responsables, ni a mostrar con precisión sus dislates por temor a ser señalado como facha. Quiere acelerar el vehículo con el freno de mano puesto. Sucumbe a la intimidación que han provocado los actuales instigadores del pensamiento único.

—¿Intimidación?

—Mejor llamarlo autocensura. Pero no se amedrante. No solo es un problema suyo. Lo padecemos todos los artesanos que no estamos por la corrección del momento.

—Mal de muchos, consuelo de tontos...

—Mire, querido colega, como artista trabajé durante catorce años bajo la censura de la dictadura. Sobra decir que era algo muy desagradable que obligaba a no adentrarse explícitamente en ningún tema comprometido o bien a hacerlo con grandes dosis de ingenio, a fin de establecer con los espectadores un nivel de complicidad en los signos y términos del lenguaje empleado. Siempre era un riesgo, pero el peligro era solo la prohibición y nada más. Dando por sentada toda la parte nefasta de aquel contexto autoritario, había un aspecto de la censura que, indirectamente, provocaba una reacción positiva en los espectadores. Todos eran conscientes de que actuábamos censurados. Por lo tanto, el empeño por saltarse los límites, o sea, los tabús del momento, era natural en muchos artistas y también algo muy bien considerado por el público. Formaba parte de la lucha por las libertades y la necesidad de transgredir la corrección política del régimen. Nuestro teatro, aunque censurado, era útil en aquella

sociedad. En los últimos años, esta situación se ha invertido radicalmente como consecuencia de ir cediendo a los políticos el monopolio de las libertades y, tal como he dicho antes a sus actores, el control de la cultura. Ciertamente, hoy no existe una censura oficial, pero hay algo más perverso. Actualmente, si critico, o simplemente satirizo, uno de los muchos tabús que ha elaborado esta sociedad, me arriesgo a convertirme en enemigo público y a ser arrojado a las masas *tuiteras* y *facebookeras* para mi linchamiento. De aquí que señale el descenso de los últimos veinte años en términos de libertad, ya que coincide con el pleno desarrollo de eso que llaman redes sociales. Esta nueva irrupción del juicio popular, secundado también por muchos medios, entre ellos, medios públicos, causa pánico por la gran difusión y la impunidad con que actúa. Ese pánico es una severa coacción para que quien disienta de lo establecido se atreva a expresar en público un pensamiento a contracorriente. Comprenderá que, bajo este contexto, los gobiernos tienen menos necesidad de censurar abiertamente. No obstante, si les conviene, lo hacen encubiertos a través del reparto de ayudas. Es una forma de dirigismo cultural muy bien envuelto. También lo hacen cuando, en sus deseos de acallar una voz, se sienten apoyados por un griterío en medios y redes. Ello ha provocado hechos tan torpes e indignos como ver al ministro de Cultura de España prohibiendo que Plácido Domingo, el más insigne cantante español de todos los tiempos, actuara en los teatros que dependen de su ministerio. Este hecho reciente muestra el gran riesgo de poner la cultura en manos del Estado, pues tal ignominia sucedió no solo con el silencio cómplice de los directores de los teatros, sino también con el del mundo cultural. Un colectivo que solo treinta años antes se hubiera levantado indignado por semejante atropello a la libertad y a la presunción de inocencia. El ministro de Cultura de España, con total impunidad, ejecutó una sentencia sobre un ciudadano que no había sido ni juzgado ni condenado. Claro que quienes lo habían condenado eran los tribunales populares y eso fue lo definitivo para la decisión del ministro. Ya ve usted cómo las propias masas se ocupan de controlar las desviaciones y, si es necesario, actúan como brazo secular en sus redes y medios, convertidos hoy en las hogueras

contemporáneas. En estas circunstancias, entiendo su miedo, pero no lo comparto...

—Perdone que le interrumpa, pero ya intuyo por dónde va y quizá tenga razón. Sin embargo, lo que usted me propone es el camino a la ruina. Un suicidio. Ni un solo programador contrataría mi obra si fuera demasiado explícita. Los programadores están en manos de la estructura cultural y política de los Estados.

—Sin lugar a dudas. Por eso ahora es cuando, finalmente, le diré algo sobre el tema por el cual vino a buscarme hace tres años. Para no entretenerle más, se lo voy a resumir en una sola frase.

—Bueno... nunca es tarde... ¿Y cuál es el resumen?

—¡Hay que tener cojones!

—¿Solo... eso?

—¿Le parece poco?

—No sé... Es complejo... Tengo que procesarlo.

—Es tan sencillo como tener o no tener.

—¡Ah! Claro, ya entiendo... Es lo que dijo Shakespeare «*To have or not to have, that is the question*».

—Compruebo que aplica mis enseñanzas sobre el humor. Me alegro. Espero verlo reflejado en su próxima obra.

—¿Cuál de las dos cosas? ¿El humor o los cojones?

—Las dos a la vez son formidables.

—Lo tendré en cuenta.

—Buenas noches, joven. Le agradezco la invitación.

—Buenas noches, maestro y... gracias.

—No. Gracias a usted. Es el único que me ha escuchado.

Escrito y acabado en una masía del Ampurdán.

Un joven universitario visita a Albert Boadella en su masía con la intención de recabar información sobre los aspectos transgresores de sus obras. A través de un diálogo mordaz, y no menos polémico e iracundo, el ahora maestro trata de remover los cimientos que la sociedad del bienestar ha implantado a su nuevo pupilo. Como si se tratara de un diálogo socrático, primero tendrán que dudar de todo para después construir juntos lo que constituye este libro: un verdadero manifiesto artístico en el que Albert Boadella nos relata su visión sobre la política, la belleza y la modernidad. Y reflexiona, a través de su fascinante biografía, sobre cómo el progresismo ha puesto en jaque a una generación a la que le ha venido dada la comodidad frente al esfuerzo, la cancelación frente la crítica y la posmodernidad frente a la ilustración.

«Este es el testamento intelectual, artístico y moral de Boadella. Una obra de amor. Porque sólo desde un afecto desbordante por el género humano, sólo desde una confianza blindada en el poder de la pedagogía y la razón, se puede escribir un libro como este».
Del prólogo de Cayetana Álvarez de Toledo

Albert Boadella (Barcelona, 1943) estudió teatro en el Théâtre National de Strasbourg. Fundó Els Joglars en 1961. Su actividad como actor, director y dramaturgo se desarrolló durante cincuenta y dos años en esta compañía con la que montó cuarenta obras. Sus espectáculos, que han sido representados en los más prestigiosos circuitos internacionales, constituyen una innovadora aportación al teatro moderno español. y han sido La dimensión social y política de algunas obras desembocó en diversos procesos, uno de los cuales, bajo jurisdicción militar, significó para Boadella la cárcel y el exilio. En el año 2012 abandonó la dirección de Els Joglars, y desde entonces ha escrito y dirigido siete obras líricas, inclinando su trayectoria artística hacia un teatro en el que la mezcla de música, canto y palabra constituye el núcleo esencial.

Es autor de varios libros, entre los que figuran *El rapto de Talía*, *Memorias de un bufón*, *Franco y yo*, *Adiós, Cataluña*, *Diarios de un francotirador*, *Dios los cría…*, *¡Viva Tabarnia!* y *El Duque*.

Primera edición: septiembre de 2022

© 2022, Albert Boadella
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Cayetana Álvarez de Toledo, por el prólogo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Fotografía de portada: © Mary Balanyà

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7321-1

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguinlibros
Instagram: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

PenguinLibros

Índice

Joven, no me cabree

Prólogo: Contra papi y mami

1. Primer día

2. Tres días después

3. Un día después

4. Veinte días después

5. Dos días después

6. Cinco días después

7. Una semana después

8. Diez días después

9. Nueve días después

10. Cinco días después

11. Cuarenta días después

12. Cuatro días después

13. Tres días después

14. Tres meses después

15. Cuarenta días después

16. Dos años y tres meses después

Sobre este libro

Sobre Albert Boadella

Créditos